

03

AL

ALTO
FILM

AL

AL
PQ2203
.C4
H5



1020026165



BIBLIOTECA CALLEJA

OBRAS LITERARIAS

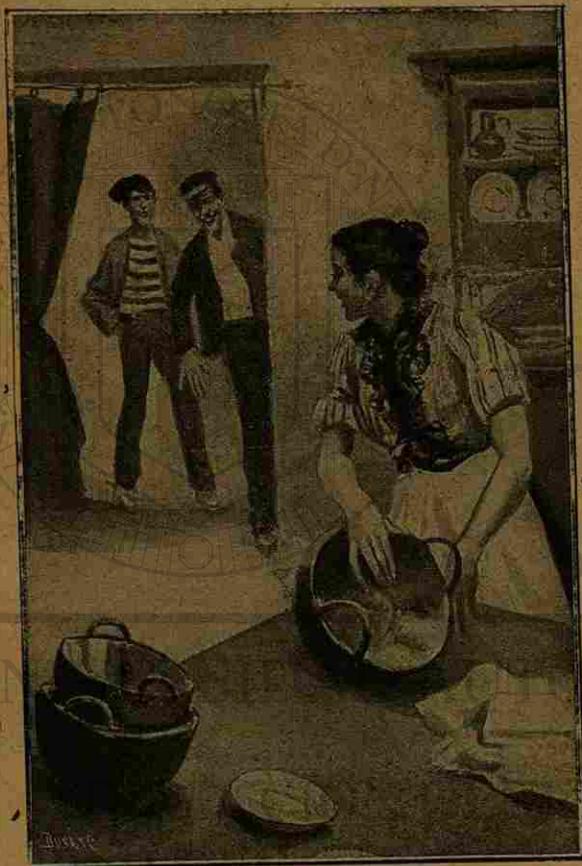
DE

AUTORES CÉLEBRES

XIV

N

Núm. Clas. C-223h
Núm. Autor. _____
Núm. Adq. 30249
Procedencia -5-
Precio _____
Fecha _____
Clasificac. 511
Catálogo 511



—¿Eres tú, Belhumain?—dijo la joven.

CH. CANIVET

HIJO DEL MAR

NOVELA PREMIADA POR LA ACADEMIA FRANCESA

VERSIÓN CASTELLANA



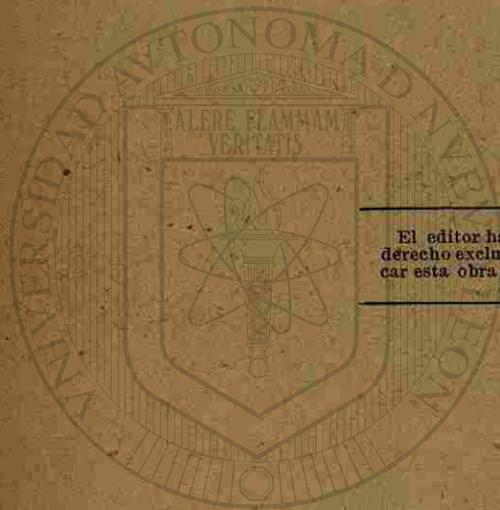
MADRID
SATURNINO CALLEJA FERNANDEZ

Calle de Valencia, 28
Casa editorial fundada el año 1876

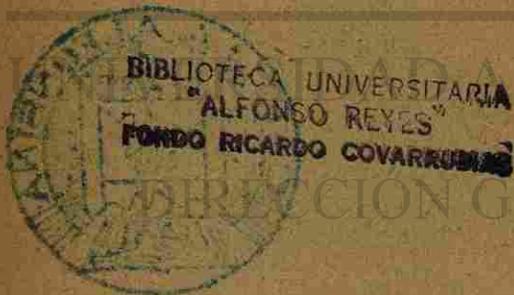
85692

30249

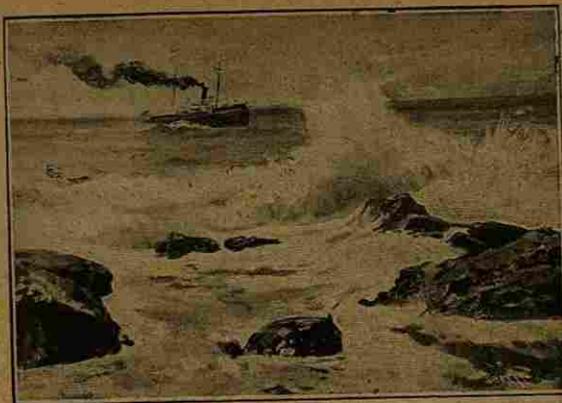
843 PQ2203
C. C4
H5



El editor ha adquirido el
derecho exclusivo de publi-
car esta obra en castellano.



MADRID.—Est. Tip. de los Hijos de F. Marqués. Madera, 11.



HIJO DEL MAR

PRÓLOGO

En los primeros días del mes de Marzo de 186... zarpaba del Havre con rumbo á Nueva-York un gran navío mercante construido en Baltimore, cuya carga estaba constituida en su mayor parte por multitud de emigrantes.

El tiempo era el que en términos náuticos suele llamarse «manejable».

Aun dentro de la rada del Havre, el mar, azotado por fuerte viento nordeste, formaba grandes olas, altas y largas, de esas que cansan desde luego al barco, pero que no ofre-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MÉXICO
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS
1925 MONTERREY, MEXICO

cen peligro para un velero del tonelaje del *Queenstown*, equipado por numerosa tripulación y dotado de las más tranquilizadoras condiciones de solidez, y hasta de velocidad.

En aquella época acababan de inaugurarse las líneas de vapores; negocio marítimo que luego había de tomar tan rápido y extraordinario desarrollo.

Los pasajeros iban hacinados como carneros: estaban muy lejos de hallarse rodeados de comodidades, y teniendo en cuenta que las travesías entre la Europa occidental y Nueva-York, que actualmente se realizan en ocho días á lo sumo, exigían entonces para los buenos veleros triple tiempo de navegación, aun en las condiciones más favorables, se comprenderá que los centenares de emigrantes obligados á expatriarse en estas condiciones no estaban precisamente sobre un lecho de rosas.

Á pesar de ser el tiempo «manejable», como ya he dicho, era necesario un buen piloto para realizar una travesía feliz, porque, según ciertos síntomas característicos para los marinos, era fácil prever la próxima presentación de la bruma ó de un temporal de viento.

Apenas el navío entró en alta mar con todo el trapo al aire, los pasajeros comenzaron á refugiarse en sus camarotes ó en los entrepuentes. El barco cabeceaba con violencia, y los efectos de tal movimiento no tardaron en dejarse sentir.

El barco había zarpado aprovechando la marea de la tarde, y era necesario tomar precauciones para la noche, que se presentaba dura.

Así opinaba el timonel. Pero los buenos consejos son inútiles cuando el que los recibe no está propicio para oírlos, y la oficialidad del *Queenstown* estaba ebria cuando éste entró con toda la vela al viento en el banco de bruma previsto.

El instinto de conservación hizo que el Comandante diera orden de plegar algo de velamen; pero una vez tomada esta medida, lenta é incompletamente, la orgía continuó, y el *Queenstown* siguió su camino nocturno en medio de la densa neblina.

Generalmente, por no decir siempre, esos pesados bancos de niebla que caen inopinadamente sobre el mar, lo calman, y en la proximidad de las costas los veleros no tienen que temer más que la resaca, que pudiera

arrastrarlos adonde no quisieran. En estos casos eso es lo más temible.

Andar sin rumbo, sin saber por dónde, ó quedar sin movimiento é ignorando la situación, son para el marino dos alternativas crueles. Á bordo del *Queenstown* nadie se preocupaba, y, no inspirando el tiempo inquietud alguna, los pasajeros, abatidos por el mareo, no pensaban ni podían pensar en lo que podía sobrevenir, funesto é irreparable.

La noche se pasó de esta suerte, demasiado bien para lo que puede esperarse en un navío en el cual las siete octavas partes de los tripulantes no tienen conciencia de su estado.

Además, toda persona al poner el pie en un navío se remite á la experiencia del capitán; siente y sabe que no tiene voz ni voto y que su vida está entre las manos de uno solo, que es dueño absoluto á bordo después de Dios.

Al clarear el día el navío se hallaba aún en plena bruma, aunque ya menos espesa. El puente estaba casi desierto; la mayoría de los marinos tocaban las consecuencias de la orgía, y el *Queenstown* iba adonde le llevaba la brisa, con marcha de barco bien dirigido, gracias al timonel, que, aunque ebrio como los demás, cumplía maquinalmente con su deber, te-

niendo á medias noción de su responsabilidad.

La mayoría de los barcos que se pierden al salir del Havre, aun los mayores trasatlánticos, naufragan en tiempo de niebla. Una vez cogidos en el *sepulcro*, no saben dónde están, y entonces las corrientes los arrastran casi siempre hacia las costas de Calvados.

Debido, sin duda, á la orientación de su velamen, el *Queenstown* había permanecido en alta mar; pero tenía ante sí el relieve de las costas de la Mancha, y cuando el Sol, disipando los últimos jirones de la bruma, apareció en el horizonte, se hallaba á la vista de Barfleur y ya dentro de la línea de escollos. Un poco más de brisa, y la corriente lo hubiera lanzado sobre las rompientes durante la noche: tan sólo los ribereños se hubieran enterado de la catástrofe por los restos que las olas lanzaran á la playa.

Sin embargo, hasta aquel momento el abandono de la tripulación no había producido, por fortuna, más que un retraso en la marcha; pero cuando las gentes de la costa, siempre madrugadoras, divisaron aquella masa que parecía correr por sí misma á una perdición segura, se levantó un clamoreo de estupefacción por todas partes.

¿Qué significaba aquello? ¿Acaso el capitán de tan magnífico barco estaba loco?

Gracias á la protección de la costa, la velocidad había disminuído; pero el navío iba derecho á la *Blanche-Nef*, roca tristemente célebre, contra la cual se estrellaría indefectiblemente si no cambiaba de rumbo.

La marea estaba baja, y las gentes de Barfleur hacían señales y más señales, sorprendidas al ver que á bordo del *Queenstown* nadie contestaba y que el barco continuaba imperturbablemente su camino, como si estuviera abandonado.

Salir para prevenirle del peligro, era imposible: en primer lugar, porque todas las embarcaciones estaban en seco en el puerto, tíasas sobre su quilla ó acostadas en el fango; además, dada la marcha del navío, la catástrofe era tan evidente como próxima.

Lo más extraordinario era que la enorme claraboya del faro de Gatteville brillaba aún con los albores del día. ¿Cómo, pues, se explicaba que no la hubiesen visto á bordo de aquel barco que iba derecho hacia ella?

Los patronos de pesca, que nunca se hacen á la mar sin anteojo marino, procura-

ban ver lo que ocurría en el *Queenstown*, y cambiaban sus impresiones.

—¡Palabra de honor! ¡Parece que no hay ni un hombre á bordo! ¿Qué significa eso?

—Patrón Bande, tocante á hombres vivos, sólo veo al timonel, y tiene aire de ballena en seco. Tiene usted razón: ¿qué significa eso?

—Esto significa que dentro de diez minutos á lo más ese barco se hará pedazos, como si fuera vidrio, contra la roca hacia la cual corre enfilado.

En la punta de Barfleur, y alrededor del inmenso anfiteatro de arena y rocas donde rompen y mueren las olas que se precipitan en la bahía de Gatteville, los ribereños circulaban, corrían, se amontonaban sorprendidos. Las campanas de las iglesias, lanzadas á vuelo, aturdían el espacio, tratando de llamar la atención de la extraña tripulación que tan tranquilamente corría á una muerte segura.

Algunos gritaban con toda la fuerza de sus pulmones, al mismo tiempo que otros hacían señas, agitando los brazos y gesticulando sin cesar.

¡Nada! El *Queenstown* continuaba impertérrito su camino, con gran asombro y ma-

yor terror de aquellas pobres gentes, que nunca habían visto cosa semejante, y cuya mayoría, al presenciar la inevitable catástrofe, se estremecía de espanto.

De repente el *Queenstown* se desencuadró; el espolón granítico de la *Blanche-Nef* le detuvo en seco, le abrió en dos el casco, y en menos tiempo del necesario para describirlo las gentes del ribazo vieron caer el velamen en desorden al mar, sobre el cual permaneció algún tiempo con espasmos de globo que se deshinchaba, á la vez que resonaba, dominando el estrépito de las olas, una detonación formidable, como producida por una descarga cerrada de artillería.

Á los pocos instantes el velamen, casi sumergido, flotó impregnado de agua, y al arrastrar consigo los trozos de jarcias y maderamen no quedó sobre la roca más que una especie de masa negra, algo que al hundirse el barco se había enganchado allí, hasta que la marea ascendente, ayudada por la brisa, lo levantase como un corcho y lo hiciera desaparecer como el resto.

Un espectáculo horrible, casi indescriptible, apareció ante los aterrorizados ojos de los pescadores. De los costados del navío

desencajado salieron los cadáveres de las víctimas asfixiadas, la mayor parte en un estado de desnudez casi completa, sorprendidas en sus camarotes ó en el puente por el inesperado hundimiento.

Antes de que el *Queenstown* se disgregara en informes restos, el agua, precipitándose instantáneamente por la primera abertura, había ahogado á los pasajeros, quitándoles toda defensa, y sólo quedaban vivos dos hombres de la tripulación, que pudieron agarrarse á los restos de un palo, siendo llevados por las aguas hacia tierra lentamente.

En cuanto hubo agua en el canal gran número de barcas de Berfleur salieron dificultosamente, por tener que luchar con el viento y la marea; y cuando pudieron evolucionar con libertad y recorrer la bahía en todos sentidos, con la esperanza de recoger algún ser vivo que permaneciera agarrado á los restos del navío, sólo pudieron socorrer á dos marineros, que casi milagrosamente eran arrastrados por las aguas hacia Gatteville.

El mar se iba cubriendo de despojos; el maderamen del barco hundido, sus palos, sus vergas y sus cordajes se entrelazaban á capricho de las corrientes y del mar, que á

medida que crecía tomaba fuerza y se agitaba más.

Mercancías de todas clases, principalmente barricas llenas, se mecían como boyas y bailaban una extraña zarabanda extendiéndose por todas partes, unas tocando tierra, otras alcanzadas por las corrientes y arrastradas hacia los escollos, para estrellarse allí y desaparecer para siempre; porque es sabido que nadie recuerda haber hallado nunca nada de los barcos perdidos en aquellos parajes bajo el doble é irresistible impulso de las aguas y del viento.

Entre los más arrojados patronos del puerto de Barfleur que se lanzaron al mar para tratar de arrancarle algunas vidas humanas, se hallaba el patrón Hilario Langlois.

Los más peligrosos parajes de la Mancha no tenían secretos para él. De Cherburgo á Saint-Waast le eran conocidas las menores corrientes, las más insignificantes hondonadas, las rocas submarinas, que en aquellos tiempos no estaban señaladas en los mapas, porque los ingenieros hidrográficos no pensaban que los *barcos de altura*, como llamaban entonces á los grandes navíos, pudieran llegar hasta ellas empujados por la borrasca.

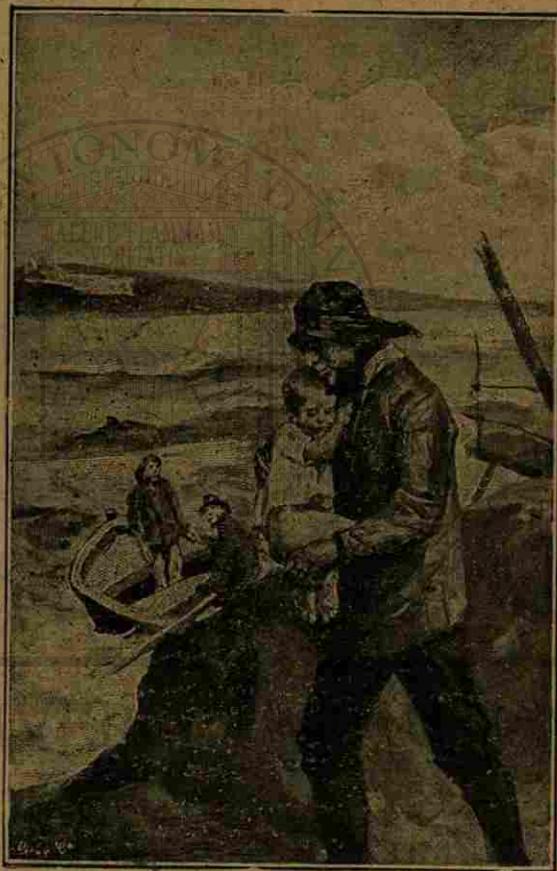
Entre los restos de todas clases que flotaban por doquier navegaba Hilario Langlois; á pesar de la dureza del tiempo, ojo avizor y deseoso de acercarse á los restos del *Queenstown*, en apariencia inmóvil sobre la *Blanche-Nef*, resistiendo el asalto de las olas que pasaban por encima envolviéndole en nubes de espuma.

El patrón Hilario Langlois, sin retroceder ante el peligro de que se daba perfecta cuenta, se acercaba impávido á la *Blanche-Nef* atraído por aquel despojo que resistía los ataques de las aguas.

Después de haber bordeado mucho buscando el viento, acabó por detenerse en un remanso formado por la roca, que ofrecía un relativo resguardo, y dió orden de amarrar.

Se hizo atar una cuerda á la cintura, se lanzó al agua, y llegó á nado hasta la *Blanche Nef*.

La parte del *Queenstown* que el mar no había destruído le atraía. Era un pedazo del puente que se había empotrado en una especie de anfractuosidad profunda, y protegido por la superficie casi lisa de la roca, que le defendía del choque de las olas, tanto más terribles cuanto que llegaban deshechas y tra-



Le apretó contra su pecho...

tando de reunirse con mayor fuerza, si cabe.

Cuando Hilario Langlois puso el pie en la roca, mientras su barca bailaba desesperadamente á corta distancia custodiada por los dos marineros que quedaron á bordo, se desciñó la cuerda, la amarró á una piedra alta y cilíndrica que parecía hecha expofeso, y lentamente, á causa de las resbaladizas algas que dificultaban su marcha, se dirigió á los despojos del *Queenstown*: cuando estuvo muy cerca, le pareció oír gemidos que salían de lo interior.

Hilario recorrió el trozo de puente, percibiendo pronto la puerta medio desencajada. Entró, y en el suelo, si se puede llamar así á cuatro tablas desunidas, vió un niño casi desnudo, cubierto sólo con una camisa que apenas le llegaba á los riñones, y ceñida por la humedad al cuerpo de la criatura. El patrón notó más tarde que no tenía inicial alguna.

Se apoderó precipitadamente de la criatura, que apenas tendría tres años, la apretó contra su pecho, y con toda la rapidez posible se dirigió á la roca donde había amarrado la cuerda.

Una vez que hubo llegado se la arrolló nuevamente á la cintura, y en poco tiempo

se encontró en el puente de su barca, con gran estupefacción de sus marineros, á los cuales enseñaba su hallazgo.

Pero éste lloraba desesperadamente; en primer lugar, de frío, y tal vez también de hambre. Hilario Langlois bajó con él al camarote disponiéndose á hacerle reaccionar, á la vez que daba orden á los marineros de poner la proa á Barfleur, donde entrarían con facilidad llevados por la marea.

Y era de ver el aire de triunfo con que al llegar al muelle presentó al pequeñuelo entre sus manos callosas á la curiosa multitud, que lanzaba asombradas exclamaciones.

—¿Dónde ha pescado usted eso, patrón? ¿Cómo es que ese niño vive aún, cuando tantos otros han muerto?

—No sé nada: lo único que puedo decir es que por ahora sería más de su gusto tomar alguna cosa que le reanimara el estómago que oír conversaciones acerca de su persona.

Y viendo á su mujer rodeada de chiquillos que miraban asombrados al niño que tenía su padre en brazos,

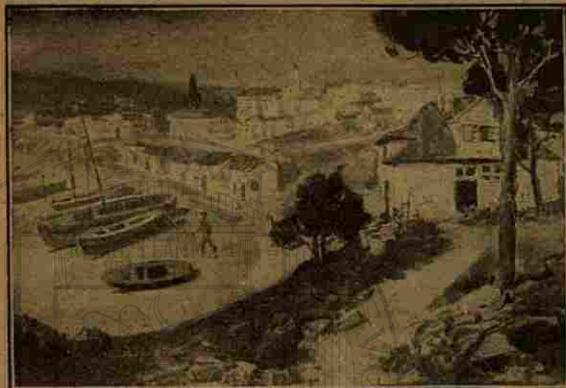
—Toma, mujer—le dijo:—corre á casa, y reanima al pequeñuelo como es debido. Dios

no me ha permitido sacarle del mar para que le deje morir de hambre.

El náufrago pasó de brazos del patrón á los de la señora Hilario Langlois (1), que arrojó al chico lo mejor que pudo con un chal que llevaba sobre los hombros, y sin hacer el menor gesto de protesta llevó al niño hacia la casuca que tenían.

Aquel niño era yo; y si escribo estos acontecimientos, de los cuales no podía tener ni recuerdo, es porque el patrón Hilario Langlois me los ha referido después mil veces, lo mismo que algunos de los que siguen. De éstos poco tendré que decir, porque el recuerdo que de ellos tengo es vago é indeciso. Todo lo que sé es que aunque entré en casa de Langlois por la puerta del naufragio, he vivido allí mucho tiempo, mucho, hasta que el deber me obligó á alejarme; hasta el día en que acontecimientos terribles me hicieron jefe de todo lo que quedaba de una familia, en la cual aquellos á quien yo llamaba padre y madre, como los otros hijos, nunca me hicieron notar que era para ellos, no ya una molestia, sino ni siquiera un estorbo grave.

(1) En Francia á la mujer casada se la conoce por el nombre y el apellido del marido.



I

Poco podré decir respecto á los años que siguieron: ha sido necesario que llegara á ser hombre para comprender lo que debía á aquella honrada familia.

Cuando me creyó en edad de comprenderle, Hilario Langlois se explicó conmigo.

Su casa, su choza mejor dicho, estaba situada á la derecha de la rada, que en aquel tiempo aún no era un puerto seguro, como ahora.

Era una casita baja, cubierta de bálago: los recuerdos de mi infancia me la muestran cubierta desde la cúspide á los cimientos de flores que agradaban á la vista y olían bien.

La casa tenía dos habitaciones nada más, ambas muy bajas de techo, para el matrimonio

y los ocho hijos (seis varones y dos hembras), de los cuales el mayor tenía diez años escasos cuando el padre me encontró en el puente del *Queenstown*.

Descontando los dos marineros que las aguas llevaron á Gatteville, era yo el único superviviente del terrible naufragio: la catástrofe había sido tan completa, que no se habían librado del desastre ni siquiera los documentos de á bordo.

Todo estaba en el fondo del mar; todo se lo había tragado el agua.

¿Tenía yo familia? ¿Ó mejor dicho, quedaba algo de ella por el mundo? ¿Cómo saberlo?

Los míos, los que se habían embarcado en el Havre á bordo del *Queenstown* con rumbo á América, quizás con otros hijos, dormían el sueño eterno en la fosa cavada en Barfleur, en Gatteville, ó en Montfarville para recibir los restos de las víctimas devueltas por el mar, á menos que sus abismos no las hubiesen guardado.

El *tío* Hilario, como le llamaban en el pueblo, hizo todo lo posible por obtener algún dato preciso. Contando con el apoyo de los *notables* de Barfleur, que le estimaban grandemente, y que admirando la sencillez con que echó sobre sus hombros la para él pesadísima carga de mi persona, considerando lo numeroso de su fa-

milia, tomaron á pecho las investigaciones que á mí se referían, y se informaban en el Havre, deseosos de dar con algún hilo conductor sacado de las listas de embarque.

¡Trabajo inútil! Dichas listas contenían los nombres de muchas familias francesas y extranjeras; pero era imposible saber á cuál de ellas pertenecía yo, aun contando con que baluceaba algunas palabras danesas: diez familias del mismo país, de las cuales la que menos llevaba cuatro niños, se habían embarcado en el Havre á bordo del *Queenstown*.

Los dos marineros que se salvaron del naufragio fueron interrogados. Eran de nacionalidad americana, y no sabían cosa alguna que se refiriera á mi origen.

Lo mejor, aunque sólo fuese una débil esperanza, era que aquellos hombres me viesen. Hilario, á bordo de su pesquero el *San Nicolás*, arribó conmigo á Cherburgo un domingo, y me presentó á los dos náufragos, los cuales no me conocieron.

Los interrogó hábilmente un intérprete; pero aunque me hubieran visto en el breve período desde la salida del Havre y el naufragio del transcurrido *Queenstown*, ¿cómo podían saber á qué familia pertenecía?

No había, pues, la menor pista posible, y un ciudadano de Barfleur que había acompañado

á papá Hilario por darse importancia y por tomar parte en un asunto que hacía algún ruido en el distrito, le aconsejó que me dejara en Cherburgo en el hospicio, donde no podían negarme la entrada, dado que, abandonado y sin guía, sólo me quedaba morir de hambre en las calles.

Llamábase el tal sujeto Rampán, y había servido en la Administración de Marina en concepto de corredor de provisiones, según supe más tarde.

Le llamaban *Pavo*. ¿Por qué? No sabría decirlo, ni lo he sabido nunca. De todos modos, era un mal sujeto, hinchado de vanidad, uno de esos espíritus mezquinos que se creen alguien y reniegan de la obscuridad en que se ven obligados á vivir.

He visto muchos hombres en mi vida, si bien no recuerdo haber encontrado ninguno tan vanidosamente imbécil, con ese aire de suficiencia que caracteriza á los seres vulgares, envidiosos y ambiciosos cuando llegan á grado muy relativo de consideración y de honores.

—No puede usted elegir—le dijo á papá Langlois:—debe usted dejar aquí á este chico. Me parece que tiene usted ya bastante con sus ocho hijos para adoptar á un extraño.

—¡Bah, señor Rampán!—contestó el patrón.—Uno más ó menos, ¿qué más da?

Y añadió riendo:

—Puesto que es usted soltero, ¿por qué no se encarga de él? Si me lo pidiese usted, no dudaría en entregárselo.

Según luego me ha contado el *tío* Hilario, poca gracia le hizo la indirecta al señor Rampán, que torciendo el gesto contestó evasivamente.

—¿Un chico en mi casa, patrón? ¿Y qué iba á hacer con él?

—Lo que haría usted con los suyos si los tuviera, señor Rampán; es decir, un buen ciudadano francés, ya que su situación le nacionaliza.

Pavo no pareció comprender, y cambió de conversación.

—Si quiere usted creerme, patrón, debemos embarcar cuanto antes. No es que el cielo esté amenazador; pero las noches son frescas y nada buenas para los reumáticos.

—A sus órdenes, señor Rampán; aunque le aseguro que llegaremos á Barfleur en buenas condiciones.

En el muelle de Chérburgo se detenían á ver pasar al que me llevaba en sus brazos, y que dirigiéndose hacia el antepuerto donde tenía amarrado el bote, explicaba detenidamente sus designios.

—¡No, señor Rampán; mil veces no: no quie-

ro abandonar este pequeño! Yo le he recogido, y hasta nueva orden me pertenece. Tan cierto como lo digo, casi es igual para los chicos el hospicio que el fondo del mar, y, venga éste de donde venga, haré de él un marinero, como nosotros hacemos con los nuestros de padres á hijos.

—Como usted guste, patrón; pero no olvide que le he dado un buen consejo.

Charlando así llegaron al antepuerto, llevándome el *tío* Hilario en los brazos.

Bajó las escaleras, resbaladizas á causa del verdín, seguido por el señor Rampán, envuelto en una gran hopalanda; y como era la hora del reflujo, se dejó llevar por la corriente mientras orientaba las velas del pesquero, después de haberme colocado en un pequeño cobertizo situado en la barra misma del timón.

El señor Rampán bajó al camarote y se instaló lo más cómodamente posible, sin hacer ninguna reflexión respecto á la utilidad de su viaje.

Papá Hilario se arreglaba muy bien solo, y á la vez que maniobraba para dirigirse á alta mar, no dejaba de meditar en la casualidad que llevaba un niño más á su pobre casa. ¡Cuánto he pensado luego, y cuántas veces, en la sencillez con que aquel hombre laborioso me hizo un hueco en su nido y en su mesa! Los

ojos se me llenan de lágrimas, y el día que conocí su sacrificio resolví dedicar mi vida entera en beneficio suyo y de su familia.

Cuando llegamos á Barfleur refirió Hilario lo estéril de sus pesquisas, y expuso á su mujer la necesidad en que se hallaba de adoptarme. Un niño más ó menos, ¿qué importaba?

La excelente mujer aceptó desde luego la propuesta de su marido.

—Será de los nuestros, Hilario—dijo—ya nos lo pagará más tarde.

Y añadió:

—¿Verdad que tiene un tipo simpático?

—El caso es que es manso como un cordero—replicó el patrón.—Y acaso no lo creas, Rosalía; pero desde esta mañana no hemos oído el metal de su voz.

Entré, pues, en aquella familia, bastante poco holgada, y aumenté sin quererlo sus ahogos y dificultades.

Allí me eduqué, allí crecí, rodeado de afectos y de cuidados, lo mismo que si fuese el noveno hijo del patrón.

Tenía aproximadamente la misma edad que la hija mayor de Hilario Langlois, á quien tan pronto llamaban Rosa como Rosina ó Rosaura, y me hice su compañero inseparable.

Los chicos me aceptaron. ¿Qué les importaba? A su edad (me refiero á la edad de los ma-

yores, el más viejo tenía diez años), los cálculos egoístas son desconocidos.

Además, los cuidados llenos de solicitud de la madre y el cariño del padre, que me igualaban á ellos, no atraían sobre mí ninguna hostilidad.

Más tarde, cuando los mayores se hicieron hombres y, como era natural, comprendieron que era un intruso, empezaron á manifestarme cierta aversión.

Muchas veces se me ha ocurrido pensar que Pavo los excitaba contra mí.

El *tío* Hilario era uno de esos hombres generosos y fieles cumplidores de su deber que no suelen encontrarse más que entre los proletarios que arrastran una existencia difícil, y con frecuencia precaria.

Esa clase de hombres no es desconocida en nuestras costas. Parece que los más caritativos son aquellos cuya vida es más dura y penosa.

—¿No están acaso los marinos á merced de un soplo de viento?

Saben que el mar, que los alimenta, los amenaza continuamente; que pueden desaparecer en un abrir y cerrar de ojos tragados por una tormenta repentina, y que una vez desaparecidos, su casa queda llena de criaturas, pero con el arca vacía. Entonces piensan que los supervivientes harán por sus huérfanos lo que

ellos mismos hubieran hecho en igual caso, y este sentimiento de fraternidad mantiene entre las gentes de la costa una solidaridad hermosa.

Así entré yo en aquella casa, y hubiera podido creérmelo hermano de Rosita si el *tío* Hilario en sus confidencias no me hubiese relatado lo que acabo de transcribir.

Iba á la escuela como los demás, y aprendí fácilmente á leer, escribir y contar. Pero cuando llegué á hablar el francés lo hice con tan marcado acento extranjero, que *Pavo*, hombre universal, afirmó mi origen español. Aquel hombre extraordinario lo sabía todo.

Lo más curioso es que creía tener sobre mí algunos derechos. ¿Por qué? Quizás no hubiera sabido decirlo; pero de tiempo en tiempo llegaba á casa, se sentaba cómodamente junto á mi protector, y,

—¡Hola, Langlois!—le decía.—¿Qué hace el futuro grumete? ¿Está usted satisfecho?

—Por ahora, señor Rampán—contestaba el *tío* Hilario,—come como los demás y bebe lo mismo. ¿Acaso se le puede exigir que haga más?

—¡Vigílele usted; no sabemos lo que traerá dentro! Además, este hijo del mar ocupa en esta casa un sitio que usurpa á los demás.

—¡Ni una palabra sobre eso, señor Rampán! No creo que el niño tenga edad para saber lo

que hacemos por él. Con el tiempo lo sabrá, y lo que puedo decir es que por ahora no estorba. Cuando en una casa hay poco que repartir, lo mismo da ser diez que doce alrededor de la mesa: si hay algo menos para cada uno, siempre habrá bastante para todos. Vea usted á los otros, señor Rampán; me complazco en afirmar que no han enflaquecido. Y respecto al extranjero, ¿ha visto usted nunca mejillas más frescas ni piel más rosada?

Y Langlois añadía:

—¡Vamos, muchacho; listo, ven aquí!

Y yo me acercaba, acompañado de Rosa. Ella era morena, cosa rara en el país, y yo rubio, como la mayoría de los demás chicos del pueblo; pero con tinte más pálido, menos dorado. El señor Rampán, que ya había conocido mi acento español, reconocía del mismo modo por el color de mis cabellos mi origen escandinavo.

—¡Este—decía—viene en línea recta de las costas del Báltico ó del mar del Norte!

Hilario que tenía experiencia y no se dejaba asombrar fácilmente, añadía con la mayor sencillez:

—A menos que proceda del golfo de Gascuña. Y á renglón seguido, mi madre adoptiva tomaba la palabra.

—Venga del Norte ó del Mediodía, me es

igual, señor Rampán. Lo cierto es que está aquí, y aquí seguirá hasta que haga lo que los otros y vaya al mar.

Al decir esto pasaba su mano, curtida por el aire y el frío, por mi cabellera desordenada, y añadía:

—¿Querrias tú marcharte, Santiago?

Semejante á los niños asustadizos, me abrazaba á la *tía* Langlois, escondía la cabeza en su delantal, y entre gemidos exclamaba:

—¿Yo marcharme, madre? ¡Nunca, nunca! ¡No quiero que me lleven de aquí!

Una vez pasado el susto, miraba con ojos terribles al señor Rampán, que añadía con tono sentencioso:

—¡Cuidado con este muchacho, amigos! Se ve que es voluntarioso; y si no le vigilan ustedes, no les dará más que disgustos.

Después de esto se despedía, y mamá Langlois, á quien le era poco simpático, exclamaba:

—¡Qué mal bicho es el señor Rampán! ¡Parece que desea mal á las pobres gentes! Los que no tienen nada que hacer, sólo piensan en los demás para atormentarlos.

—¡Bah! ¡A trabajar, y no nos preocupemos de lo demás!

—Todo lo que quieras, Hilario; pero no me gustan las gentes que se mezclan en los asun-

tos ajenos. Desgraciadamente, los necesitados no faltan por aquí, y sabes muy bien que la puerta del ex-corredor no se abre nunca para ellos.

—¡Peor para él, Rosalía; más tarde tendrá remordimientos! Pero si todos los de este mundo fueran buenos, sería demasiado hermoso.

—Es posible que tengas razón, Hilario; pero socorrer á los demás causa alegría, y la alegría es una recompensa.

Así charlaban de tiempo en tiempo el patrón y su mujer cuando después de comer, entre sorbo y sorbo de café, fumaba aquél su pipa.

Como yo no tenía recuerdo alguno de nada anterior, tomaba inocentemente por hermanos á los hijos del patrón.

Y, en efecto, ¿no era mi padre? Si no me había engendrado, me había salvado la vida. ¿Acaso no es lo mismo?

Creo que es más hermoso todavía, puesto que nadie le obligaba á recogerme y á educarme como á los suyos en el amor al trabajo y al mar.



II

Todas las tardes al salir de la escuela los chicos van á jugar á la playa, lejos del mar cuando la marea baja, muy cerca durante la pleamar.

Á veces siguen el curso del agua de peña en peña, y sólo cuando todas están cubiertas por el agua vuelven á la playa.

¡No hay peligro de que los alcance! Conocen ya todos los secretos de la playa, como más tarde conocerán los del mar.

¡Cuántas excursiones de ésas hice en compañía de Rosita en los tiempos en que los mayores, ya aptos para el trabajo, navegaban con Hilario!

No podíamos, sin embargo, estar mucho

tiempo fuera de casa, porque la *tía* Langlois se enfadaba, y cuando se nos hacía tarde volvíamos muy deprisa cogidos de la mano.

Los niños, que en seguida adivinan los afectos nacies, se burlan de ellos y los ridiculizan.

Casi todos en Barfleur estaban celosos, ó por lo menos me lo figuraba yo; pero en realidad era otro sentimiento el que los impulsaba.

Aunque me conocían desde muy pequeño y me vieron crecer á su lado, sabían la historia del naufragio, y repetían los inocentes lo que oían decir en su casa respecto de mí: que era un extranjero recogido por caridad por la familia del patrón Hilario Langlois.

Ocurría á veces que no me admitían en sus juegos cuando eran muchos, porque sabían que yo era fuerte y nada cobarde y que no toleraba que se mofasen de mí.

Con frecuencia intervenía Rosita, y cuando la disputa tomaba proporciones inquietantes, me decía.

—¡Vamos, Santiago; deja á esos tontos divertirse solos!

Una palabra suya ó una mirada me domaban: la seguía, pues, mientras, los otros, ya fuera del alcance de mis puños, me perseguían con sus pullas.

¿Por qué negarlo? Me hallaba más á gusto



con las cuales hacíamos un gran ramo para nuestra madre.

solo con ella que acompañado por la bandada de turbulentos muchachos que no me miraban con buenos ojos.

Cuando la dulce época de la primavera se acercaba, nos íbamos á través de los campos para buscar violetas blancas, con las cuales hacíamos un gran ramo para nuestra madre.

Aquellos paseos no duraron mucho. Lo que durante algún tiempo puede ser bueno, se vuelve malo de un año á otro, y almas caritativas se lo hicieron comprender á mamá Langlois.

Ahora comprendo que tenían razón, y al evocar hoy estos recuerdos en presencia de Rosa, creo que su corazón late con tanta violencia como el mío.

Entonces, en nuestro mutuo afecto, tan vivo como inocente, teníamos diálogos de los cuales no he olvidado la más insignificante palabra.

Ella era la que, más atrevida ó más espiritual que yo, los empezaba, y yo me maravillaba de oírle decir tanta cosa.

Distinguía el bote del patrón Hilario á distancia extraordinaria entre multitud de otras embarcaciones del mismo género que arrastraban la traíña, una vez pasada la época de la pesca de fondo.

—Así harás tú más adelante—decía—¡No hay nada como el mar! Padre lo dice todos los

días; pero ya ves, Santiago, que causa muchas desgracias. A veces pienso que padre podía marcharse como otros muchos y no volver más: sin embargo me parece que no hay para un hombre otro oficio que el de marino.

Me imponía con su manera de hablar tan razonable; y aunque me esforzaba para contestarle lo mismo, no sabía más que repetir, probablemente con un aire muy azorado:

—¡Es verdad; es hermoso, muy hermoso!

—Ya pronto empezarás tú también, Santiago, porque eres grande y fuerte. Padre decía el otro día que te llevaría consigo cuando hicieras la primera comunión.

Y con tono inquieto, añadía:

—¿Te gustaría ir al mar?

Y yo, que no soñaba con otra cosa y me creía nacido para el mar, contestaba:

—¿Si me gustaría, Rosa? ¡Pues si no deseo otra cosa! Y me gustaría más aún si admitieran muchachas en los barcos, porque vendrías tú con nosotros.

Pero ella, instruída por el ejemplo de su madre, exclamaba:

—¡Qué cosas dices, Santiago! Si fuera con vosotros, ¿quién haría la comida para la hora de vuestra llegada?

Una vez que recibiera la primera comunión embarcaría con el *tío* Hilario: ya estaba decidi-

do. La perspectiva no me disgustaba. De tanto ver el mar de cerca—¡es natural!,—deseaba verlo mejor, y me regocijaba con la idea de pasar una noche en él en la barca del *tío* Hilario.

Al fin llegó la hora. Tenía aproximadamente doce años cuando por vez primera fui iniciado en el duro oficio de marino.

Al principio todo iba bien con un patrón como Hilario y sus dos hijos mayores, que yo tomaba por hermanos.

Ellos, sin embargo, no me querían, y con frecuencia noté que en la mesa les parecía mi plato demasiado lleno.

La *tía* Langlois les imponía silencio con dulzura; pero Hilario, menos sufrido, daba un puñetazo sobre la mesa.

—¡El que no esté contento, que se levante y vaya á comer su pan solo en el puerto!

No había mejor fórmula para imponer silencio: dichas estas palabras, se hubiera oído volar una mosca en la habitación.

Pero esto no bastaba para suavizar los sentimientos hostiles, sino, al contrario: ora á bordo, ora en tierra, tenía que aguantar muchas cosas que no me parecían justas.

No podía quejarme al *tío* Hilario, porque sería acusar á sus hijos, y por bueno que fuese para conmigo, los otros eran carne y sangre suya, y les hubiera dado la razón.

No veía, no podía ver las conspiraciones tramadas contra mí por sus hijos mayores.

El cariño que Rosita me tenía los sacaba de quicio, y todas las cobardías les parecían buenas con tal que me fueran desagradables.

Todos los descuidos eran culpa mía; y como no protestaba nunca, por la conciencia que tenía de la inmensa deuda de gratitud que había contraído con el patrón, éste acababa por creermelo peor de lo que era, y una noche le oí decir hablando con su mujer:

—¿Sabes, Rosalía, que no van las cosas como yo quisiera con Santiago? Creí que ese muchacho pondría toda su voluntad y su amor propio en agradecer lo que por él hemos hecho, y no hay nada de eso. Sus malos instintos se desarrollan con la edad, y acabaré por creer que mejor hubiera hecho dejándole en el puente del *Queenstown*.

—¡No digas eso, Hilario! No me explico cómo Santiago, tan amable y tan dulce aquí, se vuelve intratable á bordo.

—Entonces, ¿por qué los chicos no pueden sufrirlo?

—Tampoco me lo explico. Nada me hará variar de opinión sobre ese niño: todo lo que puedo decirte es que tiene una inteligencia superior á su edad y que se da perfecta cuenta de

lo que nos debe. ¿Le has encontrado alguna vez inclinado á resistirte?

—Nunca. Eso debo decirlo, Rosalía. Pero, entonces, ¿por qué nuestros muchachos se encarnizan con él?

—Lo ignoro, Hilario; pero yo les hablaré. Entre ellos y Santiago comprenderás que no dudaría; pero me apenaría mucho convencerme de que su odio era justificado.

—Habría quizás un medio de obviar esto—añadió Hilario,—que sería llevarle á otro barco. No faltan aquí patronos que mediante mi recomendación se encargarían de él. El señor Rampán también está prevenido contra él, y ayer mismo al desembarcar me preguntó qué hacía con Santiago.

«—Hasta ahora, poca cosa, señor Rampán—le contesté;—pero con el tiempo es de esperar que haga su trabajo como los demás.»

«—Eso significa que aún no trabaja—repuso el señor Rampán.—Patrón Langlois, no podrá usted quejarse de que no le advertí á tiempo.»

—¡Basta!—dijo la *tía* Langlois.—¡El señor Rampán es un mal hombre, y tú no valdrías mucho más que él si le escucharas!

La *tía* Langlois, sin embargo, tampoco las tenía todas consigo, pues había sido algunas veces testigo de las malas disposiciones de los

30249

mayores para conmigo y para con Rosita, á quien reprochaban ser buena con el intruso y mezclarse en nuestras disputas para tomar mi defensa.

¿Qué iba yo á hacer? ¿Adónde ir á los doce años á ofrecer mi trabajo, que valía tan poco?

Sería necesario, sin embargo, decidirme, puesto que la situación se agravaba de día en día.

Una tarde del mes de Julio, en el momento en que papá Hilario desembarcaba en compañía de los dos mayores, me acerqué á él y le dije:

—Padre, quisiera decirle dos palabras.

—Habla—me dijo:—aquí no hay nadie.

—Exceptuándole á usted, padre, todos sobran, porque lo que pienso decirle sólo nos interesa á los dos.

Dió orden á sus hijos de arreglarlo todo en el barco, activar el embalaje del pescado en los grandes cestos, limpiar con las arpilleras las bordas, llenas de escamas, y cogiéndome del brazo bruscamente y llevándome del lado de la playa, me preguntó:

—¿Qué me quieres? ¿Qué pasa de nuevo?

—No pasa nada nuevo, padre; pero comprenderá usted que allí sobra uno, y ese uno soy yo.

Me miró con expresión de cólera contenida

y con los brazos cruzados sobre la blusa, y con voz amarga, acerba, que nunca había oído y que me asustó, dijo:

—¿Qué significa esto, Santiago? ¿Acaso el señor Rampán tenía razón?

—No sé lo que dice el señor Rampán, padre; pero lo que sé muy bien es que ya no me lleva usted al mar, y que yo debo aprender un oficio: el de pescador, el único que me gusta, y el único que puedo aprender.

Se calmó, y con voz más dulce repuso:

—Es cierto que ya no te llevo, Santiago; pero somos muchos á bordo, y una barca como la mía no necesita mucha gente.

—Hay otros patrones en Barfleur, padre, cuyas dotaciones no están completas. Yo estoy seguro de que el patrón *Buendía* me alistaría gustoso si usted se lo dijera.

—Bien, Santiago; ya hablaremos más tarde.

—¡No—le interrumpí bruscamente;—más tarde, no! ¡Ahora, ahora!

Recobró su aire severo, y muy bruscamente dijo:

—¡Ah!, ¡ah! ¿Tanto te aburres en nuestra casa?

—No es eso—repuse;—pero me parece que peso demasiado, y eso es lo que no quiero, padre.

Y añadí:

—Además, ya no es usted el mismo para mí, y, en el fondo, estoy seguro que no le disgusta verme partir.

—¡Silencio!—dijo con afectada seriedad.

—Se hará lo que quieras. De todos modos, no podrías seguir aquí.

—¿No podría seguir aquí? ¿Por qué?

Al pronunciar estas palabras no pensaba más que en Rosita. Alistado á bordo de la embarcación del patrón *Buendía* (nunca me expliqué la razón de este mote), no sólo no me alejaba, sino que seguía en casa del tío Hilario, á quien el último día de cada mes entregaría mi paga. Al menos así lo había arreglado yo, y pensaba que, no siendo gravoso para la familia, me tolerarían, sin duda, ó, por lo menos, su hostilidad sería menos ostensible.

Nunca había pensado en una separación.

El tío Hilario, á pesar de sus brusquedades inopinadas, me había considerado siempre como uno de los suyos, y en los últimos tiempos su esposa le llamaba al orden por causa mía algunas veces.

—¡No valía la pena de sacarle del mar para tratarle así ahora!

Entonces él se disculpaba, y, como todos los hombres débiles, echaba sobre otros la responsabilidad.

—No soy yo, Rosalía; son los mayores, que no pueden aguantarle.

—A ti te toca arreglar eso. Lo más probable es que á bordo te indispongan con el pequeño. Toda tu vida serás débil, Hilario, y si estuvieras solo en casa, no sé cómo andarían las cosas.

Y después de una pequeña pausa añadía:

—Cuando se ejecuta una buena acción hay que llevarla hasta el fin, porque si no, mejor es no empezarla.

A pesar suyo, no estaba tranquilo respecto á mí.

Por eso aquel día se mostró más brusco en apariencia.

—Ya que quieres irte de casa—repetía,—te vas de aquí. Comprende que si no, dirán que á falta mía otros te han recogido.

Entonces, á pesar de que la idea de la separación me hacía llorar, le respondí:

—Haré lo que usted quiera, padre: me marcharé.

Mi voz debía de ser temblona y lacrimosa, porque la expresión de su rostro se dulcificó espontáneamente.

—Tranquilízate—me dijo;—no irás muy lejos. Te llevaré á Grandcamp, hacia esa banda de tierra que se ve más allá de Veys. Y... ¿qué quieres que te diga? Bajo todos conceptos es

preferible para ti marcharte. En Grandcamp se pesca á la traíña, y ya verás cómo venís por aquí ó vais á las costas de Inglaterra. Así aprenderás el oficio, te aficionarás al mar, y con el tiempo serás un excelente marino.

Y más pausadamente añadió:

—No significa eso que nos estorbes; pero ya sabes que hay caracteres que, como dice el señor Rampán, no simpatizan, son incompatibles.

—Sí, es cierto—le interrumpí;—pero no me explico tal cosa, porque yo quiero mucho á todos.

Y á media voz añadió Hilario:

—¡Pobre Santiago! ¡Es que á ti nadie te estorba!

Entonces comprendí que quien estorbaba á los demás era yo, que á diario les quitaba algo de lo que les pertenecía; hasta de las caricias de la *tía* Langlois.

Desde aquel momento mi resolución fué irrevocable, y dije á mi protector:

—Alejarme de ustedes, no volver á ver nunca quizás ni aun á los que me quieren mal, me es más penoso de lo que usted se figura; pero haré lo que me manda.

—¡Eres un buen muchacho, Santiago, y serás algo en el mundo! Volvamos á casa, y en breve decidiremos lo que hay que hacer.

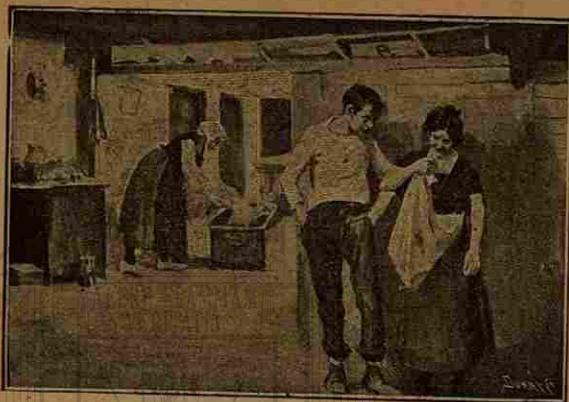
Rápidamente emprendimos el camino de regreso, y ya cerca de casa vi á Rosa que me esperaba. Dado el estado de mi ánimo, no pensaba más que en ella, y á la vez que procuraba alcanzar al *tío* Hilario monologaba del siguiente modo:

—¡Es, pues, preciso que me aleje de ella! Los que se embarcan se exponen á incesantes peligros; pero yo, que me voy solo, muy solo, no tendré como ellos á mi vuelta las caricias de una madre ni las sonrisas de una Rosita que me hagan olvidar las penalidades que sufra.

Aún veo á Rosa salir á nuestro encuentro, y no olvido ni olvidaré nunca la extrañeza de su mirada, como si hubiera previsto lo que iba á ocurrir.

Acaso fuera debido, sencillamente, á su sorpresa de vernos tan serios.

La cogí de la mano, y llegamos los tres á la casuca sin haber pronunciado una palabra.



III

La hostilidad de los mayores contra mí nunca se manifestaba en casa: la *tía* Langlois no lo hubiera tolerado. Solamente á bordo desahogaban el furor de su antipatía.

Como era el más joven, tenía que obedecerlos á todos. Particularmente por las noches, cuando estábamos en alta mar pescando con gríos, con los palos de la barca desmontados para ofrecer poca resistencia al viento, y mientras su padre dormía un rato, inventaban faenas inútiles para hacerme sentir el peso de su autoridad.

Por complacer á los hijos del patrón, los dos hombres de la dotación los ayudaban á mortificarme.

Nunca salió una queja de mis labios. No es que pretenda aparecer mejor de lo que soy; pero para ello tenía dos motivos: el deseo firme de no dar un disgusto á mi madre adoptiva, y, sobre todo, la idea de no alejarme de Rosita.

—¡Todo—pensaba yo—antes que eso!

Una vez despierto el *tío* Hilario, todo cambiaba, y con tanta rapidez, que no se daba cuenta de lo que ocurría.

Para que lo hubiese notado era preciso que mis verdugos perdiesen todo miramiento y disimulo; y aun así, ¿qué hubiera hecho?

El cariño que me profesaba Rosita entraba por mucho en las causas de aquella aversión. Nuestra intimidad los irritaba.

A pesar de todo, cuando se resolvió que partiría de aquella casa que yo miraba como mía, mis ojos se llenaron de lágrimas.

Rosita lo supo antes que yo. Como no salía nunca, no le faltaba trabajo en casa, y mientras la *tía* Langlois desempeñaba los quehaceres de la casa ella zurcía las zamarras de lana y las camisas de toda la familia, y los domingos vestía y peinaba á los demás pequeños.

Por eso oía muchas cosas que á su alrededor decían, y á veces la encontraba con los párpados enrojecidos á fuerza de llorar. La interrogaba, apenado de verla triste.

—¿Qué tienes, Rosa?—le decía.—¡Apostaría á que tengo yo la culpa!

Ella, esforzándose por sonreír, me miraba tiernamente.

—Todos tenemos penas, Santiago. Muchas veces he oído al párroco decir en el púlpito que hasta los más dichosos de la Tierra las padecen.

—Sin embargo, Rosa—respondía yo con inocencia de niño,—debe de ser muy hermoso ser rico.

—¿Qué harías tú si fueses rico?

—Si fuera rico, mandaría construir en Cherburgo ó en Saint-Waast un barco grande y fuerte para nuestro padre. ¿Y á que no sabes lo que mandaría poner á proa?

—No. ¿Qué pondrías, Santiago?

—Pues pondría una estatua blanca, con mucho oro en el vestido y en el cabello, y cuando vieran en popa el nombre Rosita, las gentes dirían: «¡No es extraño, porque esa estatua es su retrato!»

Al oír esto Rosa se ruborizaba hasta ponerse carmesí, y volviendo la cabeza para disimular su azoramiento, decía:

—¡Es lástima que no seas rico, Santiago! Pero no lo siento sólo por eso.

—¿Pues por qué?

Se ruborizaba más aún, y acababa por de-

cir, limpiándose las lágrimas con el delantal:

—¡Porque si fueras rico, Santiago, no te alejarías de aquí!

Y al cabo de un rato añadía:

—¡Si al menos estuviera segura de que volverás!

—¿Y por qué no he de volver, Rosita? Grandcamp no está lejos. Desde alta mar me han enseñado muchas veces el perfil de su costa. Sólo pensar en que te tendré cerca me hace recobrar el valor.

—También sería yo valiente si supiera que volveré á verte.

Mientras tanto la señora Langlois preparaba mi equipo.

Dos camisas de tela cruda; unos pantalones y una zamarra de lana con coderas, hecha por ella misma; un par de botas de agua y un gorro de algodón rayado, como los que usan los molineros del país.

En una de sus excursiones por mar, y aprovechando un viento favorable O. NO., el tío Hilario arribó á Grandcamp, donde uno de sus ex-marineros del *Enrique IV* en la guerra de Crimea era patrón de una barca de pesca.

Se llamaba Robine y pasaba por afortunado en el mar, lo que significa que hacía buen negocio.

Precisamente necesitaba un grumete. Cuando el señor Hilario le contó mi historia, me aceptó desde luego.

Era viudo y tenía cinco hijas, de las cuales las tres mayores se ganaban ya la vida en las tiendas de Saint-Lô, Coutances é Isigny como dependientes.

Conviniéron en que en la próxima marea viva, que precisamente caía en domingo, *La Prevenche*, que así se llamaba la barca de Robine, iría á Barfleur para tomar el mar en la segunda marea, ya con su nuevo grumete.

Me quedaban, por lo tanto, pocos días de estar en Barfleur, pasados los cuales me alejaría de Rosa por mucho tiempo, acaso para siempre.

No sabría explicar la dolorosa impresión que esta idea me causaba. ¡No verla más! ¡Hallarme solo en un barco que no era de Barfleur, con una tripulación desconocida, y no encontrar á mi vuelta á tierra el sonriente rostro de la *tía* Langlois!

Nunca me había dado tan exacta cuenta de la bondad de Hilario Langlois, que me había recogido, educado y mantenido, y que acaso á su pesar me abandonaba por complacer á sus hijos.

Todas estas ideas me perseguían con indecible persistencia.

La *tía* Langlois no podía menos de aprobar los proyectos de su marido, y á veces con tono brusco decía:

—Estará mejor allí que aquí, ya que nadie le quiere; ni tú, Hilario, que hubieras podido evitar esto desde sus comienzos.

De todos modos, era tarde para remediarlo: ya no podía yo estar en compañía de los mayores.

La *tía* Langlois, muy hábil en la costura, era muy solicitada, y con frecuencia la llamaban en casas particulares. En tales días me dejaba á mí al cuidado de los pequeñuelos. Algunas veces me acompañaba Rosa.

En aquellas ocasiones no dejábamos de charlar, pues sus ocupaciones de ama de casa no impedían que su lengua no cesara de moverse un momento.

Sabiendo que mi partida estaba próxima, me daba consejos, y una vez terminada su lección, añadía:

—¿A qué decirte eso, si luego has de olvidarnos á todos?

—¿Olvidarte yo, Rosa? ¡No digas eso, porque demasiado sabes que lo que dices no es cierto!

—¡Ya veremos—contestaba sonriendo;—ya veremos si más adelante te acuerdas de nosotros!

Pasaba el tiempo, y la fecha de nuestra separación se aproximaba. El *tío* Hilario se hacía el fuerte, y su esposa se ocultaba para secarse los ojos. A los demás, excepción hecha de Rosa, les era indiferente mi marcha. Los mayores me veían partir con una notoria satisfacción, y los pequeños ni pensaban en ello.

Una vez por semana iba Rosa al lavadero, situado á mitad de camino entre Barfleur y Gatteville. La *tía* Langlois amontonaba la ropa sucia en una lona grande, cuyas cuatro puntas anudaba dos á dos.

Cuando yo navegaba con el *tío* Hilario, Rosa cargaba con tan pesado fardo, y doblada bajo su peso se iba al lavadero. Allí se pasaba el día lavando, y á la vuelta el lío pesaba doble que á la ida.

Con frecuencia llegaba á casa extenuada; pero ni una queja salía de sus labios.

Rosa tenía conciencia del deber.

Cuando ya no me dejaron ir con el señor Hilario al mar, era para mí una fiesta acompañarla al lavadero llevando la ropa sobre los hombros ó en la cabeza.

Y mientras Rosa desempeñaba su cometido permanecía yo sentado cerca de ella, admirando su buen humor y su decisión.

El señor Rampán pasaba á veces por allí, y al verme sentado con la espalda apoyada

en las rocas levantaba los hombros y decía:

—¡Es un *lazzarone*! ¡No puede negar que viene de la Italia meridional!

Y trataba de entablar conversación con Rosa, que no le contestaba.

Un día que el señor Rampán insistió en hablarle, vi que la cólera se apoderaba de ella.

—¿Qué quiere decir *lazzarone*?—preguntó.

—Quiere decir, sencillamente, perezoso, niña; y creo que en su casa de usted deben de haberlo comprendido ya.

Le molestó mucho que nadie se riera. Una de las lavanderas tomó la palabra, y, sin dejar de trabajar, exclamó:

—¡Si se pagaran las malas lenguas, conozco algunas que se venderían caras; y no muy lejos!

Esta salida fué acogida con estrepitosas carcajadas. Cuando se restableció el silencio, otra lavandera repuso:

—¡Y dicen que las mujeres somos charlatanas! ¡Pues, según parece, en la Administración de Marina también se mueve la lengua!

—¡Hasta otro rato, señor Rampán—dijo otra;—y no se detenga usted aquí, que no es su sitio!

—En el café es donde debe usted decir esas cosas—añadió una tercera.— ¡Adiós, señor Rampán!

—Pero ¿qué le ha hecho el chico? ¿Le cuesta á usted algo?—exclamó una viejecilla de cara simpática.

—¡Sería raro, porque ya sabemos que en su casa no se atan los perros con longaniza!

—¡Márchese usted, señor Rampán, y mírese al espejo! ¿A que no hay en todo el distrito dos más feos que usted?

Había que verle encolerizado, desorientado por aquel diluvio de pullas; y, sin embargo, sin duda por amor propio, no retrocedía.

Naturalmente, sobre mí debía recaer su indignación, y hacia mí se dirigió con los puños cerrados.

—¿De qué te ríes tú, bastardo?

De un brinco me levanté y me puse fuera de su alcance

—¡Bastardo!—exclamé.—¿Qué significa eso, señor Rampán?

—¡Eso significa que has de pagármelas, bandido, y que has de llevar estampados mis cinco dedos en el rostro!

Mas cuando quiso avanzar, ya estaba yo lejos, aunque procurando que las lavanderas no perdiesen nada de la escena.

Ellas me excitaban para que le encolerizase más aún, diciéndome:

—¡Llámale *Pavol*! ¡Llámale *Pavol*!

Como estaba bastante lejos y no podía al-

canzarme, junté las manos como una bocina, y con toda la fuerza de mis pulmones grité:

—¡*Pavol*! ¡*Pavol*! ¡*Pavol*!

No debió de agradarle mucho la cosa; porque se lanzó en mi persecución, rojo de ira y con los ojos fuera de las órbitas.

Nunca he visto ni veré hombre más furioso en mi vida.

Si me hubiera cogido, me destroza. Pero yo era ágil, el terreno, arenoso, y le levaba gran ventaja, corriendo sin cesar, por el temor de que me alcanzase.

¿Por qué me odiaba aquel hombre? Nunca he podido dar con los motivos que para ello podía tener. Su aversión era tan ridícula, que hasta los pescadores la comentaban entre sí, y no le hubiese ido bien al señor Rampán si delante de ellos me hubiera puesto la mano encima.

Por eso, cuando me veía se contentaba con lanzarme miradas terribles.

Parecía que mi presencia en Barfleur le molestaba ó le causaba gravísimos perjuicios.

La tía Langlois me hablaba de él recomendándome prudencia.

—No hagas caso de lo que te diga, y sé cortés con él cuando te dirija la palabra.

—Tranquilícese usted, madre: cuando le veo venir por un lado, me voy por otro; y si algu-

na vez nos encontramos, no es culpa mía, pues hago todo lo posible por evitarlo.

La escena del lavadero, corregida y aumentada, recorrió el pueblo entero.

El señor Rampán mismo la refirió en varios sitios, desvirtuando, naturalmente, los hechos y profetizando que el niño recogido por el patrón Langlois terminaría irremisiblemente en cadena perpetua, á no ser que fuera en la horca.

El tío Hilario trataba de este asunto conmigo con toda tranquilidad.

—Debes alegrarte, Santiago, de marcharte á navegar con Robine. Es un buen marino que te enseñará el oficio como nadie, y cuando vuelvas fuerte y vigoroso, las cosas habrán cambiado mucho por aquí.

Y sonriéndose añadió:

—¡Los hombres no son eternos! Y el señor Rampán se irá, como se fueron muchos; así es que á tu vuelta no tendrás nada que temer de los de aquí, que te queremos todos.

Al decirlo se olvidaba de sus hijos; pero nada de particular tenía que así fuera.

—Padre—le dije,—no temo á nadie, y desearía que todos me quisieran, porque yo quiero á todo el mundo, y á usted y á los suyos, más que á nadie.

—¡Hablas como un hombrecito, muchacho

—me dijo,—y estoy seguro de que Robine no se quejará de tí!

—¡Ni usted; se lo juro! Pero, de todos modos, es muy sensible separarse de lo que tanto se quiere.

—¡Dejemos eso!—dijo bruscamente.—Has de volver, y cuando vuelvas habrá una fiesta que ni las del Emperador.

Noté que su fisonomía se endurecía, y comprendí que pensaba en sus hijos, cuya aversión hacia mí le causaba tanta pena.

Nos hallamos á la entrada misma del puerto, y para desviar el curso de sus pensamientos, señalando el mar le dije:

—¡Mire usted qué cosa tan agradable á la vista!

Y con entusiasmo añadió Hilario:

—¡Tienes razón; ni en las tierras lejanas que he recorrido he visto nada más hermoso!

Y con un gesto me señalaba el ancho mar azul extendiéndose hasta el horizonte libre, y cubierto de barcos carboneros, trasatlánticos y pesqueros, que, salidos del Havre y con rumbo al Océano, se acercaban á la costa para comunicarse con el semáforo.

Marchaban rodeados de una guirnalda de blanca espuma y dejando tras sí grandes penachos de humo que se extendían indefinidamente; tanta era la pureza de la atmosfera.

—Los oficiales que mandan barcos como éstos—me dijo—son muy dichosos. Pero para eso es necesario tener tiempo y dinero. ¡Esas gangas no son para nosotros! Lo principal en este mundo es saber ganarse la vida, y contentarse con poco cuando no se sabe tener más. No olvides esto, so pena de caer en la más negra de las miserias.

El resto del camino lo anduvimos en silencio, y cuando llegamos á Barfleur anocheía.



IV

Al fin llegó el día de la separación; demasiado deprisa, según mis deseos, pero no hay medio de detener el curso del tiempo.

Cuando esperamos alguna alegría, el tiempo se nos hace interminable; pero si alguna desgracia nos amenaza, parece que el vapor le ayuda para que llegue antes.

Así llegó aquel domingo de Abril, pocos días después del equinoccio de primavera. Fué una fecha de mi vida que no olvidaré nunca.

A medida que el tiempo pasaba, se dulcificaban los mayores. ¡Por fin se verían libres de mí!

Rosa, tan triste como yo, se pasaba las horas llorando, lo cual excitaba grandemente la hilaridad de sus hermanos.

—Los oficiales que mandan barcos como éstos—me dijo—son muy dichosos. Pero para eso es necesario tener tiempo y dinero. ¡Esas gangas no son para nosotros! Lo principal en este mundo es saber ganarse la vida, y contentarse con poco cuando no se sabe tener más. No olvides esto, so pena de caer en la más negra de las miserias.

El resto del camino lo anduvimos en silencio, y cuando llegamos á Barfleur anocheía.



IV

Al fin llegó el día de la separación; demasiado deprisa, según mis deseos, pero no hay medio de detener el curso del tiempo.

Cuando esperamos alguna alegría, el tiempo se nos hace interminable; pero si alguna desgracia nos amenaza, parece que el vapor le ayuda para que llegue antes.

Así llegó aquel domingo de Abril, pocos días después del equinoccio de primavera. Fué una fecha de mi vida que no olvidaré nunca.

A medida que el tiempo pasaba, se dulcificaban los mayores. ¡Por fin se verían libres de mí!

Rosa, tan triste como yo, se pasaba las horas llorando, lo cual excitaba grandemente la hilaridad de sus hermanos.

—¡Qué ojos!—le decían.—¡Parecen tomates!
En cuanto la *tía* Langlois se alejaba empezaban de nuevo á molestarla, y aunque sin nombrarme, encontraban medio de sacarme á escena.

—¿Es porque se va tu novio por lo que lloras como una Magdalena?

—¡Buen pájaro! ¡Ya lo dice el señor Rampán! ¡Acabará en la trampa!

—¡No parece sino que faltan por aquí muchachos con mejor cara que la suya!

—¡Y, además, nadie sabe de dónde ha salido!

—¡Vamos, Rosa; dentro de ocho días, apuesto á que ni te acuerdas de su nombre!

Ella entonces los miraba queriendo hacerse la fuerte y sonriendo despreciativamente; pero sus ojos se llenaban de lágrimas y no veía sino á través de una nube.

Deseosa de ocultar su pena, se alejaba; pero los otros se reían muy fuerte para que ella los oyese, y porque sabían que me lo contaría y que me molestaba. Sin embargo, callaba cuanto le era posible; pero á veces la pena era más fuerte que su resolución, y cuando por casualidad estábamos solos, su pobre corazón se desbordaba.

—¡Ay Santiago, querido Santiago! ¡Dicen que en cuanto te vayas te olvidaré, que no me

acordaré de ti nunca, y que no volveremos á vernos más!

—¡Déjalos, Rosa; déjalos que hablen! No es á ti á quien te detestan; es á mí á quien no pueden ver ni en pintura, y por eso te dicen esas cosas. Si quieres creerme, en cuanto me vaya pórtate como si me hubieses olvidado, y en tu interior piensa que no te olvido, que no te olvidaré nunca. Eso ya lo verás, porque escribiré á nuestra madre, y ella te leerá lo que pondré para ti en las cartas. Además, he oído decir que la barca del patrón Robine pasará algunas veces á la vista cuando estemos pescando. Fíjate bien en ella, Rosa, cuando venga á buscarme, y luego acaso puedas distinguirla cuando esté en alta mar. Si la ves, piensa que estoy á bordo, y será casi como si me vieras; y yo mirando á tierra pensaré que tu estás aquí y que me reconoces.

Entonces el lindo rostro de Rosa se serenaba un poco, y cogiéndome por un brazo me llevaba hacia la chimenea, en el testero de la cual había una Virgen vestida de blanco, con horribles manchas de pintura amarilla y encarnada en el rostro, y coronada con su diadema de soberana. Rosa me cogía solemnemente la mano izquierda entre las suyas, ya cortadas y enrojecidas por los trabajos domésticos, y obligándome á levantar los ojos á la Madona, de

cuyos dedos salían rayos de todos colores, me decía:

—¡Santiago, júrame que te acordarás de todos los de esta casa, y que te vas sin guardar rencor á nadie!

—¡Con todo mi corazón!—repuse.—Y si quieres, al caer la tarde iremos los dos á hacer el mismo juramento ante el bienaventurado Elías-Tomás.

—Con mucho gusto, porque algo me dice que necesitaremos á todos los santos y bienaventurados para que nos protejan.

En el ángulo formado por el camino que conduce á Gatteville y la carretera de Barfleur á Sain-Pierre-Eglise, la estatua del bienaventurado estaba encerrada en un nicho de madera pintada de blanco, resguardado por una verja de hierro entre dos jarrones llenos de flores y cintas de mil colores á cuál más chillón. No hay recuerdo más venerado en toda la parte septentrional de la Mancha, y aun más lejos. En el colegio nos enseñaban que Elías-Tomás había acompañado á San Luis al fin del mundo en calidad de limosnero.

La farola del faro de Gatteville lucía ya cuando llegamos á la encrucijada, y de común acuerdo nos arrodillamos en el polvo.

A la vuelta, Rosa me preguntó:

—¿Qué le has pedido? ¡Daría cualquier cosa por saberlo!

—Le he pedido que cuide de todos vosotros; de ti, de nuestros padres, y hasta de los otros: Y tú, ¿no me dirás lo que has pedido?

—¡Oh; yo le he pedido que no pierda nunca de vista la barca del patrón Robine, sobre todo en los días de temporal! Y le he prometido volver cuando te vayas.

Era casi de noche cuando llegamos á casa. La señora Langlois nos preguntó, medio enfadada, de dónde veníamos.

—Venimos de hacer una visita á Elías-Tomás—le dije.—¿Le disgusta á usted?

No me contestó. Estaba ocupada en cortar grandes rebanadas de pan para la sopa. Era su faena cotidiana; pero al pensar que no volvería á ver hacérsela, se me entristecía el alma.

—¡Vamos, muchacho—me dijo de repente;—pon la mesa, que ya sube la marea, y los nuestros llegarán de un momento á otro!

Por la fuerza de la costumbre sabía casi al minuto la hora de entrada de las barcas calculando la marea: apenas puso la inmensa sopeira en la mesa, se oyeron pesados pasos, y entró el señor Hilario seguido de los dos mayores.

—¡Ni uno!—dijo con tono de mal humor.

—¡Parece que la pesca se ha ido de estas aguas y que mejor sería dejar el oficio!

—¡Mala suerte hoy, abundancia mañana! —repuso alegremente su esposa. —Ser afortunado todos los días, sería demasiada suerte. ¿Hay apetito, Hilario? ¿Y vosotros, muchachos?

Todos á una contestaron que tenían el estómago en los talones.

—¡Entonces, á la mesa, y no habléis de cosas tristes!

Cada cual se sentó en su sitio acostumbrado; la señora Langlois llenó los platos, y se fué á buscar á su cuna al pequeño, que ya empezaba á sentir hambre, sin duda, á juzgar por los berridos que lanzaba. Aún la veo, una vez sentada, sacar sin reparo su seno repleto de leche, sobre el cual el hambrón se precipitaba con avidez.

Esto ocurría todos los días. En los primeros momentos no se oía sino el ruido de las cucharas en los platos.

Cuando habíamos terminado, el señor Langlois cargaba su pipa metódicamente, y una vez llena su taza de buen café, decía:

—¡Todos abajo, y sin reflexiones!

Abajo quería decir en el cuarto donde estaban nuestros jergones; pero era un modismo que había conservado de cuando servía al Es-

tado y daba orden á su tripulación de bajar al entrepuente, donde estaban los camarotes.

Entonces, cuando todos estábamos dormidos, era cuando su esposa y él hablaban de cosas serias; de mí muchas veces, sobre todo desde que se trató de mi partida. Yo me esforzaba por ahuyentar el sueño para oírle.

Pocos días después el *tío* Hilario fué á despertarme al amanecer.

Era un domingo, y ese día nos permitían dormir más; pero no ignoraba yo la causa de mi pronto despertar.

Me pareció que Langlois estaba impaciente; me vestí muy deprisa, y le seguí. Sin ruido abrimos la puerta y tomamos el camino del muelle, cuyo faro palidecía con los rayos del Sol naciente.

Del lado de tierra la humedad de los campos había formado una bruma, y la vieja torre de La Peruelle, en la parte alta de la banda, relucía bajo los rayos del Sol.

Los mugidos del ganado, que despertaba, me parecían aullidos fúnebres: nunca me había impresionado tanto todo lo que me rodeaba.

—¡Se acabó! ¡Por última vez veo este mar tan azul y estos campos tan hermosos! ¡Estorbo aquí, y debo marcharme! ¡Esta noche ya no estaré con la *tía* Langlois! —pensaba.

Langlois iba á paso largo, y hasta llegar al

extremo del muelle no desplegó los labios.

—Oye, Santiago: tú que tienes buena vista, ¿no ves nada en alta mar?

¡Buenos estaban mis ojos en aquel momento! Llenos de lágrimas y velados por la pena. Pasé la manga por ellos, y al cabo de un momento respondí:

—No; no veo nada.

—Con esta brisa—repuso,—Robine debía estar aquí, si quería entrar con la marea.

Guardó silencio unos instantes, y añadió:

—Opino, Santiago, que debíamos salir á su encuentro.

—Como guste usted; pero habremos de remar, porque con esta brisa no hay que pensar en salir sin bordear.

Se echó á reír, y dijo:

—¡Gracias por el consejo, muchacho! ¡Veo que lo entiendes, y me parece que hasta aconsejarías al práctico de Cherburgo! Pero no importa, saldremos; y si hay que bordear, bordaremos. No tenemos prisa. Una vez á la vista la barca de Robine, nos pondremos en camino, y en paz. ¿Te parece?

—Como usted quiera.

—Entonces, embarquemos.

Llegamos adonde estaba amarrado el *San Nicolás*, y bajamos.

—Coge el timón—me dijo el patrón:—yo remaré.

La chalupa salió al canal; pero á causa de la marea que subía, y del viento, que era contrario, no adelantábamos casi nada.

—Valdría más que remáramos los dos. Una vez fuera, ya será otra cosa; pero el caso es salir.

Salimos, é, izada la vela, procuramos coger el viento hacia el Este, silenciosos los dos. Siempre que miraba al señor Hilario hallaba sus ojos fijos en mí; pero al encontrarse con los míos los apartaba. Comprendí lo que pasaba en su interior y lo apenado que estaba al verme partir.

Por fin una vela apareció en el horizonte. Él, que fué el primero que la vió, exclamó:

—¡Gracias á Dios! ¡Ése es Robine! He temido que hubiese olvidado lo convenido, por más que no es hombre que falte nunca á su palabra. No tenemos que molestarnos más, Santiago: arría la vela, y esperémosle.

La vela crecía paulatinamente, y pronto se distinguió todo el barco. Cuando el señor Hilario le divisó estaba á la altura de las islas Saint-Marcouf. En poco tiempo llegó á nosotros; y cuando nos disponíamos á llamarle, una voz estruendosa exclamó:

—¡Eh; los del barco! ¿Eres tú, Langlois?

—¡Voto va! ¿Y quién quieres que sea, Robine, siendo domingo?

—¡Embarca, y listo!

La *Pervenche* arrió velas, y llevada sola por su impulso, nos alcanzó en seguida: de á bordo nos echaron una amarra.

Un minuto después estábamos sobre cubierta, y los dos veteranos se abrazaban con gran efusión.

—¿Luego—dijo Robine—éste es el grumete?

—El mismo; y fuerte para su edad, como verás. Te advierto, Robine, que es como si te confiase uno de mis hijos.

—¡Comprendido!—repuso éste.—Si tiene aptitud, procuraremos hacer algo bueno de él. ¡Muchacho, acércate, que yo te vea!

Me acerqué, y me puso la mano en la cabeza de manera que me obligó á echarla algo hacia atrás.

—¿Qué edad tienes?—me preguntó.

La pregunta no podía ser más embarazosa para mí, y no supe qué contestar.

—¿Qué edad?—repuso papá Hilario.—¡Diantre! ¡Eso es bastante difícil de precisar de una manera exacta! Hace diez años que está en casa, y, á ojo, calculo que tendría unos tres cuando le recogí en el puente del *Queenstown*.

—Entonces, diez y tres, trece—dijo el patrón:—¡la mejor edad para empezar á nave-

gar! ¡Vamos, Belhumain; cierra las escotillas y deja ir el trapo: no tenemos tiempo que perder!

Este Belhumain á quien se dirigía era un muchacho de unos diez y seis ó diez y ocho años, de rostro franco y bonachón, que desde que estábamos á bordo me examinaba con aire bondadoso. Sin duda, sabía ya que desde el día siguiente sería su camarada.

—Eso es lo cierto—repuso Robine:—si se quiere ser buen marino, hay que empezar joven.

Y dirigiéndose á Belhumain, le dijo:

—¡Está bien; muy bien, muchacho! Ahora charla con el grumete y ponle al corriente de *La Pervenche*, mientras Langlois y yo hablamos de nuestros asuntos.

Llevaba el timón con una mano, cosa fácil, dado el magnífico estado del mar, y sólo tenía que dejarse llevar enfilado á Barfleur.

Belhumain se puso á mis órdenes, según me dijo, y visitamos *La Pervenche* de arriba abajo, ó sea del puente á la cala.

Bajamos á un departamento situado á proa, donde había cuatro hamacas empotradas en unos como cajones, unos encima de otros, dos á babor y dos á estribor.

Aquello me interesaba, puesto que era mi nuevo domicilio. Una vez mis ojos acostumbra-

dos á la obscuridad, distinguían mejor nuestra habitación común, tan alta y ancha como el confesonario del párroco de Barfleur. Sus cuatro hamacas nunca estaban ocupadas á la vez, porque cuando unos dormían otros velaban, salvo las horas de pesca, en las que todos están en pie.

Generalmente, el marinero de pesqueros duerme cuando vuelve al puerto con buena carga.

—Aquí dormirás—me dijo Belhumain tuteándome—cuando el patrón te dé autorización. Es un buen hombre; pero no admite bromas en el mar.

—Exactamente como el *tío* Langlois—repuse.—¡Pero esto es mucho mayor que su chalupa!

É impulsado por la curiosidad propia de la juventud, le pregunté:

—¿Hace mucho que navega usted en este barco?

—Ante todo—me dijo con una franca carcajada—hazme el favor de tutearme.—Me llamo Pedro. ¿Y tú?

—Yo, Santiago.

—¡Pues bien; basta! Yo te llamaré Santiago; tú á mí, Pedro, y así nos entenderemos mejor. Generalmente, somos seis á bordo: el patrón, cuatro hombres y yo. Tú serás el sépti-

mo, y ya verás cómo, aunque el oficio es penoso, tiene algunos buenos ratos. ¿Tienes familia?

—¡Ya lo creo! El *tío* y la *tía* Langlois. Pero es familia... que no es familia, teniendo en cuenta que el patrón me recogió en un naufragio. Y no sé más.

—¡Siempre es algo!—dijo Belhumain.—Por lo menos, sabes más que yo. Tocante á familia, no he conocido más que el hospital, y cuando estuve en edad de dejar mi sitio á otros, el director del hospicio me llevó á Grandcamp para informarse de si había algún patrón de pesca dispuesto á encargarse de un muchacho en posesión de todos sus miembros y que sólo deseara instruirse. El patrón Robine necesitaba un grumete, y al día siguiente me empadronaron en Isigny con el nombre de Pedro Pablo Belhumain, porque dicen que así se llamaba mi madre, que murió en el hospital al darme á luz. De manera que te presento á toda mi familia en mi persona.

—Casi como yo—le dije,—ó mejor, porque nunca he sabido de dónde he venido, y sin el *tío* Langlois, estaría en el cementerio. ¿Oíste hablar de la pérdida del *Queenstown* en la bahía de Gatteville?

—¡Ya lo creo!

—Pues, tal y como me ves, otros dos y yo somos lo que quedamos de aquello.

Se echó á reir de nuevo estrepitosamente, y dijo:

—¡En verdad que no podía caer mejor!

—¿Por qué? ¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que no tienes padre ni madre, exactamente como yo, y que, por consiguiente, somos lo menos primos hermanos.

Y como yo ponía una cara de extraordinaria admiración, añadió:

—Parece que te extraña, y, sin embargo, nada más fácil de comprender. Tenemos la misma familia los dos, puesto que ninguno de los dos la tenemos: luego, si tenemos la misma familia, somos parientes.

—¡Bueno—le dije;—por mí, no hay inconveniente!

—¡Entónces, choca, y concluyamos el trato! ¡Ya verás cómo, aunque no siempre, se pasan ratos divertidos en el oficio!

Cuando subimos al puente el patrón Robine, que seguía en el timón, y el *tío* Hilario, al lado suyo apoyado en la borda, charlaban como nosotros.

La Pervenche mientras tanto había llegado á la vista de Barfleur, y Langlois tomó el timón para entrar en el puerto.

¡Qué hermosa mañana! Las gaviotas volaban trazando grandes círculos y esperando la bajamar para buscar su pitanza, y sus alas

brillaban como nácar en el aire de aquel hermoso día de primavera.

Belhumain estaba atónito y todo le parecía muy hermoso, especialmente el faro de granito de la bahía.

Entonces se me ocurrió darme importancia, y le dije:

—Cuando hay que ver eso es de noche. Cuando encienden el farol, su luz ciega, y millares de pájaros se matan en los cristales cuando hace viento.

—Son ánades—dijo Belhumain;—y respecto al farol, ya le conocemos: desde Grandcamp se ve tan bien como desde aquí.

—Oye: ¿es cierto eso? ¿Es verdad que se ve?

—¡Anda! Pero ¿has creído que los faros se han hecho para alumbrar al pueblo?

—No; pero no puedes figurarte lo que te agradeceré que por la noche me digas cuando estemos en el mar: ¡mira la luz del faro de Barfleur!

La *tía* Langlois se hallaba en el muelle con toda su patulea, menos los mayores y Rosa, que estaba en casa, y cuando *La Pervenche* amarró bajamos sin dificultad, porque el mar estaba muy alto.

—¡Hola, señora Langlois!—dijo el patrón Robine.—Todos bien por aquí; ¿verdad?

—Todos, patrón Robine. ¿Y por su casa? ¿Está usted contento de las muchachas?

—A fe mía, no debo quejarme de la suerte, y hasta diré que estoy contento con lo que tengo.

—¡Bueno!—dijo Langlois.—Vamos hacia casa, porque este airecillo nos ha abierto el apetito; ¿verdad, Robine?

—La verdad es que no me parecería mal un pedazo de pan mojado en alguna cosa.

—¡Hombre, te daremos algo más! ¿Ó crees que te he traído á Barfleur para matarte de hambre? ¡Andando!

Presenté Belhumain á la *tía* Langlois, y emprendimos todos el camino.

Rosa lo había arreglado todo, y la casuca estaba reluciente. Un buen guisado de vaca con patatas cocía en el fuego, y cuando entráramos Rosa estaba limpiando la sartén para freir lonchas de jamón tan apetitosas, que nos las hubiéramos comido crudas.

Supimos por ella que los mayores habían ido á una fiesta en Saint-Vaast-la-Hougue.

Hilario frunció el ceño y no dijo nada. Cuando extendieron el mantel, porque la Langlois quiso hacerlo todo bien, cada cual se sentó: patrón Robine, frente á Hilario, y Belhumain y yo, juntos, como íntimos amigos que éramos ya.

No estaba yo muy contento, á pesar de todo. Rosa, tampoco, y cuando volvía los ojos hacia mí me parecía notar su tristeza, igual á la mía.

—No sé si me engaño—dijo el *tío* Hilario;—pero me parece que van á darnos un banquete.

—¡Pues á probarlo—replicó Robine;—es la mejor manera de verlo!

Y sentenciosamente añadió:

—¡Lo que por ahora puedo decir es que huele muy bien!

Para animarse se sirvió un gran vaso de sidra, y elevándolo dijo:

—¡A su salud, señora Langlois! ¡De todo corazón!

La Langlois, con su pequeño en los brazos, se inclinó todo lo más posible; Rosa puso el guisado sobre la mesa, y la comida empezó.



V

Como es de suponer, no tuvo nada de alegre, á pesar de los esfuerzos que se hicieron para animarla. Sin estar triste, Langlois, sentía cierta pena al separarse de mí.

Miraba á su esposa, y la buena mujer se esforzaba por disimular su pena, secándose los ojos con la mano cuando creía que nadie reparaba en ella.

Respecto á Rosa, guardaba silencio y no me perdía de vista.

Hilario y Robine, como antiguos amigos que hace tiempo no se ven, evocaban memorias y cosas pasadas, y de tiempo en tiempo prorrumpían en grandes carcajadas al recuerdo de alguna aventura olvidada.

Sólo se ponían serios cuando hablaban de la guerra.

Entonces se enfurecían, repitiendo á dúo:

—¡Hatajo de canallas! ¡Cobardes! ¡Cinco con contra uno! ¡Eso es lo que querían; y lo malo es que lo lograron!

Entonces Hilario exclamaba, aporreando la mesa.

—¡Ay! ¡Si volviese, Robine; si volviese aquello!

Y Robine, que se las echaba de entendido, replicaba:

—Volverá, y antes de lo que se cree. Entonces me alistaré de grumete, ó de lo que quieran. ¿No harías tú lo mismo, Hilario?

—¡Mil diablos!—exclamó éste.—¡Ni uno de los que vivimos por aquí dejaríamos de hacerlo!

—Por Grandcamp hay algunos que no irían.

—¡Y aquí!—replicó Langlois.—Todos conocemos al señor Rampán, que predica que no se puede hacer nada contra la fuerza y que estamos perdidos para siempre. Cuando le oigo hablar así, me dan ganas de cogerle por el cuello y retorcerle el gaznate.

Belhumain, que hasta entonces no había despegado los labios, no pudo resistir á la tentación, y aprovechando un momento en que Robine y Langlois encendían las pipas exclamó:

—¡Vaza un pajarraco que es el tal señor Rampán! ¡Yo quisiera que á todos los que dicen tales cosas los echaran al fondo del mar con una piedra al cuello! ¿Qué quiere usted que le diga, patrón? Creo que esa gente vive demasiado.

—¡Y tú hablas lo mismo, chiquillo!—dijo Robine, celoso de su autoridad.—¡Cuando los viejos hablan, todo el mundo se calla!

Hilario intervino para decir que el chico tenía razón, y que todos los charlatanes por el estilo del señor Rampán no valían para nada bueno.

—¡Cobardes, Robine; cobardes, que en tiempo de la guerra, mientras nosotros cumplíamos con nuestro deber, repetían á quien quería oírlos que era un trabajo inútil, que estaba ya todo arreglado y previsto, y que no se podía hacer nada!

—¡Que no se podía hacer nada! Pues peores tiempo vimos cuando vinieron los ingleses. Pero esperemos, confiemos en lo porvenir, y mientras tanto—añadió Robine—bebamos á la salud de Francia y de su ejército.

Y diciendo esto se levantó con el brazo extendido y la taza de café en la mano.

—¿Qué te parece el brindis, Langlois?

—Muy bien, Robine; y hasta creo que debíamos haber empezado por ahí. Ahora beba-

mos á nuestra salud, á la tuya y á la de Santiago.

Mi emoción fué tal, que me abracé á la tía Langlois, tan emocionada como yo, diciéndole:

—¡Madre, madre! ¡Y pensar que tengo que marcharme y alejarme de ustedes!

Me apretó contra su pecho todo lo que se lo permitía el pequeño, ocupado en mamar, y queriendo hacerse la fuerte me dijo:

—¡Vamos; valor, Santiago! ¡Ya sabes que los míos también tendrán que irse, como todos, á servir á la patria!

—¡Bueno, bueno!—interrumpió Hilario.—¡Hablemos de otra cosa! ¡Robine, otro vasito de aguardiente!

Robine alargó el vaso, y el señor Hilario lo llenó hasta los bordes. Una vez que hubo hecho lo propio con el suyo, añadió:

—Te confío este chico, Robine, ya que no tienes inconveniente en aceptarlo. No siempre tendrá la cara que tiene hoy; pero es excusable. Al verle marchar, yo mismo estoy apenado, y si no comprendiera la necesidad de que se vaya, me volvería atrás de lo dicho. Pero todo es por bien suyo, y me alegra pensar que navegará con un buen amigo y que sabrá trabajar y ser bueno.

—Eso—replicó Robine—es de rigor. Tiene

que saber obedecer, porque sin disciplina no se hace nada en el mar.

—¡Ah! Éste no es de los que le desatenderán á usted, patrón Robine—exclamó la Langlois—y puedo asegurar que no hay mejor muchacho en el pueblo. Sin embargo, le vería partir con más tranquilidad si viviese vuestra difunta esposa. Los hombres sirven para navegar; pero para cuidar chicos valen poco. Á éste no le hemos mimado, porque bien sabe usted, Robine, que no tenemos medios para eso; pero entre él y los nuestros no ha habido diferencia ninguna, y me daría mucha pena pensar que en otro lado está peor que aquí.

—Tranquilícese usted: al chico no le faltará nada en mi casa, y con tal que cumpla con su deber, se le cuidará como es debido.

Me llamó y me inspeccionó de arriba abajo, palpándome los hombros y los brazos, y con una carcajada dijo:

—¡Este chico parece hijo de usted, *tia* Langlois, por lo fuerte y lo grande! ¡Yo garantizo que se puede sacar mucho partido de él! Vivirá como yo, como Belhumain, que es el que guisa para los dos: sólo que éste, como es más joven, lo hará para los tres, y heredará el cargo del otro.

Y galantemente añadió:

—Si ha aprovechado las lecciones de usted,

me prometo espléndidos festines á bordo de *La Pervenche*.

La conversación siguió en este tono hasta la hora de la partida, al declinar el día.

Había bastante agua en el abra, porque era Luna llena, y en aquellos parajes el mar nunca se retira mucho.

Hilario fué quien dió la señal de marchar cuando juzgó que era la hora de embarco.

—¡En marcha!—dijo bastante secamente.—Aquí nos aburrirnos; pero si no quieres esperar la marea del amanecer, Robine, no hay tiempo que perder.

El patrón Robine se levantó y repitió:

—¡En marcha!

En aquel momento perdí la conciencia de mí mismo: todo lo que había en la habitación empezó á bailar ante mis ojos.

¡Ya era irremisible! ¡Me iba para siempre lejos de todos los que quería! Mis reflexiones no duraron mucho, porque papá Hilario repitió:

—¡Andando, que es tarde! ¡En marcha!

Gritaba mucho para engañarse á sí mismo, y no dejaba de repetir que no era ya tiempo de detenerse y que faltaba muy poco para que empezara á bajar la marea.

En aquel momento mi madre adoptiva comenzó á sollozar, lo cual no era lo más indica-

do para darme ánimos, y Rosa me cogió las manos. No se le ocurría más que repetirme:

—¡Santiago, mi pobre Santiago!

Hilario creyó llegado el momento de mostrarse extremadamente brutal.

—¡Vaya—dijo;—basta de contemplaciones! ¡Sois todos unos cobardes que no servís para nada!

Eso no impedía que su voz temblase, y que cuanto más severo parecía aumentara su tristeza.

—¡Un último beso—añadió,—y que no salga nadie de los que no tienen que salir!

Y dirigiéndose á su esposa dijo:

—Quédate con todos, Rosalía: no necesitamos á nadie para embarcar. ¿Estás listo tú, Santiago?

Muy tímidamente respondí:

—Sí, señor.

—¡Pues se acabó, que ya tardamos demasiado!

Era el último minuto: era imposible esperar más. Me abracé á Rosa, y muy bajito le dije:

—¡No me olvides, Rosa; acuérdate de mí!

—¡Sí, Santiago; pensaré en ti siempre!

Durante algunos segundos estuvimos abrazados, mientras en el umbral de la puerta Robine se despedía de la *tía* Langlois, y Belhumain se dirigía pausadamente al sitio donde

La Pervenche estaba amarrada, acompañado de Hilario, el cual se volvió y dijo:

—¡Vamos, Rosalía; ya es tiempo de que eso acabe!

Entonces me separé de Rosa, y con una especie de frenesí me abracé á la que consideraba como madre. La pobre, muy conmovida, no hacía más que repetir:

—¡Pobre Santiago, pobre Santiago!

Ya Belhumain, á bordo de *La Pervenche*, lo había puesto todo en orden. No faltaba más que largar las amarras para emprender el camino.

Con el señor Hilario, á quien había alcanzado, nos dirigimos al muelle. Al andar iba volviendo la cabeza: en el umbral de la casa permanecía la señora Langlois, siempre con su pequeño á cuestas, y á su lado Rosa, cuya cabellera flotaba al viento.

En el muelle había algunos pescadores á quienes la noticia de mi marcha había llevado allí; entre ellos estaba el señor Rampán.

En la cubierta de *La Pervenche* Belhumain ultimaba los preparativos. Levantó la cabeza para contestar al patrón Robine, que le decía:

—¿Estamos ya listos?

—¡Cuando usted quiera, patrón!

—¡Pues á bordo todo el mundo!

Todo el mundo era yo. Al dirigirme á la escalera oí la voz del señor Rampán, que decía:

—¡Por fin, Langlois, es un desahogo para usted la marcha de este pillete!

Se me heló la sangre al oír esto, y me volví. Lo que entonces vi quedará siempre grabado en mi memoria.

El señor Hilario, con los brazos cruzados, los ojos centelleantes, casi fuera de las órbitas y clavados en el excomisionista, le dijo con un aire agresivo, desconocido para mí hasta entonces:

—¡Repítalo usted, señor Rampán; repita usted ese, si se atreve!

Y viendo que el otro, cobarde como era, no chistaba, añadió:

—Pero ¿qué le ha hecho á usted el chico? Vamos á ver; ¿qué le ha hecho á usted para que le persiga hasta aquí? ¡Todo tiene un límite, señor Rampán, hasta la paciencia, y si puedo darle á usted un consejo, es que se vaya de aquí en seguida, porque tiene una cara que me va siendo cada vez más antipática! ¿Ha oído usted?

Muy bien debió de oírlo, porque sin esperar á más se fué, como suele decirse, con las orejas gachas.

Entonces el señor Hilario me cogió en vilo,

sentí en las mejillas el contacto de sus lágrimas, y me echó en los brazos del patrón Robine.

En el muelle el señor Hilario largaba las amarras, Belhumain las recogía á bordo, y el patrón Robine, en el timón, tomaba el viento y entraba en el canal, donde ya se notaba la marea.

Atardecía, y aunque *La Pervenche* marchaba despacio, la figura de Langlois se desvanecía rápidamente.

Era el tiempo tan plácido y la brisa tan suave, que no había nada que hacer á bordo; así es que el patrón Robine se echó pronto á dormir, dejando la dirección á Belhumain, que se sentó al timón indolentemente.

Yo, apoyado en la borda, no pensaba más que en la *tía* Langlois, en Rosa y en todo lo que dejaba en Barfleur.

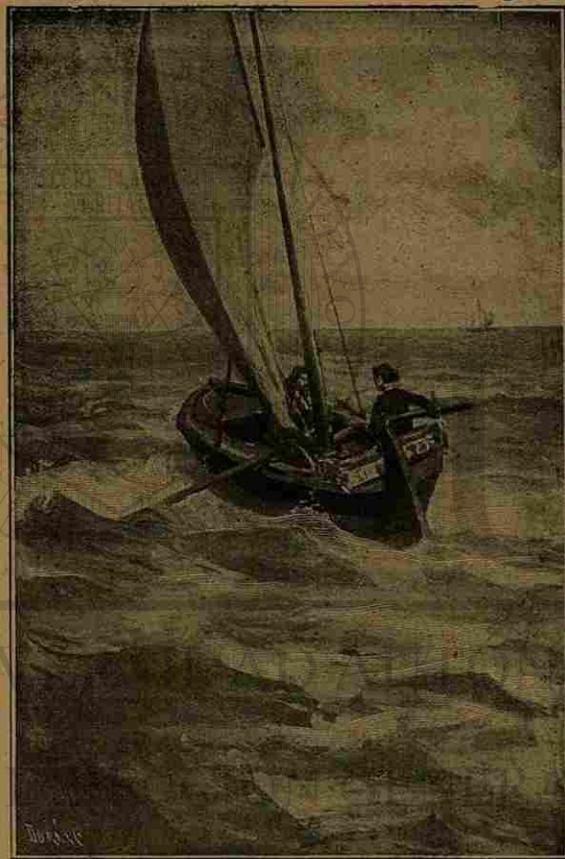
Una vida nueva empezaba para mí: me parecía que toda mi existencia en Barfleur se alejaba como un sueño, y pensaba que nunca encontraría un barco que me llevase otra vez allá.

—De repente me interpeló Belhumain:

—¿Duermes de pie, ó te has quedado mudo?

—No—le contesté;—no duermo, y si no hablo, es porque no se me ocurre nada.

—Eso no tiene importancia por ahora—re-



... ¡patrón Robine, en el timón, tomaba el viento y entraba en el canal.

puso;— pero te advierto que al patrón no le gustan las caras tristes: no se te olvide.

—No se me olvidará; descuida. Pero hoy, aunque me hicieran cosquillas, no podría reirme: te lo aseguro.

—En tu lugar, ¿sabes lo que haría? Me echaría á dormir un buen sueño; y después de eso, ni señal de la pena le queda á uno. Acomódate aquí; apoya la cabeza en ese rollo de cable, y duerme si puedes: es el mejor remedio contra la tristeza. Grandcamp y Barfleur casi se tocan; sólo hay el mar por medio.

—Es verdad—le dije;—pero ya hay demasiado.

En aquel momento pasábamos por delante de las islas Saint-Marcay, y el ojo brillante del faro las iluminaba de lleno.

El tiempo era tan hermoso y el mar estaba tan tranquilo, que á pesar del choque del agua en los costados del barco se oían los estrepitosos ronquidos del patrón Robine, que dormía como si estuviera en su cama.

—¡Siempre pasa igual—dijo Belhumain— en cuanto bebe algo más de lo de costumbre! Y hay que confesar que el patrón Langlois ha hecho bien las cosas. Pero en cuanto despierte, ni rastro: le verás alerta, como si tal cosa. Puede decirse que es esclavo del mar, y cuando le parece conveniente aparejar, aun con un tiem-

po de perros, no hay réplica posible. ¡A bordo todos, y cada cual á su puesto!

—¿Estáis muchos días fuera?—le pregunté.

—Según el tiempo—contestó:—unas veces, dos días y dos noches, á ves tres, cuando vamos á pescar rayas en la bahía de Torbay, en las costas de Inglaterra. Ya sabrás que la raya es menos delicada que los demás pescados; es decir, que se estropea menos: por eso se espera para volver á tener un buen cargamento, y al desembarcar lo embalamos para mandarlo á París por la estación de Isigny.

—Lo mismo hace mi padre con los congrios—dije.—Pero oye: ¿tú comprendes cómo puede ser que en París se consuma tanto pescado?

—¡Infeliz!—replicó Belhumain.—¡No sabes lo que dices! ¡En París se lo comen todo! Y aun cuando lo mejor de la pesca de Grandcamp, Trouville, Fécamp y Dieppe se les envía, nunca nos devuelven nada.

Tales cosas me asombraban: pensaba si acaso Belhumain no estaría burlándose de mí.

Sin duda lo comprendió, pues continuó diciendo:

—¿Crees que si el patrón fuera rico, como otros, enviaría á sus hijas á ganarse la vida en Saint-Ló ó en Coutance, mientras las pequeñas están al cuidado de la mujer de un pescador más pobre, que las cuida y las alimenta cuan-

do el patrón está en el mar, y hasta que tengan edad para hacer como las otras? Cinco hijas, hay que reconocer que no son una fortuna; sobre todo cuando falta la madre.

—¡Eso; eso es lo peor!—dije pensando en la tía Langlois.

—Así lo creo yo—repuso Belhumain.—Y además, al marcharse toman aficiones distintas, y cuando vuelven sólo es para servir de estorbo.

—¿Se las ve á menudo?—le pregunté.

—No; sólo cuando hay alguna fiesta grande. Primero, porque el viaje cuesta caro, y luego, porque no tienen gran interés en venir, á excepción de Desideria, que es la mayor; una buena muchacha, que está de doncella en el hotel del *Racimo de Uvas*, en Isigny. Las otras, como no vaya el patrón, no vienen; y no va con frecuencia, porque nota que no les gusta que delante de la gente las abrace un patrón de pesca. Un domingo por la mañana, no hace mucho tiempo, me llevó con él á ver á la mediana, á Eudasia, empleada en un almacén de novedades en Saint-Ló. Aquel día nos pusimos lo mejor del cofre: el patrón estaba hasta guapo. Eso no impidió que nos recibieran muy mal, dándonos á entender que era mejor que fuéramos entre semana. El patrón se lo tragó, sin decir nada. Abrazó á Eudasia, y viendo

que á mí no me hacía caso, le preguntó:

«—¿No te acuerdas de Belhumain?

»Algo cortada, me alargó dos dedos poniéndose encarnada, y, á pesar del patrón, le dije:

»—Señorita Eudisia, no quisiera haberla molestado.

»El patrón le preguntó si saldría con nosotros á dar un paseo por el pueblo; pero ella se excusó terminantemente alegando no sé qué asunto, y nos fuimos los dos.

»El patrón estaba tan furioso y tan triste, que se desahogaba á voces en medio de la calle.

»—¡Y pensar que tengo que pasar por esto —exclamaba,—y que es mi hija quien me recibe así! ¡Mira, Belhumain: si no tuviera miedo á los guardias, creo que prendería fuego á esa casa! —Y añadió:—¡No importa; vamos á almorzar!

»Fuimos á una posada de buen aspecto que hay cerca de la estación, y allí nos instalamos; pero el almuerzo pasó sin que desplegáramos los labios.

»El patrón estaba cabizbajo. Desde aquel día no ha vuelto á alejarse de Grandcamp, excepto para ir al mar, y no creo que sus hijas se hayan preocupado de él. Sobre todo, no le digas nunca una palabra de ellas ni de lo que te he contado. ¿Me entiendes?»

—Comprendido—le dije;—pero tú ¿cómo vi- ves? Te lo pregunto porque es probable que yo viva lo mismo.

—Respecto á eso, puedes estar tranquilo. El patrón no será siempre muy amable; pero es el mejor entre los mejores, y no hay en todo Grandcamp una barca en que los hombres estén mejor atendidos y considerados. Eso sí, hay que pagar con su trabajo; pero es lo justo. Vas á sustituirme, y no te negaré que algunas veces te escocerá. Una puntera por aquí, un cachete por allá es lo acostumbrado, y el patrón cierra los ojos. Recíbelo todo y no te quejes: es el mejor medio para recibir menos. Los marineros no son malos; pero han visto tantas cosas desde su infancia, que hay que perdonárselo todo. Además, pase lo que pase, el patrón les da siempre la razón; por consiguiente, no ganarías nada sublevándote. Éste es un oficio, y no tendrás más remedio que acostumbrarte.

—¿Acaso no estoy acostumbrado ya? Pero convendrás conmigo en que un muchacho de mi edad necesita algunos compañeros, y que para olvidar los malos tratos, lo mejor es contrárselos á un amigo.

Y como si temiera ofenderle, tímidamente, añadí:

—Á ti, por ejemplo.

—¡Aceptado!—exclamó tendiéndome la mano.—Desde el primer momento me has sido simpático, y cuando al marcharnos vi á la señora Langlois llorar, pensé que debías de ser un buen muchacho, porque no se acostumbra llorar cuando se ve uno libre de un pillo. ¡Vamos; sigue mi consejo, é imita al patrón Robine: échate sobre el puente y duérmete! Me sorprendería que hicieras tanto ruido como él. Ya verás cómo, aun cuando el viento es huracanado, su voz se oye como si todo estuviera en silencio: los hombres que tienen un vozarrón así roncan generalmente como trompas. ¿Le oyes?

Efectivamente; el patrón Robine hacía un estrépito increíble, regular, pero capaz de dar ganas de dormir para imitarle. Quise hacerme el valiente, y dije:

—¿Para qué voy á echarme, si dentro de algunos minutos desembarcaremos?

—¿Algunos minutos? ¡Sí, sí! Dentro de dos horas todavía no habremos llegado; así que, si quieres pensar en Rosita, todavía tienes un rato.

—¡Rosita! — pregunté. — ¿Quién te ha dicho...?

—Nadie; pero lo he notado en seguida, y te diré que no has tenido mal gusto. Nunca he tenido una hermana, y me imagino que debe de

ser muy agradable para cuando uno vuelve á su casa calado hasta los huesos.

—Rosa no es mi hermana—repliqué;—es la hija mayor del tío Hilario.

—¡Y una bonita muchacha!—exclamó riendo.—Mira: fíjate en el faro. Apostaría á que á estas horas está mirándolo ella también, pensando en ti. Cuando no vayamos á alta mar, podréis comunicaros así los dos.

Creí que se burlaba de mí, y sentí una especie de pena.

—¡Ojalá—dije—las hijas del patrón Robine se parecieran á Rosita, y acaso no sería tan desgraciado!

—¡No le hables nunca de eso! Lo que te he contado debe quedar entre los dos, porque si no, quizás lo pasarías mal.

—Cuenta con mi discreción; pero déjame llorar un rato. ¡No puedo más; me pesan los párpados como si fueran de plomo!

—Como gustes: llora todo lo que quieras, con tal que no se note cuando lleguemos.

Me dirigí á proa para estar más solo, y me incliné sobre la borda para llorar á mis anchas. Nunca he llorado tanto como aquel día: me parecía que todo aquel diluvio salía de la herida de mi corazón.

Al mismo tiempo tomaba resoluciones viriles pensando que, á pesar de mi juventud,

quizás algún día fuese útil á la *tía* Langlois.

Estas ideas rodaban por mi imaginación, cuando oí de repente la voz sonora de Belhumain.

—¡Eh, tú, prepárate! ¡Llegamos ya!

En efecto; á poca distancia se veían las luces del muelle reflejadas en el agua.

Me sequé rápidamente los ojos y me preparé á la maniobra. Como Belhumain no podía soltar el timón, me dijo que zarandease al patrón con toda mi fuerza hasta que despertase.

Me quedé atónito. ¡Zarandear al patrón, que dormía como un bendito! ¿Se podía hacer eso?

Al ver mi vacilación, Belhumain se enfureció.

—¡Vamos; ven aquí pronto! ¡Si es así como comprendes las órdenes, no irás muy lejos con nosotros!

Me acerqué, y me puso el timón en las manos.

—¡Aguanta firme y sin replicar! ¿Supongo que sabrás llevarnos derechos un momento?

Como las velas estaban recogidas, *La Pervenche* sólo se movía en virtud de la corriente, y vi á Belhumain que se agarró al patrón y le movía enérgicamente.

El durmiente se puso en pie, y empezó por lanzar una serie de terrores y maldiciones.

Belhumain esperó impasible á que acabase.

—Es que estamos en los muelles, patrón, y si

no le despierto á usted, me parece que me estreno.

Sin contestar, el patrón llegó al timón en dos saltos.

—¡Vamos; fuera de ahí, muchacho: pronto!

No me lo hice repetir, y apenas tomó el timón gritó con voz de trueno:

—¡Arria todo!

Entonces los foques y la mayor se deslizaron por los palos con nudo, maniobra ya familiar para mí, y *La Pervenche* entró lentamente en el canal.

Al mismo tiempo Pelhumain bajaba á la chalupa con un cable enrollado al brazo. Una vez en ella lo dejó en un banco y alcanzó el muelle *singando* (1).

Le vi trepar por una de las escaleras de hierro instaladas de trecho en trecho, y atar el cable á una argolla. Pausadamente tirábamos del cable el patrón Robine y yo, que ya no hacía falta al timón, y pronto llegamos, desembarcando por primera vez en mi vida en un muelle que no era el de Barfleur.

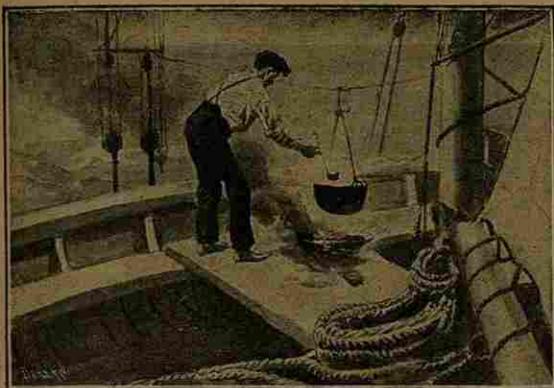
Me pareció que envejecía diez años en aquel instante, y contemplé como en un sueño el reluciente disco del faro, cuando el patrón Robine me puso la mano en el hombro.

(1) Se llama *singar* en términos náuticos á remar con un solo remo puesto en la popa.—(N. del T.)

—Belhumain—exclamó,—ponlo todo en orden y vente á casa: opino que es hora de tomar algo. ¡Ya veremos lo que encontramos!

—¡Allá voy, patrón!—dijo Belhumain.

Nos alejamos silenciosamente á lo largo del muelle solitario.



VI

Una nueva vida empezó para mí, y en honor de la verdad debo consignar que me pareció agradable: primero, porque el mar era mi ilusión, como es la de todos los hijos de ribereños que nunca han visto otra cosa y saben que en cuanto tengan aptitud harán lo que hacen sus padres é hicieron sus abuelos, y no tienen la preocupación de otro porvenir.

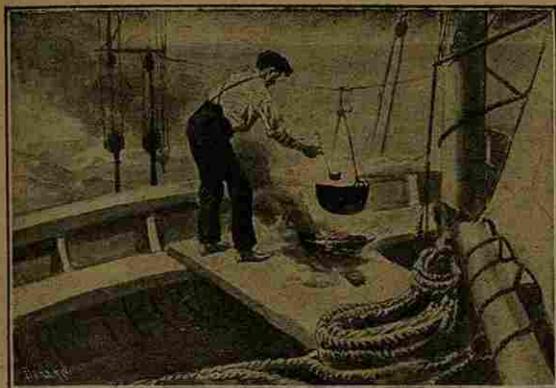
El patrón Robine era tal y como Belhumain me lo había descrito: muy duro, pero muy justo. Trabajaba mucho, como todos los patrones de barca que navegan por cuenta propia y no pierden la menor ocasión de salir al mar.

A veces permanecíamos embarcados días y

—Belhumain—exclamó,—ponlo todo en orden y vente á casa: opino que es hora de tomar algo. ¡Ya veremos lo que encontramos!

—¡Allá voy, patrón!—dijo Belhumain.

Nos alejamos silenciosamente á lo largo del muelle solitario.



VI

Una nueva vida empezó para mí, y en honor de la verdad debo consignar que me pareció agradable: primero, porque el mar era mi ilusión, como es la de todos los hijos de ribereños que nunca han visto otra cosa y saben que en cuanto tengan aptitud harán lo que hacen sus padres é hicieron sus abuelos, y no tienen la preocupación de otro porvenir.

El patrón Robine era tal y como Belhumain me lo había descrito: muy duro, pero muy justo. Trabajaba mucho, como todos los patrones de barca que navegan por cuenta propia y no pierden la menor ocasión de salir al mar.

A veces permanecíamos embarcados días y

noches aun con tiempo infernal, y, una vez en el puerto, no estábamos más que lo justo para desembarcar el pescado y hacer las reparaciones necesarias.

A bordo de *La Pervenche* éramos siete: el patrón Robine, cuatro marineros, Belhumain y yo.

A primera vista parece demasiada gente para un barco de escaso tonelaje; pero hay que tener en cuenta que la pesca á la trama exige muchos brazos, ya que hay que atender á la vez á la maniobra de velamen y á la más penosa de las redes.

Yo no tenía gran participación en todo ello, siendo mi ocupación principal la cocina, instalada en un cuchitril al pie del palo, cuando estábamos varios días en el mar.

Además de eso mi obligación me imponía el baldeo de *La Pervenche* cuando estaba amarrada al muelle. Este trabajo era á medias entre Belhumain y yo, y generalmente consagrábamos á él la mañana de los domingos. Pero á la vez que servía de grumete me iniciaba en el oficio viendo trabajar á los demás y oyendo religiosamente las órdenes [del patrón Robine durante las borrascas.

Cuando el tiempo era favorable el patrón hacía provisiones para varios días: coles, patatas, grasa de buey para la sopa, manteca sala-

da y un buen pedazo de tocino, y con esto había bastante.

Casi siempre en estas circunstancias aparejábamos con la marea de la noche. *La Pervenche* tomaba el ONO., y pasábamos á través del rayo de luz del faro de Gatteville.

Ó bien nos quedábamos cerca de la costa, y á veces veía la luz del muelle de Barfleur.

Aun en tiempo bonancible la escollera hacía un ruido tremendo, y en las calurosas noches del estío veíamos desde á bordo una interminable fosforescencia causada por las olas, que se entrechocaban, rompían y perseguían entre los escollos.

Había que estar alerta, y cuando nos hallábamos próximos á tierra el patrón Robine no soltaba nunca el timón.

Al ser de noche nos enviaba á Belhumain y á mi á dormir, y después de breve diálogo no tardábamos en quedarnos dormidos. El sueño es propicio á los jóvenes después de un día de fatiga y trabajo continuado.

De esos días había seis por semana, á no ser que *La Pervenche* estuviera forzosamente obligada á no salir, ya fuera por la tormenta ó por cualquiera otra causa.

Aquella vida me encantaba. Me gustaba mucho la custodia de *La Pervenche* cuando estaba amarrada en el muelle los domingos, bien bal-

deada de arriba abajo, con los cables enrollados en el puente, las redes recogidas en las bordas, las velas plegadas y envueltas en sus fundas de cuero, y el pabellón tricolor ondeando en la punta del palo.

Como los cuatro hombres de la dotación tenían su casa, no se los veía á bordo en todo el día, y sólo guisaba yo para nosotros tres.

El domingo era habitualmente día de extra; es decir, que las dos comidas se componían de un guisado de carnero con patatas y una sopa de coles muy abundante.

Belhumain se refocilaba desde el sábado sólo con esa idea, y me decía:

—Mañana iremos juntos á casa del carnicero Parfuru, y elegiremos los mejores bocados; pero ¡desgraciado de ti si estropeas la salsa!

Generalmente comíamos en el puente, á no ser que hiciera demasiado frío, en cuyo caso guisaba en casa del patrón; pero eso era muy raro.

Él mismo estaba á veces convidado en casa de algún amigo: entonces nos daba *suelta* á Belhumain y á mí, y una peseta á cada uno.

—Haced lo que queráis: idos adonde os plazca; pero al caer el Sol estad de vuelta.

Así fué como un domingo por la mañana Belhumain me llevó del lado de Isigny, después de haberlo dejado todo arreglado á bordo.

—¿No sabes lo que es una ciudad?—me dijo.

—¡Pues ahora verás cosa buena!

—¿Acaso es mayor que Barfleur?—le pregunté.

Me miró con aire de conmiseración, y, muy indignado en apariencia, me dijo:

—¡Barfleur! ¡Barfleur cabría entero en la plaza de la iglesia!

—No soy curioso—repuse;—pero me gustaría verlo.

—Lo verás, y antes de mediodía. Escucha—añadió:—¿no oyes tocar campanas?

Presté atención, y comprobé lo que mi amigo me decía.

—Eso—dijo Belhumain—son las campanas de Isigny, que llaman á misa.

—¿Estabamos todavía muy lejos?

—Lo menos una lengua; y ya puedes figurarte que, para oirse desde aquí, esas campanas no son cencerros.

—Hay en la torre de Barfleur—le dije—una campana que se oye también desde muy lejos.

Belhumain soltó la carcajada como si hubiera dicho algo monstruoso, y, viendo que yo le miraba cortado, añadió:

—¡No seas tonto! ¡La campana de Barfleur servirá, á lo sumo, para ponerla al cuello de una vaca!

Inocentemente le interrumpí:

—¿Tan grandes son las vacas por aquí?

—Puedes verlo—me dijo:—no tienes más que mirar á derecha y á izquierda.

Efectivamente; en los prados, al lado del camino, multitud de vacas rumiaban. No eran ni mayores ni más pequeñas que sus congéneres de Barfleur y Gatteville, y hasta el color de su delaje era el mismo.

—Comprenderás—me dijo Belhumain—que no quiero hablar mal de Barfleur; pero cuando veas lo que es una ciudad, ya verás que tengo razón.

Entramos en un atajo poblado de grandes árboles que preservaban del sol, alrededor de los cuales millares de insectos, excitados por el calor, formaban un bonito conjunto, y de repente nos hallamos al borde de un gran río.

—Es el río de Isigny—dijo Belhumain.—El patrón Robine dice que se llama el Aure; lo que puedo decirte es que va al mar, lo mismo que el de Caen y que el Sena, entre Honfleur y el Havre. Desde aquí se ve la desembocadura.

Miré, y cerca, muy cerca en apariencia, el mar extendía sus aguas, sobre las que el Sol rielaba.

—Es la hora de la marea—dijo Belhumain.

El agua subía tan deprisa, que doblaba las hierbas de los lados, hasta que las cubría.

—Si la suerte nos favorece—continuó,—veremos bajar algún brick ó alguna goleta.

—¡Bricks y goletas viniendo de tierra!—exclamé.—¿Quieres burlarte de mí, Belhumain?

—¡Nada de eso!—dijo.—¿Acaso no ves en el horizonte arboladuras de barcos?

Efectivamente; en el cielo se destacaban media docena de ellas.

Era para mí un espectáculo nuevo, y abría unos ojos tan grandes como escotillas.

Los grandes navíos que pasaban á la vista de Barfleur tenían otro tonelaje; pero sólo los veía de lejos, mientras que aquéllos, vistos de cerca, me parecían gigantescos.

Andando lentamente llegamos al puente, cuyos arcos me parecieron desde lejos maravillosos. De cerca ya fué otra cosa, y el ruido de la marea batiendo los pilares, á cuyo largo se estrellaban las ondas, me parecía extraordinario.

Por las explicaciones del maestro de escuela de Barfleur ya sabía yo que los ríos van al mar; pero como el domine nunca nos había dicho que el mar cada veinticuatro horas dos veces se precipita por todas las aberturas que encuentra, tal fenómeno era para mí inexplicable, y, naturalmente, Belhumain no estaba en condiciones de poder aclarármelo.

Fuera por ignorancia ó por el deseo de lle-

gar antes, Belhumain no contestaba á mis preguntas hasta, que después de haber subido las escaleras que dan acceso al puente nos encontramos en la ciudad.

—¿Qué dices de esto, Santiago?

—Te diré que no es cosa extraordinaria, y no negaré que prefiero mil veces el muelle de Barfleur.

—¿Por consecuencia de Rosita?—me interrumpió con tono burlón.—Ya me darás tu opinión cuando hayas visto á Desideria.

—¿Desideria?

—No todas las jóvenes se llaman Rosa, Santiago, y ya te he dicho que Desideria es una de las hijas del patrón Robine. Dentro de diez minutos, á lo más, la veremos.

Me arrastró consigo, y nos hallamos en una calle ancha y espaciosa, con hermosas construcciones á ambos lados. Pero la mejor era el hotel del *Racimo de Uvas*, de un solo piso, pero tan grande y tan bonito con su puerta grande, encima de la cual colgaba un farol que me dejó maravillado.

En el cristal esmerilado se leían estas palabras en grandes letras negras:

EL RACIMO DE UVAS

Y debajo un enorme racimo violeta, mucho mayor que aquel de que nos hablaba el maes-

tro de escuela de Barfleur cuando trataba de la tierra de Canaán, colgaba entre hojas de hermoso color verde.

—Vamos á entrar aquí—me dijo mi guía:—con las dos pesetas del patrón almorzaremos y veremos á Desideria.

Me pareció extraordinariamente audaz lo que me decía; pero le seguí.

En la puerta barría un individuo calzado con zuecos. Belhumain le interpeló:

—Soy un novicio de á bordo de *La Pervenche*, de Grandcamp, y éste es el grumete. ¿Podría usted decirme si podemos ver á Desideria, la hija del patrón Robine, ó al menos decirle que hay aquí dos amigos que desean hablar con ella?

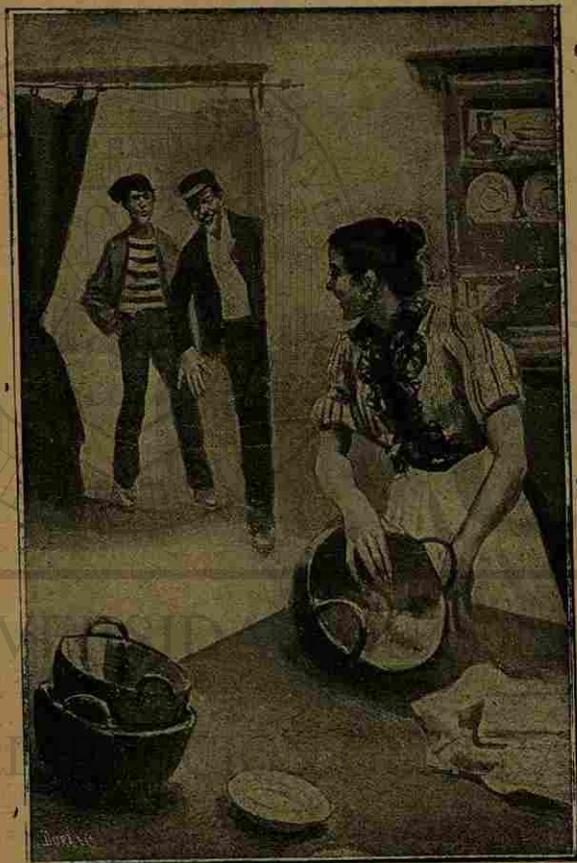
El hombre, aparentemente muy perplejo, se apoyó en la escoba.

—Efectivamente; aquí está una muchacha que se llama Desideria.

—Pues no la disgustará vernos, si usted le dice que estamos aquí.

—No necesito molestarme: entren ustedes en la cocina, y allí la encontrarán.

Estaba ocupada en limpiar cacerolas en una mesa oblonga en cuyos extremos se veían platos llenos de residuos; tenía los brazos al aire y el pelo sin recoger, sin duda por lo temprano de la hora.



—¿Eres tú, Belhumain?—dijo la joven.

Entramos, y se detuvo en su faena mirándonos con curiosidad.

—Somos nosotros, que venimos á verte de parte del patrón, Desideria.

—¿Eres tú, Belhumain?—dijo la joven.— ¡Qué raro verte por aquí! ¿Todos bien por casa?

—El patrón, tan fuerte como siempre—contestó Belhumain.

Y añadió audazmente:

—Me ha encargado darte un abrazo en su nombre, Desideria.

No se lo hizo ella repetir dos veces: alargó la mejilla, en la cual Belhumain estampó un beso de los más sonoros, y repuso:

—¿Hoy no vienes solo?

Y señalándome con el dedo de manera bastante desdeñosa, dijo:

—¿Quién es éste?

—Éste—contestó Belhumain—es el nuevo grumete de *La Pervenche*; un buen muchacho. Si quieres, puedes abrazarle, Desideria; es como yo.

—¡Pues sea—dijo;—los amigos de mis amigos son los míos!

Muy tímidamente alargué el carrillo, y me besó cordialmente, diciendo:

—Tiene el aspecto más simpático que tú, y, además, me parece que debe de ser más formal y más serio que el señor Belhumain.

Yo dejaba que me alabase; pero me figuro que debía de estar como la grana, á juzgar por el calor que sentía.

Las amistades estaban hechas; y sentí una gran simpatía por aquella muchacha, tan diferente de sus hermanas según los retratos hechos por Belhumain.

Nunca había visto yo tantas cosas de cocina, tantas cacerolas, y me preguntaba á quién se destinaria todo aquello, cuando un hombre entró en la cocina con un gorro blanco á la cabeza, una blusa del mismo color y un delantal atado á la cintura: un personaje imponente que me asustó.

Al vernos hizo un gesto de extrañeza, y dirigiéndose á Desideria dijo:

—¿Qué significa esto? ¿Desde cuándo la cocina está abierta á todo el mundo?

—No es todo el mundo, señor Bouland—respondió Desideria.—Al mayor ya le conoce usted, y el otro es el nuevo grumete de mi padre. Y añadió tímidamente:

—Vienen á traerme noticias de casa.

—Entonces—dijo,—es distinto.

Y dirigiéndose á Belhumain, añadió.

—¿Vienen ustedes de Grandcamp á pie?

—Justamente—dijo Belhumain;—dando un paseo, y prometí al patrón Robine llevarle noticias de su hija.

Y agregó:

—Precisamente, el patrón nos ha dado una peseta á cada uno para almorzar, y si á usted le parece, mejor será que la gastemos aquí que en otra parte.

Se echó á reir estrepitosamente, y cuando se hubo calmado repuso:

—Vayan ustedes á darse un paseo, y vuelvan dentro de una hora: almorzarán ustedes aquí con Desideria; pero ahora déjenla que trabaje.

Dicho esto se alejó, y Desideria nos explicó que nuestra peseta no saldría del bolsillo, que aquel señor nos convidaba, y que hasta nos daría café y aguardiente, porque era domingo.

—Ahora marchaos, y volved á las doce en punto: cuando los viajeros se levanten de la mesa, comeremos. Aquí comemos los últimos; pero los restos son siempre buenos. ¡Ya lo oyes, Belhumain: á las doce en punto!

—Entendido; aunque es algo tarde, y tengo un apetito de mil diablos.

—¡Bueno, bueno—replicó;—así os parecerá mejor la comida!

Nos acompañó hasta la puerta, y volvió á sus ocupaciones, mientras nosotros nos fuimos y paseamos al azar.

El mar se precipitaba bajo los arcos del puente, y los navíos fondeados á lo largo del muelle tiraban de sus amarras con crujidos y

ruidos quejumbrosos: justamente una goleta del puerto de Caen llevaba á popa escrito con preciosas letras de oro con listas azules el nombre de Desideria.

Nos dedicamos á recorrer el pueblo, cuyas tiendas, aún abiertas á pesar de ser domingo, me maravillaban con sus telas cuidadosamente desplegadas y sus escaparates de todas clases arreglados artísticamente. Me detuve frente á la de un vendedor de estampas, que estaban puestas á lo largo de los cristales, con colores llamativos, representando la mayoría de ellas los uniformes del ejército francés.

Me fijé, no sin alegría, en una que representaba un comisionista y que era el retrato exacto del señor Rampán.

Pero lo que más atrajo mis miradas fué una preciosa hoja de papel de escritura rodeada de filigranas, y que tenía en la parte alta, á la izquierda, una rosa abierta, soberbia, sobre un tallo adornado de hojas muy verdes, que parecía querer atraer una mariposa de brillantes colores, cuyas patas se agitaban de placer antes de posarse en la flor.

—Eso quisiera, comprarlo—dije á Belhumain—para escribir á la señora Langlois. ¡Estoy seguro de que le gustaría mucho!

—Entremos—dijo Belhumain.

El entró el primero en la tienda desierta, y

yo le seguí, dando vueltas á la gorra entre los dedos. Belhumain gritó:

—¿Quién despacha?

Oímos un ruido encima de nuestra cabeza. Levantamos los ojos, y entonces vimos un agujero en el techo y oímos una voz que preguntaba:

—¿Qué desean ustedes?

—Una hoja de papel que hay en el escaparate—contestó Belhumain.—¿Cuánto vale?

—¡Espere usted; ahora bajo!—dijo la voz. Y el agujero volvió á cerrarse.

Pronto se oyeron pasos en la trastienda, y una mujer, joven aún, apareció con el cabello en desorden, con trazas de haber sido sorprendida en su tocado. Belhumain le mostró la hoja de papel.

—Eso vale diez céntimos la hoja; pero llevándose el cuadernillo de diez pliegos, dos reales.

Nos miramos Belhumain y yo; la compra nos parecía tentadora.

—Me figuro—me dijo—que escribirás más de una vez, y diez céntimos de economía es un buen negocio. Compremos el cuadernillo completo á medias; así nos sale á real á cada uno.

La tendera, deseosa de volver á sus ocupaciones, añadió, para acabar de decidírnos:

—Les daré á ustedes además dos sobres gratis.

Era imposible resistir á semejante oferta: nos decidimos, pues.

Con grandes precauciones la vendedora hizo un rollo con el papel y los sobres, y se lo entregó bien envuelto á Belhumain, que era el que había tratado el negocio. Alargó la peseta, y guardó el rollo en el bolsillo de su zamarra con infinito cuidado.

—Me debes un real—me dijo.—en el hotel pides cambio, y me pagas.

—Yo misma puedo darle cambio—dijo la tendera,—y así arreglan ustedes su cuenta antes de salir de aquí.

La peseta que me había dado el patrón Robine estaba sólidamente atada en una esquina de mi pañuelo con un magnífico nudo, tan fuerte, que tuve que valerme de los dientes para deshacerlo, y aun así y todo, me costó grandes esfuerzos. Al fin salió á luz, y se la entregué á la vendedora, que me dió en cambio dos reales en plata y los otros dos en calderilla.

Pagué sus veinticinco céntimos á Belhumain, y salimos los dos, orgullosos de nuestra adquisición.

—La verdad es—dijo Belhumain cuando estuvimos solos en la calle—que yo no sé escri-

bri; pero he pensado que cuando quiera dar noticias mías á Desideria no me negarás tu auxilio.

No sin cierto orgullo pensé que para algo sirve ser instruído, y que así puede uno sin ayuda de nadie atender á sus asuntos, y servir además á los amigos.

Y en voz alta añadió:

—Lo que quieras, Belhumain, y hasta, si lo deseas, puedo enseñarte á escribir.

—¡No es mala idea: volveremos á hablar de eso!

Para esperar á que fueran las doce nos fuimos á la plaza de la iglesia; una iglesia insignificante, mucho peor que la de Barfleur, con sus murallas de granito azul y su ábside vuelta hacia el mar, como la proa de un barco.

Eso modificó todas mis ideas sobre las ciudades, donde todo, á mi entender, debía ser mejor y más bonito que en los pueblos.

Belhumain lo notó, y con aire de superioridad, él, que había viajado por tierras lejanas con el patrón Robine, me dijo:

—Si vieras la catedral de Saint-Lo, ya sería otra cosa; ó sólo la torre de Carentan.

Volvimos al canal, lleno ya de agua y tranquilo como los estanques de Gattemare, cerca de Gatteville.

—No debemos llegar retrasados—dijo Bel-

humain,—porque es una suerte que el patrón del hotel nos haya convidado á comer con su gente. Son tres reales lo que nos quedan, y me dan deseos de gastar gran parte de ellos en un regalo para Desideria. ¿No has visto en la tienda en que hemos estado preciosos pensamientos fijos en un alfiler? Yo creo que habían de gustarle mucho. Y hasta, si te parece, puedes comprar uno para meterlo en la carta de la señora Langlois.

—Vamos allá—le dije;—tú elegirás lo que mejor te parezca.

Volvimos á la tienda, y los compramos. Nos costaron dos reales á cada uno. Al terminar la compra daban las doce en la iglesia. Muy de prisa nos dirigimos al *Racimo de Uvas*: cuando llegamos ya estaba puesta la mesa y percibimos un excelente olor, tanto más apetitoso cuanto que estábamos con el estómago en los talones.



VII

Cuando llegamos salían los viajeros del comedor, y en la cocina estaba puesto el servicio en la misma mesa en que Desideria limpiaba las cacerolas por la mañana. Hasta me figuro que nos esperaban, pues en seguida cada cual se instaló, las mujeres á un lado, los hombres al otro, excepto nosotros dos, que teníamos nuestro sitio uno á cada lado de Desideria. De repente sonó la campana: aquello significaba que podíamos empezar sin perder tiempo.

En los fogones, un pinche vestido de blanco como el patrón que vimos por la mañana hacía un almuerzo de encargo para unos viajeros que comían en su cuarto, y una tras otra

humain,—porque es una suerte que el patrón del hotel nos haya convidado á comer con su gente. Son tres reales lo que nos quedan, y me dan deseos de gastar gran parte de ellos en un regalo para Desideria. ¿No has visto en la tienda en que hemos estado preciosos pensamientos fijos en un alfiler? Yo creo que habían de gustarle mucho. Y hasta, si te parece, puedes comprar uno para meterlo en la carta de la señora Langlois.

—Vamos allá—le dije;—tú elegirás lo que mejor te parezca.

Volvimos á la tienda, y los compramos. Nos costaron dos reales á cada uno. Al terminar la compra daban las doce en la iglesia. Muy de prisa nos dirigimos al *Racimo de Uvas*: cuando llegamos ya estaba puesta la mesa y percibimos un excelente olor, tanto más apetitoso cuanto que estábamos con el estómago en los talones.



VII

Cuando llegamos salían los viajeros del comedor, y en la cocina estaba puesto el servicio en la misma mesa en que Desideria limpiaba las cacerolas por la mañana. Hasta me figuro que nos esperaban, pues en seguida cada cual se instaló, las mujeres á un lado, los hombres al otro, excepto nosotros dos, que teníamos nuestro sitio uno á cada lado de Desideria. De repente sonó la campana: aquello significaba que podíamos empezar sin perder tiempo.

En los fogones, un pinche vestido de blanco como el patrón que vimos por la mañana hacía un almuerzo de encargo para unos viajeros que comían en su cuarto, y una tras otra

las doncellas retrasadas fueron llegando, muy atildadas, con el cabello separado por una raya en medio de la frente; pero con las manos tan encarnadas como nosotros, sin duda, por el penoso trabajo diario.

Desideria Robine era la más bonita; cosa que me agradó por Belhumain, que no dejaba de mirarla.

—¡Vamos; siéntense ustedes aquí, y á comer!—nos dijo.

El encargado de la bodega sacó dos enormes jarras llenas de sidra dorada, cuya espuma se desbordaba.

—¡Diantre!—exclamó Belhumain.—¡He ahí una sidra de la que no se bebe á diario!

—¡Después de probarla no hay quien beba vino!—añadió el encargado.

Y Desideria replicó:

—Lo uno no quito lo otro: ¡ya veremos á los postres!

Para empezar, puso en nuestros platos dos hermosas lonchas de vaca fría cocidas con perejil, y nos cortó dos rebanadas de pan envidiables.

El pinche se volvía de tiempo en tiempo para vernos comer, después de haber preparado una fuente que una de las doncellas subía á los viajeros luego de secarse los labios con el delantal de cocina, que dejaba marcando su sitio.

Viendo á Belhumain con la boca llena, con el cuchillo en una mano y el pan en la otra y mirando al techo con aire de perfecta beatitud, se echó á reír diciendo:

—¿Parece que se come bien en la marina cuando se puede?

—¡Es verdad!—replicó Belhumain cuando tuvo la boca libre.—Pero no ocurre eso á diario; ¿verdad, Santiago?

Muy tímidamente respondió:

—¡No; á diario, no!

—No tiene usted aire de hambriento, sin embargo—repuso el pinche.

—¡Toma; pues no faltaría más que eso!—dijo Desideria.

Y como el primer apetito había pasado, comenzaron las bromas, seguidas de sonoras carcajadas.

—No hace falta comer cuando se está á bordo—dijo el mozo de cuadra,—puesto que se tiene que devolver todo.

—¡Esa es la alegría de los peces!—dijo otro.

—Si pensáramos en lo que comen, no los comeríamos nunca—dijo una doncella haciéndose la remilgada.

—Sí—dijo el pinche;—pero piense usted en eso cuando tiene el estómago vacío.

—La verdad es que en algunas ocasiones

comería una piedras si los dientes fueran bastante fuertes.

—Habría que digerirlas—repuso el pinche; —y si las piedras se comiesen, pronto subirían de precio.

—Eso es lo cierto—dijo Belhumain.—La comida cuesta dinero porque es comida; pero yo os respondo de que los peces de la Mancha nunca han tenido noticias de lo que he comido yo.

Todos se echaron á reir, pareciéndoles Belhumain muy gracioso; y el caso es que, sabiendo que le escuchaban, no paraba un momento de hablar, á veces con la boca llena, pues no por charlar perdía bocado. En un breve silencio dijo el pinche:

—¡No se traga usted la lengua, amigo! Me recuerda usted á los pescadores de bacalao cuando vuelven de Terranova con buenas ganancias.

—Puede ser—dijo Belhumain, á quien la sidra había alegrado algo; —pero por ahora me faltan las ganancias.

Las palabras del pinche me habían extrañado, é interrumpí el discurso de Belhumain para preguntarle:

—¿Tanto dinero se gana en la pesca del bacalao?

—¿Que si se gana?—respondió el pinche.—

En mis tiempos estuve de cocinero á bordo de un brick de Grandville durante tres años, y aseguro que es la mejor época que he tenido. No estaba tan tranquilo como aquí; pero conocí capitanes que hicieron un capitalito, aunque continuaron navegando, por la afición que tenían al oficio.

—Eso pasa á veces—añadió Belhumain;— y el patrón Robine, que es todo un marino, dice que no cambiaría su *Pervenche* por el Palacio del Eliseo (1). Verdad es que hay pocos en Isigny que se le puedan comparar.

Desideria se enorgullecía de oír hablar así de su padre, quizás también porque era Belhumain quien hablaba.

Cuando llegó el café, el pinche mismo lo sirvió.

Empezó la ronda por Desideria, dió la vuelta á la mesa, y habló con todos, sobre todo al llegar á las doncellas, que acabaron por llorar á fuerza de reirse.

La comida había durado poco; acabado el café, en un momento se quitó el servicio, y la mesa quedó limpia.

Desideria nos dijo que se proponía acompañarnos un rato si el patrón no se oponía, y

(1) Residencia del Presidente de la República Francesa.—(Nota del T.)

pronto volvió lista para el paseo, con una cofia y un delantal blanco.

—Tengo que estar de vuelta dentro de una hora—dijo;—así que no hay tiempo que perder.

Nos despedimos cordialmente del pinche, y emprendimos el camino por el muelle. Reinaba una temperatura tórrida.

Íbamos á buen paso acompañados por Desideria, la cual no hablaba más que con Belhumain, pidiéndole noticias de las hermanitas y dándole para ellas golosinas.

Tanto paquete le dió, que acabó por suplirme que llevase yo algunos, pues tenía los bolsillos vacíos.

Me fué preciso tomar parte del cargamento, sobre todo pensando que nuestro papel de cartas estaba en su bolsillo, y no era prudente poner nada encima para que estuviese intacto y sin arrugas cuando llegara á manos de la *tía* Langlois.

Cuando llegamos al atajo por donde pasamos por la mañana, llegó el momento de separarnos.

Entonces Belhumain, tan atrevido de ordinario, empezó á buscar tímidamente algo en el bolsillo de su zamarra, y sacó un sobre arrugado, en el cual estaba clavado el pensamiento que compró por la mañana.

Lo sacó con mil precauciones, y pronto apa-

reció en todo su esplendor. Enseñandoselo á Desideria, le dijo:

—Mira lo que he comprado para ti: si quisieras aceptarlo, te lo agradecería mucho. No vale nada; pero cuando sea rico te daré cosas de más valor.

Desideria se ruborizó hasta las orejas, y cogiendo el pensamiento se lo puso en la blusa, y miró á Belhumain con tal expresión de cariño, que yo mismo me alegré, aunque pensaba en Rosa y en el alfiler que para ella había comprado, y que tendría que enviarle en una carta, sin ver la gratitud de su mirada como en aquel momento veía la de Desideria.

—¡Estoy contenta, Belhumain; muy contenta!—dijo.

Pero aunque decía eso tenía los ojos húmedos, lo cual apenó á Belhumain.

Para consolarla un poco la abrazó dos ó tres veces; acaso más, pero no puedo precisarlas, porque para no molestarlos me había adelantado, hasta que Belhumain me llamó, persuadido, sin duda, de que no había visto nada.

—No tenemos tiempo que perder, Santiago. Viento en popa y buena marcha, que si el patrón Robine llega á bordo antes que nosotros, vamos á oírle chillar durante una eternidad.

Alargamos el paso todo lo posible mientras íbamos recordando el almuerzo, hasta que Bel-

humain, que estaba deseando hablar de Desideria, declaró que era la mejor muchacha del mundo.

—Eso pensaba yo—le dije,—y me alegro de conocerla. Se ve que te quiere mucho, Belhumain.

—¿Acaso no hemos vivido juntos en casa del patrón Robine desde el día que me alisté en *La Pervenche*?

—¿Como Rosita y yo?—interrumpí.

—Casi igual, porque yo ya era mayor cuando llegué á Grandcamp, y vosotros habéis crecido á la vez. Pero eso no impide que Desideria sea una buena muchacha y que yo la quiera mucho.

—De todos modos—dije,—es molesto estar tan cerca y no poder verse con frecuencia.

—Con más frecuencia de lo que tú crees nos vemos—dijo Belhumain con tono de suficiencia.—Basta que *La Pervenche* no salga en veinticuatro horas. Cojo mi camino, y en un momento estoy en Isigny. No está lejos; pero después de cada viaje me parece que tengo mayores ánimos para el trabajo.

Me agradaba oírle hablar así, y al mismo tiempo me entristecía, porque pensaba en Rosa, y se me llenaban de lágrimas los ojos.

Cuando llegamos á Grandcamp el mar estaba lejos, muy lejos, y *La Pervenche*, sostenida

por las amarras, se hallaba en seco y con la quilla hundida en el fango.

Saltamos al puente Belhumain y yo, y entramos en nuestro camarote.

Coloqué sobre la mesa el papel, aquel papel que me parecía tan bonito, y me puse á escribir á la *tía* Langlois.

La redacción de la carta fué larga y penosa. No sabiendo escribir, Belhumain sólo podía ayudarme en mi difícil tarea proporcionándome ideas, y esto lo hacía con la mejor buena fe del mundo. Entonces comprendí por vez primera la necesidad de auxiliarse de las personas experimentadas.

Al cabo de mucho tiempo, cuando ya la marea balanceaba á *La Pervenche*, quedó terminada la siguiente carta.

«*Tía* Langlois:

»La presente es para decirle que estoy bien, en compañía del patrón Robine, y que me acuerdo mucho de usted, lo mismo que del *tío* Hilario y de toda la familia. Si el patrón Robine y su *Pervenche* se inscribieran en el puerto de Barfleur, sería el más feliz de los grumetes, porque la vería á usted, querida *tía*, y porque al acostarme no tendría que pensar lo que harán ustedes en casa, si el *tío* Hilario está contento y si Rosa los complace.

»En esta carta van todos mis afectos para

ella y para usted, *tía* Langlois, y espero que los acepten de corazón. Si fuera rico, los favorecería á todos. Belhumain, que me ve escribir y me sugiere muchas ideas, me dice que todo llega con el tiempo. Si pudiera, iría á Barfleur á decir á usted cuánto la quiero, como á todos los de casa.

»Adjunto va un sello, con la esperanza de que Rosa me dé noticias de todos. Le envío recuerdos del patrón Robine. No me falta nada más que ustedes, querida *tía* y *tío* Hilario. Me ha costado mucho trabajo acostumbrarme á esta ausencia, y en las horas de ocio, que son las menos, me pongo muy triste pensando en ustedes: si no hubiera tenido á Belhumain para animarme, no sé qué hubiera sido de mí en los primeros días. Pero ya estoy acostumbrado, y si Rosa me dice que no me olvidan ustedes, seré tan feliz, tan feliz, que se lo agradezco de antemano.

»De ustedes, SANTIAGO.

»P. S.—Adjunto un recuerdo para Rosa, y muchos besos para usted, querida *tía*, y para el *tío* Hilario.»

Terminada mi lectura, Belhumain opinó que estaba muy bien y que sólo faltaba copiarla.

Así lo hice, pausadamente y con mil precauciones, tardando mucho tiempo; pero la carta

resultó perfecta. Una vez terminada, la doblé, y junto con el pensamiento la metí en uno de los sobres, regalo de la tendera de Isigny.

Belhumain se encargó de llevarla al correo, y yo me quedé á bordo paseando de popa á proa, mientras el Sol se escondía en el Oeste.

Pronto volvió Belhumain: dijo que la carta estaba ya en camino; pero que por un feliz escrúpulo la había hecho pesar en el estanco, y había necesitado dos sellos.

—¡Qué suerte tener un amigo tan juicioso! Yo hubiera echado la carta en el buzón sin preocuparme de otra cosa, de suerte que la *tía* Langlois hubiera tenido que pagar el doble, ó rechazar la carta con su contenido.

—¿Y crees tú que llegará pronto?—le pregunté.

—Mañana por la mañana, de once á doce—dijo.—El correo va muy deprisa, y dicen que no se detiene nunca.

—¡Es un hermoso invento!—le dije.—Y alegra pensar que, aun estando muy lejos, se pueden mandar noticias á los seres queridos. Pero ¿qué hará el patrón Robine, que no da señal de vida, siendo la hora de la marea?

En efecto; por todas partes aparejaban las bareas y se oían los ruidos de las velas que se izaban, de amarras que crujían, veces que da-

ban órdenes, y el tragar de infinidad de marineros.

Pronto llegó el patrón con sus cuatro hombres, llevando cada uno en el brazo el traje de mar. Viendo que todo estaba preparado y que *La Pervenche* podía salir en seguida, nos dijo:

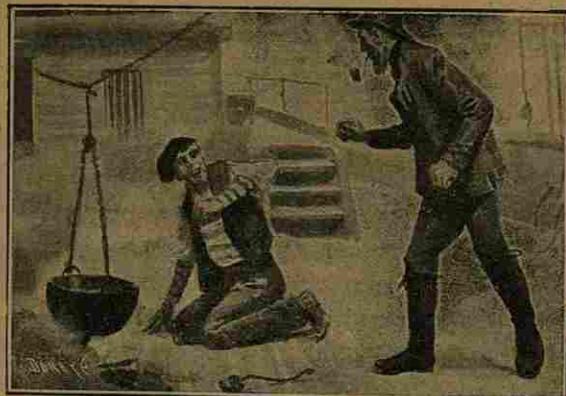
—¡Vamos; veo que sois buenos muchachos y que puede uno confiar en vosotros!

Belhumain le interrumpió para darle el encargo de Desideria y decirle que el dueño del hotel nos había convidado á comer.

Aquello le alegró, porque demostraba que no estaban descontentos de su hija en el *Racimo de Uvas*. Pero como no era de naturaleza muy expresiva, se contentó con estrechar la mano á Belhumain, y con voz sonora exclamó:

—¡Ahora de lo que se trata es de aparejar!

Los cuatro hombres embarcaron, y Belhumain saltó al muelle para largar las amarras; faena breve tras de la cual se volvió á bordo. *La Pervenche*, después de salir del canal, se lanzó á alta mar.



VIII

Estuvimos en el mar dos noches y un día, y volvimos á Grandcamp con la cala llena de pescado del mejor y de mayor precio. Mientras preparaba la comida á la tripulación sólo pensaba en la carta que había escrito á la tía Langlois y en la contestación que, sin duda, encontraría cuando llegase á Grandcamp.

Una vez lanzado á través de mis recuerdos, desempeñaba mi obligación maquinalmente, como por costumbre, y cuando Belhumain, ocupado en lo suyo, no podía llamarme la atención, el patrón Robine se encargaba de hacerlo, diciéndome después de darme un buen empellón:

—¿De dónde ha salido un grumete con la ca-

beza al revés como éste? ¡Vamos; más actividad, y ojo al puchero, cocinero descuidado! ¡Y, sobre todo, que no tenga que repetírtelo!

Sus amonestaciones me apenaban, y tenía que hacer grandes esfuerzos para no llorar.

Comíamos sentados en el puente, unos sobre los cables, otros en las escotillas; pero de tiempo en tiempo los marineros se levantaban para inspeccionar la red, por si había que levantarla, y cuando parecía ya muy pesada, todos ayudaban, menos yo, y los peces caían á montones en el puente, esperando que acabasen de comer para echarlos en la cala.

Así ocurría todos los días, no variando en ellos más que el tiempo. La vida era monótona, la más monótona que existe; pero tanto se acostumbra uno á ella, que luego es imposible seguir otra.

Es cierto que su uniformidad se interrumpe de cuando en cuando, que á veces llegan las tormentas y hay que dejar la pesca para pensar en la salvación del barco y de la propia vida.

Cuando volvimos á Grandcamp después de una larga ausencia y con buena pesca, me dieron una carta de Rosa; es decir, que Rosa había escrito bajo el dictado de la *tía* Langlois. He aquí lo que decía:

«Mi querido Santiago.

»Te diré que hemos recibido tu carta, la

cual nos ha causado gran alegría, y que fué Rosa quien la leyó. Ya sabes que Rosa lee muy bien, porque el *tío* Hilario la tiene muy bien enseñada; y sabes también que no se dormiría tranquilo si ella no le leyera alguna página del periódico, que dice lo que pasa en París y en toda Francia.

»Te diré que por aquí hablamos mucho de ti, y que el señor Lepine, el capitán de carabineros, que quiere mucho al *tío* Langlois, le pregunta por ti muchas veces. Es un buen hombre, como sabes, á quien quiero mucho porque no pierde ocasión de zaherir al señor Rampán: por eso éste le odia tanto como á ti; porque el Capitán, que no se muerde la lengua, le dice todas las verdades que se le ocurren.

»El señor Rampán es un mal hombre, que quisiera ser superior á todos y de todos tiene envidia. El capitán Lepine asegura que hay muchos como él en el mundo, y el *tío* Langlois dice que tiene razón.

»Te diré que por aquí no te olvidamos y que Langlois dice que serás un buen marino, sobre todo estando con el patrón Robine, que, según él, no tiene igual. Procura portarte bien y merecer la estimación de todo el mundo. Cuando me digan algo así, pensaré: ¡La *tía* Langlois no se equivocó; ya sabía que su Santiago había de complacerla!

»Te diré que Rosa ha recibido tu regalo con gran placer, y que está admirada de ver ese pensamiento que nunca se seca, y que se pone todos los domingos para ir á misa.

»Lo que no sabemos cómo agradecerte es el dinero que nos mandas, y que el patrón Robine nos hace llegar por conducto del síndico de pescadores. Te diré que nos viene bien, porque los tiempos son malos, y me agrada ver que mereces lo que hemos hecho por un muchacho como tú.

»Te mando un abrazo en nombre de todos, tío Hilario el primero, y lo que puedo decirte para terminar es que tengo muchos deseos de verte.

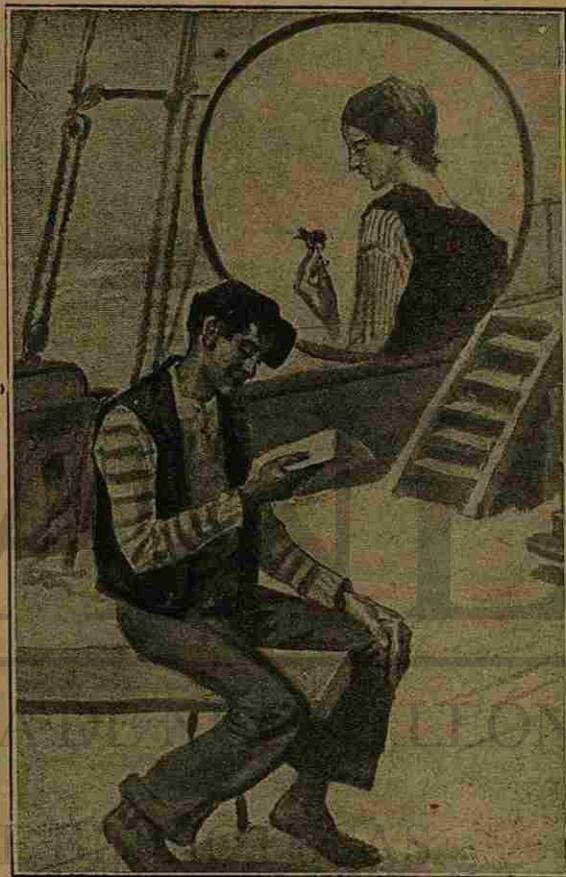
»Tu tía, que te quiere,

»ROSALÍA LANGLOIS.»

Aún había más; quedaba un *post-scriptum* de una letra más fina, porque no quedaba sitio, en el cual Rosa me decía:

«¡Si supieras lo contenta que estoy al ver que te acuerdas de mí, puesto que me mandas una flor! No me canso de mirarla, querido Santiago, y te la agradezco en el alma. Puedes estar seguro de que la llevaré todos los domingos, aunque no necesitaba el pensamiento para acordarme de ti.»

En cuanto estuve solo con Belhumain le en-



Aún había más; quedaba un *post-scriptum*, en el cual Rosa me decía:

señé la carta, que le maravilló. Hasta creo que le molestó que Desideria no le enviase cartas; pero no sabía escribir.

Cuando ella era niña no existía la ley de enseñanza obligatoria, y cuando se promulgó, Desideria ya no estaba en edad de asistir á la escuela.

Algunos días antes del equinoccio de primavera, en el mes de Marzo, un horrible temporal se desencadenó en la Mancha.

Estábamos en el mar, costeano por Saint-Waast-la-Horgue y las islas Marcouf, cuando sin avisar empezó á soplar un viento huracanado.

Nunca en mi vida de marino, larga ya, he visto temporal semejante, ni en Terranova, ni en los mares de China. El ciclón se desencadenaba con toda su violencia en el momento en que *La Pervenche* amarraba en Grandcamp; y mientras Belhumain y dos marineros doblaban las amarras, oí al patrón Robine que decía:

—¡Estoy seguro de que habrá desgracias!

El viento y la lluvia se mezclaban, unidos á los relámpagos y truenos: todo estaba negro; el mar y la tierra.

El faro de Gatteville estaba velado por la borrasca, y el mar hacía tal ruido, aun dentro del puerto, que era imposible hacerse oír. Cada

vez que un relámpago iluminaba el firmamento se veía hasta el confín del horizonte y el mar azotado por el viento terrible, cuyo fragor dominaba hasta el del trueno y el de las olas encrespadas.

—¿Cómo será en alta mar, cuando aquí está tan agitado?—pensaba yo.

Y de repente pensé en el *tío* Hilario. Acaso estaría fuera con tan horrible tormenta, cogido por el ciclón, destrozado por el rayo ó anegado por la lluvia.

No sé por qué, en aquel instante mi pensamiento me llevó á la playa de Barfleur. Con una precisión asombrosa vi á la *tía* Langlois enloquecida, á Rosa, siguiéndola llorando y torciéndose las manos, y alrededor de ellas, un grupo de pescadores que les decían:

—¡No se desespere usted, *tía* Langlois; la barca del patrón es fuerte, y él, un marino consumado! ¡De un momento á otro le veremos fondear en el muelle!

Pero la *tía* Langlois no oía nada; corría hacia el mar, seguida por Rosa, y las dos miraban ansiosamente, queriendo rasgar las tinieblas con la vista.

Esto lo vi con una nitidez que me sorprende aún, porque luego supe que así había ocurrido. Cuarenta y ocho horas después no se había visto al patrón Langlois. Cuando recibí la

noticia el cielo tenía un color azul purísimo, y el mar estaba tan tranquilo como el cielo y casi sin oleaje.

¿Era posible? ¿Habría yo leído bien? Sí; la carta de Rosa era breve, pero lo explicaba todo: las aprensiones, las angustias, la desgracia eran ciertas.

El *tío* Hilario se había ahogado con sus dos hijos y sus dos marineros; la barca se había perdido, cogida por las corrientes, y, probablemente, se estrelló contra los escollos. Todo eso era irreparable; pero aún había más: la *tía* Langlois, Rosa y los pequeñuelos, ¿qué iba á ser de ellos?

El patrón Robine se paseaba por el muelle con otros pescadores. Fui á buscarle, y en cuanto le vi empecé á llamarle á voces.

—¿Qué hay? ¿Qué te ocurre? ¿Crees que soy sordo?

Sin pronunciar una palabra le enseñé la carta de Rosa.

—Hay—dije al cabo de un momento—lo que pone aquí; es decir, que probablemente el *tío* Hilario no está en este mundo.

—¿Qué me cuentas? ¿Langlois ha muerto? ¡Vamos; explícate!

—No sé más, patrón; no dice más la carta.

La leyó, y al cabo de unos instantes me la devolvió.

Estaba lívido y descompuesto. Al verme así me afligí más aún. Quiso ocultarlo delante de los demás, y dijo:

—Después de todo, ¿no estamos todos expuestos á lo mismo?

En seguida se alejó, haciéndome seña de que le siguiera. Noté que andaba cabizbajo y como preocupado. Al fin se detuvo.

—Vas á marcharte en seguida, Santiago—me dijo—vete á Barfleur por lo más corto; en ferrocarril hasta Cherburgo, y desde allí, como quieras. Belhumain te acompañará hasta Isigny, y volverás si quieres; pero será mejor que decidas otra cosa. De todos modos, te pagaré tu salario hasta hoy, y algún suplemento que entregarás á la señora Langlois, rogándole que lo acepte en mi nombre. Eres casi un hombre, fuerte y robusto, y ahora no se trata de ganar tu pan, sino el de todos los que Langlois deja desamparados. Espero que no lo olvidarás.

—¿Olvidarlo, patrón? ¿Olvidarlo, cuando son ellos los que me salvaron y me educaron?

—Bueno—repuso;—no haces más que cumplir con tu deber. Vas, pues, á Barfleur, y una vez allí me enviarás noticias. ¡Cuento contigo!

—¡Cuente usted, patrón; pero soy muy desgraciado!

Una cosa me apenaba, y era separarme de Belhumain, momentáneamente al menos, por-

que nada me hacía presumir que no volvería á ocupar mi puesto á bordo de *La Pervenche*.

Pero sobre todo esto pesaba en mi imaginación el siniestro de Blarfleur; veía á la *tía* Langlois presa de todas las angustias de una madre que no sabe cómo dar de comer á sus hijos.

Al día siguiente Belhumain me acompañó, y en la conversación que tuvimos hasta llegar á Isigny me demostró toda la bondad de su corazón.

—¿Qué quieres? ¡Así es la vida! ¡Hoy, tranquilidad; mañana, desgracias! Los viejos se van; pero nosotros quedamos para sustituirlos. Me consuelo pensando que has de volver.

—Oye, Belhumain—le dije:—no tengo más amigo que tú en el mundo, y espero que nuestra amistad será eterna. Pero allá están la *tía* Langlois, Rosa y cinco pequeños sin recursos, porque no había economías en casa, y se me ocurre que el pinche del hotel de Isigny acaso tenga razón; que la pesca del bacalao en los bancos de Terranova quizás fuera una solución para mí; es decir, un medio de ganar más dinero para ayudar á la *tía* Langlois.

—¡Ya veremos!—dijo—Belhumain.—Una recomendación siempre es útil, ó por lo menos no perjudica.

Descansamos en el hotel del *Racimo de Uvas*, donde Belhumain puso pronto á todo el mun-

do al corriente de mi asunto, y el pinche escribió inmediatamente una larga carta para su amigo el comandante del *Capricho*, de Granville. Siempre era algo, contando con que, según me dijo, entonces era la mejor ocasión para alistarse para el año próximo, pues en el presente ya debían de estar completas todas las tripulaciones.

Tomé la carta del servicial pinche, y me la guardé en el bolsillo de mi zamarra, después de expresarle vivo agradecimiento, y despidiéndome de Desideria me encamié hacia el ómnibus que hacía el recorrido entre Isigny y la casa de postas, distante cinco kilómetros.

Belhumain me siguió hasta el coche, diciéndome:

—¿Cuándo nos veremos, Santiago?

Sacó del bolsillo un paquete muy bien atado, y poniéndomelo entre las manos,

—Es de Desideria—dijo:—ya sabes que tiene buen corazón. Hay dentro un salchichón entero, jamón y un buen pedazo de morcilla.

El postillón se impacientaba y los viajeros protestaban.

—¡Vamos, embarca!—dijo Belhumain.—¡Y sobre todo, no tardes en mandarnos noticias!

En un abrir y cerrar de ojos me instalé al lado del conductor, porque todos los demás sitios estaban ocupados. El mayoral arreó á los

caballos, que arrancaron á buen paso, mientras Belhumain y Desideria me hacían saludos de despedida.

Llegamos á la estación en el momento preciso en que llegaba el tren que había de conducirme á Cherburgo.

Tomé mi billete en el despacho, y me acomodé en un vagón de tercera. Silbó la locomotora, partió el tren, y—¡lo que es la costumbre!—me hallaba menos seguro en el vagón que á bordo de *La Pervenche*.

Ansiaba llegar á Cherburgo, donde, según lo dicho por el patrón Robine, debía tomar la diligencia para Saint-Pierre-Eglise y Barfleur.



IX

Cuando divisé desde el coche el campanario de la iglesia de Barfleur, sentí una emoción inexplicable.

Fué lo primero que vi destacándose en el cielo azul de primavera.

Después fueron apareciendo á la derecha las casas del puerto, y pronto reconocí la del tío Hilario junto á los arenales.

Una espiral de humo azulado salía de la chimenea, extendiéndose por la atmósfera.

Cuanto más nos aproximábamos á Barfleur, mejor se dibujaba la casa del patrón Langlois tal como yo la había visto durante tanto tiempo, con su tejado de bálago y los rosales de

caballos, que arrancaron á buen paso, mientras Belhumain y Desideria me hacían saludos de despedida.

Llegamos á la estación en el momento preciso en que llegaba el tren que había de conducirme á Cherburgo.

Tomé mi billete en el despacho, y me acomodé en un vagón de tercera. Silbó la locomotora, partió el tren, y—¡lo que es la costumbre!—me hallaba menos seguro en el vagón que á bordo de *La Pervenche*.

Ansiaba llegar á Cherburgo, donde, según lo dicho por el patrón Robine, debía tomar la diligencia para Saint-Pierre-Eglise y Barfleur.



IX

Cuando divisé desde el coche el campanario de la iglesia de Barfleur, sentí una emoción inexplicable.

Fué lo primero que vi destacándose en el cielo azul de primavera.

Después fueron apareciendo á la derecha las casas del puerto, y pronto reconocí la del tío Hilario junto á los arenales.

Una espiral de humo azulado salía de la chimenea, extendiéndose por la atmósfera.

Cuanto más nos aproximábamos á Barfleur, mejor se dibujaba la casa del patrón Langlois tal como yo la había visto durante tanto tiempo, con su tejado de bálago y los rosales de

Bengala que se entrecruzaban delante de la fachada.

El coche llegó al pueblo, y se detuvo ante el hotel de la *Blanche-Nef*.

La *tía* Langlos y Rosa me esperaban, y cuando me hubieron visto sus lágrimas corrieron á raudales.

—¡Eres tú, Santiago; eres tú!

No acertaban á decir otra cosa. Nos abrazamos los tres, confundidos por la misma emoción, porque todos pensábamos en la catástrofe y en la causa que me llevaba á Barfleur, y sin poder apenas hablar exclamé:

—¡*Tía*, mi pobre *tía*!

Llevando mi exiguo hatillo á la espalda nos alejamos en dirección á casa, y en el trayecto la *tía* Langlois me contó lo que ya sabía yo; la pérdida del *San Nicolás*, y que el *tío* Hilario y sus hijos estaban sepultados en el mar, sin saber dónde, muy lejos ó muy cerca.

Pero, cerca ó lejos, eso no importaba: cuando los guarda el mar, no devuelve á las viudas ni á las madres los cuerpos mutilados de los seres amados.

¿Qué se puede decir en semejantes casos? Yo callaba al ver el dolor de Rosa y de la *tía* Langlois; pero, una vez en casa, no pude contenerme y me deshice en llanto.

Todo estaba como cuando yo le dejé, y en medio de mi pena me decía:

—¡No ha variado nada; el *tío* Hilario está en alta mar, y volverá con la marea!

En la pared estaba colgado su traje de recambio, lo mismo que los de sus hijos, y sobre cada traje, la gorra de hule de los domingos, reluciente y limpia.

La *tía* Langlois lo señaló con un gesto.

—¡Se acabó!—le dije.—El patrón Robine dice que siempre hay que contar con ello; pero eso no quita para que se le saltaran las lágrimas cuando supo la noticia.

Y añadí:

—Me ha dado esto para usted: poca cosa, *tía*; pero, por lo menos, es un respiro.

Y le puse en la mano todo lo que tenía; mi sueldo y el dinero que me dió el patrón al marcharme de Grandcamp.

—¡Todavía hay personas honradas en el mundo!—exclamó la *tía* Langlois.—Pero ¿qué será de nosotros cuando se acabe esto?

—Por eso estoy aquí, y por eso me ha mandado el patrón Robine. ¿Sabe usted lo que dice, *tía*? Que no hay nada irreparable, y que mi deber es pagarles todo lo que ustedes han hecho por mí. Por eso estoy en Barfleur, dichoso de volver á verla, aunque no hubiera querido que fuera por esta causa.

Al oírme la *tía* Langlois y Rosa se entristecían más, y tras un penoso silencio repuse, sin saber lo que decía:

—¡Es una cosa horrible, y el patrón Robine dice que es hasta injusto!

—¡Es la verdad! —dijo la *tía* Langlois. —¡Pero el mar elige sus víctimas! Hoy somos nosotros; mañana, los de más allá: ya sabes lo que ocurre siempre. De todos modos, hay momentos muy duros en la vida.

Entonces, con cierta arrogancia, la interrumpí diciendo:

—¡Es horrible, cierto! Pero ¿acaso no estoy yo aquí? Creo que confiarán ustedes en mí. ¿No soy ahora el hombre de la casa?

Pero la *tía* Langlois, cuyo amor maternal se desbordaba, exclamó:

—¡Eso no me devuelve á los que se fueron, los que el mar se llevó y no me restituirá! ¡Me alegra mucho verte, Santiago; pero tú no llenarás el hueco de los que faltan!

—Haré todo lo que pueda, y ya saldremos de esto hasta que los pequeños crezcan; soy fuerte, y sé un oficio. ¿Quiere usted que sea el jefe de la familia?

Rosa me miraba casi con admiración. Sin embargo, ¡era tan natural lo que decía! Viéndola tan preocupada, dije esforzándome por sonreír:

—Por usted y por Rosa haré cuanto me digan. Por más que ya sé la resolución que he de tomar.

—Te quedarás con nosotros; no te irás—dijo Rosa.

—Sí—repliqué:—me iré, y muy lejos; pero será para volver una vez al año.

—¿Qué piensas hacer?

—Nada extraordinario: ganarme la vida en el mar, y devolver á usted, *tía*, cuanto le debo. Es mi deber; si no lo logro, será por falta de suerte.

Entonces les expliqué lo que pensaba hacer, la idea que me había sugerido el pinche de Isigny, y mi resolución de alistarme en Granville para la pesca del bacalao.

Bajo el peso de la catástrofe reciente, Rosa se echó á llorar, diciendo:

—¡Si te vas, no volveremos á verte, y nos quedaremos solas mi madre y yo!

No me explico qué resolución me inspiraba; pero al ver á Rosa en aquel estado y á la *tía* Langlois abrumada por su desgracia, sentía que nacían para mí nuevos deberes, y con acento vibrante dije:

—¡Es preciso, Rosa; es preciso, para que podáis vivir!

En aquel momento el capitán de carabineros señor Lepine, á quien conocía de antiguo, entró en casa.

Iba de uniforme de diario; guerrera y tere-
siana, y pantalón azul con franja roja, y al
verme exclamó:

—¡Hola! ¿Ya está aquí el trañero de Grand-
camp? ¡Ya supondrás, muchacho, que tienes
que luchar para ser útil aquí!

—Capitán—le dije,—á eso he venido.

Lepine prosiguió:

—*Tía* Langlois, no traigo á usted consuelos.
Lo que puedo decirle es que no se aflija usted
demasiado. La desgracia es irreparable; pero
puede usted vivir tranquila durante una tem-
porada, lo cual le permitirá reponerse. ¿Qué le
parecería á usted si yo pusiera mil francos á
su disposición?

La *tía* Langlois exclamó:

—¡Capitán Lepine, no se burle usted de los
pobres; sobre todo cuando están como nos-
otros!

—No me burlo, *tía* Langlois. El dinero no
está en mi bolsillo todavía; pero el jefe de Co-
rreos está prevenido, avisará á Cherburgo, y
pasado mañana lo más tarde llegará: mientras
tanto, si necesita usted un adelanto...

—¡Gracias, capitán! Santiago nos ha traído
lo suficiente para estos días, y aun para más
adelante.

—¡Más adelante, más adelante!...—repuso
el Capitán.—Ese dinero es para usted. Viene

de París, de mi amigo el periodista, y com-
prenda usted que me sería penoso devolverlo.
Además, bien claro lo dice: es para usted, y
nada más que para usted. Tal vez envíen des-
pués más; y en ese caso, mejor todavía. Lo
que sí afirmaría es que esta vez el señor Ram-
pán pesca una ictericia de rábía ó de envidia;
porque ya sabe usted que en el anterior si-
niestro quiso que yo le entregara el producto
de la suscripción para quedarse con una parte
para la Beneficencia, ó para él, que es lo más
probable.

—¡Oh capitán!—dijo la *tía* Langlois.—¿Su-
pongo que no le importarán á usted esos ma-
nejos?

—Ni me preocupo de ellos, *tía* Langlois;
pero no hacen honor á la Humanidad tales
gentes.

Y *tía* Langlois exclamó señalándome:

—Siempre les fué antipático el señor Ram-
pán á éste y á Langlois.

A lo que yo añadí:

—No puede ser simpático á nadie un hom-
bre que sólo desea el mal de los demás.

—Es la verdad—repuso el Capitán.—Pero,
si le parece á usted, *tía* Langlois, mientras
Santiago y Rosa charlan un rato nosotros ha-
blaremos de nuestros asuntos.

Le agradecí en el alma sus palabras, porque

no dejaba de contemplarla. ¡Qué bonita estaba! ¡Y qué cambiada me pareció!

No me cansaba de admirarla y de decirle que me encantaba y que estaba tal y como me la había figurado por las noches, cuando navegaba con el patrón Robine bajo la proyección del faro.

Mientras tanto, *tía* Langlois y el Capitán se entendían. Resultaba que la casa podía sostenerse por lo menos durante un año. El Capitán, hombre de experiencia, se encargaría de arreglarlo de la mejor manera posible, contando con el dinero que enviaban de todos los rincones de Francia.

La solidaridad que existe entre todos los pescadores, y acaso también la esperanza de que cuando ellos falten los demás harán por sus familias lo que ellos antes hicieron por otros, es causa de que esas suscripciones alcancen siempre excelentes resultados.

La idea de tener que pensar en un nuevo modo de vivir llevaba á la *tía* Langlois al recuerdo del naufragio, y entre sollozos decía:

—Es usted muy bueno, capitán Lepine; pero todo ese dinero no me devuelve á los míos. Por mi gusto, no quisiera que navegase nadie.

Y se aferraba á esa idea, natural y lógica después de un siniestro marítimo:

—¡Si al menos supiera dónde desaparecie-

ron! ¡Si los hubiera visto después de muertos arrojados por el mar!

—¡No diga usted eso, *tía* Langlois! ¡No hable usted de esas cosas! Ya comprendo que en estos casos se pierde el sentido; pero lo mejor es resignarse y pensar que en todas las costas de Francia hay mujeres de marinos expuestas á lo mismo. Ya sé que la pena de unos no cura la de otros; pero debe usted pensar que tiene seis hijos, y que hay que educarlos hasta que puedan ganarse el pan.

É interpelándome bruscamente, dijo:

—Tú eres el primero en filas, Santiago, y me pareces lo bastante robusto para no retroceder ante el trabajo.

—Ya sé lo que es, capitán, y crea usted que el patrón Robine no es de los que eligen los días para hacerse al mar.

—Pues bien; hablaremos de eso en la próxima semana. Mientras tanto, duerma usted tranquila, *tía* Langlois, que por ahora no le falta pan para todos, lo cual siempre es un consuelo.

Acompañamos al Capitán hasta la puerta, y emprendió el camino del cuartel alegremente, como quien se siente dichoso por haber hecho una buena obra.

Cuando el Capitán se alejó Rosa tomó la palabra.

—A pesar de todo—dijo,—debes de estar muerto de hambre, Santiago.

—Hoy no tardarás mucho en hacer la comida. Abre mi saco: dentro hay un paquete que me ha obligado á aceptar Desideria, la hija del patrón Robine, y espero que no lo despreciaremos. ¡No me extrañaría que más adelante Belhumain se casase con ella! Un buen muchacho, como es él, y una excelente persona como Desideria, deben terminar así: de ese modo comprendo yo los matrimonios. Si cuando llegue mi hora encontrase una joven como Desideria—añadí mirando á Rosa,—no sería yo el que se quejara de la suerte.

Pero la *tía* Langlois, que no estaba de humor para creer que la felicidad fuera cosa posible en la Tierra, á la vez que ponía la mesa dijo:

—¿Acaso sabemos si la dicha de hoy durará mañana? Lo mejor es esperar siempre el dolor, para no ser sorprendidos por él.

—¡Vamos, Rosa; llama á los niños, y almorcemos ya, que es necesario!

El más pequeño, aquel á quien la *tía* Langlois amamantaba cuando me marché, se despertó, y después de pasarse las manos por los ojos me miró asombrado.

Quise cogerle; pero empezó á lanzar tales gritos, que volví á dejarle en la cuna, lo cual no le hizo callar.

Rosa entró con los restantes, cuyos zuecos producían un gran estrépito sobre el pavimento de piedra, y nos pusimos á comer, honrando las provisiones de Desideria.

La *tía* Langlois nada decía; estaba taciturna, y el verla tan apenada nos entristecía á todos.

La catástrofe estaba muy reciente aún para que la olvidara, y apenas si Rosa y yo cambiamos algunas palabras mientras los pequeños se aprovechaban del festín, pareciendo demostrar con su rostro sonriente que nunca habían participado de almuerzo tan suculento.

Algunos días después el capitán Lepine se presentó en casa. Gracias á él, y en espera de mi alistamiento para Terranova, tenía un empleo de novicio á bordo de los barcos de Ald. Edmundo Levéque, de Saint-Waast, que llevaba á Inglaterra huevos, manteca y aves del Cotentin. Eran algunos meses de ocupación, que me permitirían esperar sin ahogo y con un sueldo regular el año próximo. Al oírle pensé que los asuntos no se presentaban del todo mal, y que con buena voluntad y energía llegaría al fin propuesto.

El tiempo fué pasando con relativa tranquilidad, y por consejo del capitán Lépine lo empleé en navegar entre Saint-Waast-la-Houque é Inglaterra á bordo de un costero del señor Levéque.

Sin embargo, aquello no era más que transitorio, y ansiaba que llegase el momento de la próxima campaña de pesca.

No es que fuera precisamente desgraciado, pues de tiempo en tiempo podía ver á la *tía* Langlois y á Rosa: además, en casa las cosas iban bien, y el dinero que el capitán Lepine nos había entregado se multiplicaba, gracias á la administración de Rosa, que á medida que crecía se perfeccionaba en sus conocimientos domésticos.

Esta idea me servía de consuelo al pensar en mi marcha.

—Cuando el dinero del Capitán se agote— pensaba yo,—se sustituirá por el que yo envíe, y así devolveré, en memoria del *tío* Langlois, cuanto les debo de gratitud y afecto.

Al fin llegó la hora de mi partida. Gracias á las gestiones del capitán Lepine, estaba alistado en calidad de novicio á bordo del *Capri-cho*, del capitán Touraille, precisamente el amigo del pinche de Isigny, y me prometí trabajar con ahínco para llegar pronto á marinerro con parte en la pesca, y hallarme, por consiguiente, en disposición de pagar mi deuda de gratitud á la *tía* Langlois.

Sin embargo, no podía marcharme sin volver á ver al patrón Robine, á Belhumain y á Desideria; circunstancia que me permitiría sa-

ludar al pinche del *Racimo de Uvas* y pedirle una nueva carta para el capitán Toureille, según las palabras del capitán Lepine.

—Las recomendaciones nunca están demás—me decía;—y si yo hubiera hecho uso de todas las que me han ofrecido, seguramente, hubiera conseguido altos puestos ventajosos.

Debía estar en Dranville en los últimos días del mes de Marzo, dado que la escuadrilla de pesca zarpaba después del equinoccio.

Un patrón de Barfleur, cuyos negocios le reclamaban en Grandcamp, consintió en llevarme á su bordo. Debía partir un lunes por la mañana, á la hora de la bajamar, para llegar á Grandcamp con la pleamar; y el sábado, después de haberme despedido del señor Levêque y del patrón de su costero, marché á pie á Barfleur.

Por el camino reflexionaba:

—Realmente, una campaña de pesca en Terranova dura seis meses. ¿Qué más da que esté en Grandcamp ó en la costa americana? Es hasta menos triste, porque una vez de regreso en Francia, no tendría más que marchar á Barfleur para ver á Rosa y á la *tía* Langlois y entregarles mis economías.

La separación fué desgarradora. Fueron las dos hasta el barco del patrón que me llevaba á su bordo para Grandcamp, y la idea de que

me iba muy lejos les producía el mismo efecto que á mí. La *tía* Langlois repetía sollozando:

—¡Hijo mío, pobre hijo mío; ya no te veré más!

Entonces fué cuando comprendí la fuerza de voluntad que poseía Rosa.

—Sin embargo, mamá—dijo,—es necesario que Santiago aprenda su oficio. Si yo fuera hombre, haría lo mismo.

—¡Vamos; valor!—añadí, animado por las palabras de mi amiga.—¡No todos se quedan allá; muchos tornan, y yo confío en que volverá usted á verme!

—Como que puede decirse que el no volver es una excepción—repuso una voz detrás de nosotros.

Quien tal dijo era el capitán Lepine, el cual, noticioso de mi marcha, iba á darme los últimos consejos respecto á cómo debía presentarme al capitán Touraille de su parte y con la carta del pinche de Isigny.

—¡No se desespere usted, *tía* Langlois, y piense que el muchacho ha tomado una buena resolución! La vida que le espera es dura y penosa: es indudable; pero así se fortalecerá. Los que nunca han sufrido, no son hombres. La cuestión es tomarlo con ahinco y marchar con la idea de que pasará muchos trabajos. Eso ya lo sabe Santiago; pero sabe también que es

huérfano y francés, y tendrá más adelante obligaciones que cumplir, cuando llegue el momento de entrar en quintas.

—¡Sí, sí—dijo la *tía* Langlois;—ya lo sé! ¡Pero morir en la guerra no es lo mismo que morir en el mar, y no puedo acostumbrarme á la idea de que no vuelva!

—¡Eso son preocupaciones—repuso el Capitán,—y no debe usted pensar en ello! Además, que un marinero muera aquí ó allá, siempre es en lucha, ya con los hombres, ya con los elementos. El mar, créalo usted, *tía* Langlois, es el verdadero cementerio del marino.

—Juraría—añadió mirándonos á Rosa y á mí—que no piensan en eso en este momento. Si sienten alguna pena, es por separarse. ¿Me quiere usted decir, *tía* Langlois, qué sería de estos mozos si todo para ellos se presentara llano y corriente? ¡Es preciso aprender á vivir con las enseñanzas del dolor!

Y, para ocultar su emoción, añadió:

—Ya empieza la bajamar, y es tiempo de pensar en la partida. ¿No le parece á usted, Sebastián?—preguntó dirigiéndose al patrón de la barca que debía llevarme á Grandcamp.

—Sin duda—capitán Lepine:—lo antes posible será lo mejor; tanto más, cuanto que no hay brisa, y aun con toda la tela desplegada quizás no lleguemos á tiempo.

—¡Vaya, pues; abrazaos — dijo el Capitán,—y no tardéis mucho!

Me abracé á la *tía* Langlois con toda mi fuerza; mucho tiempo, mucho, confundiendo sus lágrimas con las mías.

No podíamos detenernos. Todo estaba listo en la barca del patrón Sebastián. Sólo me faltaba dar á Rosa el último adiós; pero aunque hubiera querido que durase mucho, la abracé rápidamente, casi con timidez, por las miradas de los que nos rodeaban y que conocían mi afecto sin límites por Rosa.

Sin embargo, pude decirle al abrazarla que ella sería siempre la primera y la única en mi pensamiento.

Sus labios murmuraron un tierno adiós. Desasiéndome de sus brazos, estreché emocionado las manos al capitán Lepine, y salté á la barca del patrón Sebastián. Largaron las amarras, y, llevados por la corriente, la barca tomó rumbo al Este, de suerte que el grupo formado por la *tía* Langlois, Rosa y el capitán Lepine desapareció como por encanto.

En el muelle de Grandcamp el patrón Robine se paseaba con Belhumain, y cuando des embarqué hubo una explosión de alegría.

—¿Eres tú, muchacho? ¿Ya vuelves?

—Sí—dije,—patrón Robine; pero por poco tiempo. No he querido marcharme sin despe-

dirme de usted, y á eso he venido, gracias á la bondad del patrón Bastián de Barfleur, que me ha traído en su barco.

—¿Luego nos abandonas?—repuso Belhumain.—¿Ya se acabó para ti la pesca á la traíña?

—Sí—le dije;—y confío en que no se molestarán ustedes. Gracias al capitán de carabineros de Barfleur, estoy alistado á bordo del *Capricho*, de Granville, para la pesca del bacalao. Además—añadí,—ya no soy un niño, y sé lo que debo á la viuda del patrón Langlois. Por eso dejo á ustedes, á pesar mío, lo asegurado; pero hay niños en casa del *tío* Hilario, y alguien tiene que pensar en ellos. Viviendo yo, la *tía* Langlois no debe pedir socorros á nadie, y por eso me voy.

—Está muy bien lo que haces—repuso el patrón Robine,—y cumples con tu deber. Quédate con Belhumain, y ve á casa á la hora de la sopa. Mañana te acompañaré hasta Isigny, porque tengo que hacer algunas composturas á bordo, y así podéis confiaros vuestras cosas y veros más tiempo.

Nos cogimos del brazo y nos fuimos á lo largo de la playa.

—¿Estás decidido?—dijo Belhumain.—¿Te vas?

—Es preciso; y lo que siento es que no vengas conmigo.

—Yo también me alegraría; pero ¿quién abandona al patrón Robine? Ya va haciéndose viejo, y todos los días repite que cuando cumpla con el Estado se retira y me deja su sitio. ¿No te parece que debo quedarme?

—Desde luego; tanto más, cuanto que con la barca te da á su hija.

—Es la verdad—repuso Belhumain.—¡Y no creo que haya en diez leguas á la redonda barca más sólida ni muchacha más bonita! Tanto, que á veces me pregunto qué he hecho yo para merecer tantos beneficios.

—¿Acaso no es lógico—repuse—que los muchachos buenos como tú obtengan su recompensa?

—Todavía faltan algunos años—replicó;—pero sólo de pensarlo se me alegra el corazón. ¿Qué más puedo pedir que Desideria y *La Pervenche*?

—¡En verdad que es una magnífica dote! Yo creo que para un pescador no hay nada como la familia, porque se trabaja con más alma cuando se sabe que le espera á uno en casa su mujer.

—Eso es lo que le falta al patrón Robine, y hasta creo que es lo que le envejece. Piensa que no tiene más que á Desideria, porque de las otras no quiere oír ni hablar. Las dos pequeñas se le han muerto en ocho días, sin que se

haya sabido de qué enfermedad. Dicen que fué del *croup*; pero, sea de eso ó de otra cosa, el caso es que se fueron, y que el patrón no se ha repuesto y piensa retirarse. El otro día habló conmigo. ¿Sabes lo que me dijo? Me dijo que fuera siempre derecho, sin temer nada, y que en caso de sobrevenir alguna catástrofe, todas sus precauciones estaban tomadas. Pero no hay que pensar en ello con un hombre fuerte y robusto como el patrón: cuando se retire ocuparé su puesto á bordo y le entregaré las cuentas en tierra. ¿Puedo soñar con mejor porvenir?

—Muy descontentadizo serías si no te alegraras con la suerte que te espera—le dije.—Tú tienes la barca del patrón Robine; pero yo no tengo nada absolutamente: tú, una vez libre de tu servicio militar, te casarás con Desideria, mientras yo no me atrevo á pensar en Rosa.

—Si te vas con esas ideas, vale más que te quedes aquí. Yo me hecharía al fuego por Desideria, y si tú no te sientes capaz de hacer lo mismo por Rosa, mejor es no tratar de ello.

—¡Al contrario! Háblame de Rosa cuanto quieras—le dije,—porque una vez lejos de ti, ya no tendré á nadie con quien franquearme, y durante seis meses estaré sin saber lo que ocurre en Barfleur.

—Es triste—añadió Belhumain;—pero los malos tiempos pasan pronto, y confío en que

hemos de volver á vernos con frecuencia.

Llegada la noche nos instalamos alrededor de la mesa del patrón Robine; pero; para recor, dar tiempos pasados, convenimos en que guisaría yo, como cuando estaba á bordo de *La Pervenche*.

Entre bocado y bocado, el patrón Robine me daba buenos consejos:

—Lo que vas á hacer es penoso, ¡muy penoso! Los de por aquí no conocen ese oficio; pero yo he oído hablar en Granville á marineros viejos en los tiempos en que dudaba yo entre intentar la aventura ó volverme á Grandcamp. Cuenta desde luego con peores temporales que los de por aquí. Pero ¿y la esperanza de volver con pingües ahorros? Los que tenemos los brazos y las piernas fuertes debemos sacar partido de ellos. Ya verás cómo tengo razón, cuando vuelvas; á menos que te avergüences de juntarte con nosotros después de haber navegado seis meses por Terranova.

—¡No diga usted eso, patrón! No habrá para mí mayor placer á mi vuelta que el de reunirme con los que, como usted, me han enseñado á ser lo que soy.

—Ya sé que eres un buen muchacho—repu-so,—y, sobre todo, sufrido para el trabajo. Mejor para ti, porque en nuestro oficio, del primero al último, hay que saber obedecer,

para que más tarde se pueda saber mandar. Ya os dirán todo eso cuando vayáis á servir á la patria.

Y tras un momento de silencio prosiguió:

—No olvidéis esto, muchachos. Lo mismo si navegáis en pleno Océano que si costeáis por aquí, el oficio es siempre el mismo; pero el hombre que cumple concienzudamente con su deber, al respetar á sus jefes aprende á hacerse respetar á si mismo más adelante.

Una vez en este terreno el patrón Robine no acababa nunca, máxime cuando sabía que le escuchaban.

Era ya tarde cuando Belhumain y yo llegamos á *La Pervenche* para acostarnos. Antes de bajar al camarote dirigí una última mirada al faro, que brillaba en el horizonte.

Á la mañana siguiente muy temprano me despedí del patrón Robine, y en compañía de Belhumain, á quien había concedido el patrón cuarenta y ocho horas de permiso, emprendí el camino de Isigny.

Cuando llegamos al hotel del *Racimo de Uvas* Desideria estaba en la cocina, y el pinche preparaba el almuerzo.

Al verle le rogué, enseñándole la carta que me había dado el año anterior, que me escribiese otra, si no tenía inconveniente.

Me contestó que así lo haría una vez termi-

nada su obligación, pues en aquel momento no podía dejar sus faenas, que eran urgentes.

Una vez terminado el almuerzo de los viajeros, el pinche se puso á mis órdenes, y redactó para el capitán Touraille una nueva carta más expresiva que la primera.

—Si le parece á usted—dijo Belhumain,—volveremos dentro de una hora.

—Perfectamente: así tendremos tiempo mientras come la servidumbre.

—Y nos dará á nosotros un rato para tomar un bocado por ahí.

Cuando volvimos después de almorzar en una taberna, la servidumbre estaba aún comiendo, y Desideria nos dijo que el dueño del hotel, furioso al saber que nos habían dejado marchar sin comer, había mandado hacer café para cuando volviésemos, además de repartir una ronda de aguardiente.

Después de alzados los manteles nos sentamos Belhumain y yo, dejando á Desideria en medio. Una vez que el pinche se hubo lavado las manos se colocó frente á nosotros, y comenzó la redacción de la carta. Yo le miraba escribir lentamente, con sumo cuidado, pasando la lengua por los labios, como si con eso lo hiciera mejor, y leyendo una línea antes de escribir la siguiente.

Mientras tanto las doncellas del hotel me

miraban con una aire de conmiseración profunda, creyéndose obligadas á compadecerme, pues tenían noticia por Belhumain de mi próximo viaje á Terranova. Recuerdo de una de ellas que, creyendō que iba directamente á la muerte, me dijo cándidamente:

—Según dicen, de allí no se vuelve; ¿verdad?

Al oír esto, el pinche, que por fin había terminado la carta, se echó á reír.

—¡Verdaderamente, Elisa, no sabes lo que te dices! ¿Acaso no he vuelto yo?

Y volviéndose hacia mí, me entregó la carta con aire dignísimo.

—Puede usted alabarse—me dijo—de navegar bajo las órdenes de un excelente marino: ya me contará usted sus impresiones si vuelve por aquí.

—Desde luego—repuse,—pienso volver y, además, prometo no olvidar nunca el recibimiento y la acogida que ustedes me han dispensado.

Y con la alegría de verme entre tan buena gente, abracé á todas las doncellas, repitiendo con algunas, sobre todo con Desideria, con gran satisfacción de Belhumain, que protestaba con lágrimas de alegría.

—¡Vamos, Santiago, vamos! ¡Eso no se hace! ¡Si no fuera porque te vas para mucho tiempo, tendrías que habértelas conmigo!

UNIVERSIDAD DE TORREÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"DR. JOSÉ REYES"
TORREÓN, MEXICO

—¡Bueno, bueno; puesta advierto, Belhumain que á mi vuelta será todavía peor!

El ómnibus que debía enlazar con el tren de Cherburgo á París estaba ya dispuesto á arrancar.

Después de las despedidas ocupamos los dos nuestro sitio, y el coche partió mientras nosotros correspondíamos á los saludos de los del hotel, que nos gritaban:

—¡Buen viaje! ¡Y no nos olvide usted cuando vuelva!

Por la tarde estaba en Granville, y acompañado de Belhumain me presente á bordo del *Capricho*, hermosa goleta de doscientas toneladas.

Precisamente el Capitán estaba á bordo, y cuando le dijeron que preguntaban por él se presentó.

—¿Qué desean ustedes?

—Capitán—le dije,—ya debe usted de tener noticias de mi visita por una carta del capitán Lepine, de Barfleur: además, aquí traigo para usted otra de Isigny.

Tomó la carta que le alargaba, y mientras la leía noté que su fisonomía era franca, abierta, y en toda ella se reflejaba la bondad.

—Está bien—dijo una vez que hubo terminado;—pero Lepine sólo me anuncia un marinero, y veo dos.

—Perdón, capitán—dijo Belhumain:—yo sólo he venido por no dejar marchar á un amigo sin acompañarle hasta el último momento.

—Así se debe hacer, y te aplaudo el modo de pensar; pero si hubieras querido, en el *Capricho* hay sitio para dos.

—Gracias capitán; si no fuera por el patrón Robine, de Grandcamp...

—Sí—dijo interrumpiéndole,—y por su hija Desideria.

Belhumain se puso rojo como un tomate, y el capitán Touraille, echándose á reír, le dijo:

—Ya que vuelves á Grandcamp, no te olvides de decir á José Pezet, el pinche del *Racimo de Uvas*, que su carta me ha complacido mucho, y que tendría gran gusto en verle.

—Se hará—dijo Belhumain;—se lo prometo á usted, capitán.

Éste, volviéndose hacia la popa, con voz fuerte llamó:

—¡Tanquerel!

—El interpelado acudió. Su tocado era sumamente estrafalario, y al primer golpe de vista se adivinaba en él una naturaleza brutal y malévol. Su rostro casi imberbe estaba desfigurado por marcas de viruelas, y sus ojos bizcos no presagiaban nada bueno.

—Tanquerel—dijo el Capitán,—este muchacho viene recomendado por antiguos amigos

míos: encárguese usted de designarle un puesto.

—¡Muy bien, capitán! ¿Ahora mismo?

—No; pero mañana tiene que estar ya enterado de lo que será su obligación, y en usted confío para ponerle al corriente.

Sin replicar Tanquerel se llevó la mano á la gorra y se alejó.

—Es mi segundo—nos dijo el capitán Touraille.—No he navegado nunca con él; pero por referencias sé que es un buen marino: un poco brutal, pero hay que resignarse y sopor-tar su mal humor. Conque buenas tardes, y hasta mañana á primera hora; ¿eh?

Dicho esto nos volvió la espalda y se dirigió á popa, donde los marineros trabajaban de firme. Belhumain y yo nos fuimos á cenar y á dormir á una posada próxima.

Al amanecer del día sigtiente nos separa-mos, y mientras Belhumain emprendía el ca-mino de la estación yo me dirigí al *Capricho*, cuya arboladura se destacaba en el cielo.

El segundo Tanquerel se paseaba por el puente, y cuando me divisé exclamó:

—¡Vamos, caracol! ¿Será necesario llevarte á remolque para que andes más aprisa?

Apresuré el paso, y pronto estuve á bordo. Al pasar al lado del segundo noté que apesta-ba á aguardiente.

—¿Cómo te llamas?—me preguntó.

—Santiago.

—¿Santiago qué?

—No lo sé.

—¿Te han recogido en algún camino?

—En un camino precisamente, no, capi-tán (1); pero fui recogido en el mar por el pa-trón Langlois en el puerto de Barfleur.

—¡Está bien—dijo duramente;—no me im-porta! Ya se lo contarás al capitán Touraille para que te inscriba en el rol y en el despacho del comisario. Porque supongo que tendrás tus documentos.

—Traigo todo lo preciso, capitán, y estoy á sus ordenes.

—Bueno: por ahora sólo te exijo que te vis-tas como los demás. ¿Tienes ropa?

—Sí, capitán: en mi saco traigo pantalones, botas de agua, camisas y una zamarra. ¿Es bastante?

—Ya veremos más adelante cómo arregla-mos las mudas. Por ahora se trata de saber qué es lo que puedes hacer.

Me interrogó con un tono áspero, que con-trastaba notablemente con la afabilidad del capitán Touraille.

(1) Á bordo de los barcos de pesca de bacalao el segundo tiene derecho á ese título.—(N. del T.)

Contesté satisfactoriamente á sus preguntas, y me dijo:

—Servirás para maniobrar; pero no te figures que aquí vamos á mimarte. Así que si no te sientes con valor, aún estás á tiempo.

Aunque tal advertencia me causó intensa tristeza, le contesté:

—Le juro á usted, capitán, que no tendrá por qué quejarse de mí.

—¡Eso dicen siempre los recién alistados! Pero á los que se descuidan, no los perdono; ¡te lo advierto!

Y se alejó.

El principio no era de lo más atractivo; pero el recuerdo de Rosa y de la *tía* Langlois me animaba, aunque no podía yo entonces figurarme los tristes días que me esperaban.



X

En los primeros días de Abril el *Capricho* aparejó.

No solamente se hacía él á la mar. Toda la escuadrilla de Granville salía al mismo tiempo, y el espectáculo que ofrecían tantos barcos, briks y goletas con toda la tela al aire, era imponente.

Los muelles y embarcaderos estaban atestados de gente. Las familias de los que se iban, madres, esposas, ancianos y niños, estaban en el puerto, y mientras los navíos salían lentamente se oía un confuso clamoreo, voces de adiós y gritos de cariño.

El pabellón tricolor ondeaba en todos los

Contesté satisfactoriamente á sus preguntas, y me dijo:

—Servirás para maniobrar; pero no te figures que aquí vamos á mimarte. Así que si no te sientes con valor, aún estás á tiempo.

Aunque tal advertencia me causó intensa tristeza, le contesté:

—Le juro á usted, capitán, que no tendrá por qué quejarse de mí.

—¡Eso dicen siempre los recién alistados! Pero á los que se descuidan, no los perdono; ¡te lo advierto!

Y se alejó.

El principio no era de lo más atractivo; pero el recuerdo de Rosa y de la *tía* Langlois me animaba, aunque no podía yo entonces figurarme los tristes días que me esperaban.



X

En los primeros días de Abril el *Capricho* aparejó.

No solamente se hacía él á la mar. Toda la escuadrilla de Granville salía al mismo tiempo, y el espectáculo que ofrecían tantos barcos, briks y goletas con toda la tela al aire, era imponente.

Los muelles y embarcaderos estaban atestados de gente. Las familias de los que se iban, madres, esposas, ancianos y niños, estaban en el puerto, y mientras los navíos salían lentamente se oía un confuso clamoreo, voces de adiós y gritos de cariño.

El pabellón tricolor ondeaba en todos los

barcos, y la brisa matutina hinchaba las amplias velas.

Una vez largadas las amarras sentí un involuntario estremecimiento: se rompía el último lazo que me unía á la tierra; y á medida que el *Capricho* se alejaba me parecía que un abismo insondable me separaba para siempre de los que amaba, y á quienes ya nunca volvería á ver.

—¿Vas á salir pronto de tu éxtasis, marino de agua dulce? ¿Ó crees que vas á pasar el tiempo con los brazos cruzados?

Á la vez un puntapié enérgico me arrancaba un grito de dolor.

Era el segundo Tanquerel, que me llamaba al orden.

—¡Aquí no necesitamos poetas! ¡Á popa, hay que enrollar unos cables! ¡Ya estás allí, y no me obligues á volver á decírtelo!

El capitán Touraille, en su puesto de mando y atento á la maniobra de salida, no parecía darse cuenta de lo que ocurría á su alrededor. Posteriormente he sabido que no había perdido ni un detalle de la breve escena que acabo de relatar.

Pronto dejamos de ver á los demás barcos, porque el *Capricho*, á pesar de su aspecto pesado, era un buen velero, y lo pilotaba uno de los mejores capitanes de la Mancha.

El tiempo nos favorecía y el viento no variaba, lo que no impedía que el segundo no cesase de ordenar maniobras.

Sin duda, la inacción le molestaba, y prefería tomar disposiciones insignificantes á descansar.

Tocante á mí, desde luego me convencí de que le era antipático y de que no perdía ocasión de dármele á entender.

Mucho más tarde he sabido que Tanquerel había sido compañero del señor Rampán, y que éste le había escrito un sinnúmero de calumnias respecto á mí.

¡Cuántas veces en las primeras semanas de travesía tuve que acudir al recuerdo de Rosa y de la *tía* Langlois para soportar las injusticias del segundo!

Mi paciencia y mi sumisión le irritaban, y á veces, con fútiles pretextos ó hasta sin ellos, me golpeaba cruelmente.

Llegaron á tanto los desmanes, que el capitán Touraille creyó oportuno intervenir.

Estábamos aún lejos de la ruta marcada, y el *Capricho* navegaba felizmente. Una tarde me hallaba apoyado en la borda contemplando la puesta del Sol, cuando un formidable puñetazo me sacó de mis meditaciones.

Bajo la impresión del dolor lance un grito, y volviéndome, vi al segundo Tanquerel con

los ojos chispeantes por efecto del alcohol y el puño cerrado y amenazante:

—¿Qué haces ahí? ¿Crees que te hemos alistado á bordo para que el mar te sirva de espejo?

—No debe usted pegarme, capitán—exclamé:—ya no soy un niño. Basta con que me dé usted órdenes para que las cumpla.

—¡Me parece que pretendes darme lecciones! Escucha, pues: te advierto que me eres antipático, y debes procurar andar muy derecho y no burlarte de mí.

—¿Burlarme de usted? ¿Por qué? No sé qué quiere usted decir, y...

—¡Silencio! ¡Que no oiga más el metal de tu voz, si quieres conservar intacta la piel!

Entonces se oyó una voz muy reposada. Era el capitán Touraille.

—¿Qué significa eso, y desde cuándo se dan órdenes con tales argumentos? ¡Á mi bordo no ha ocurrido nunca semejante cosa!

—Pero, capitán...

—¡Nada de peros, y basta ya! Si alguien le desacata aquí, yo me encargo del castigo. Y tú, Santiago, baja á mi cuarto: allí hablaremos.

Una vez en su camarote, el capitán Touraille me dijo:

—Desde que zarpamos de Granville observo. ¿De qué procede la hostilidad de Tanque-

rel hacia ti? Lo ignoro; pero es innegable. De hoy en adelante estarás junto á mí. Tú sabes escribir, y, sin duda, estarás fuerte en cuentas.

—Sí, capitán.

—Comprenderás que cuando volvamos no quiero que puedas decir á Lepine ó á Pezet que te ha martirizado un bruto alcohólico, del cual no puedo deshacerme como quisiera.

Gracias á tal favor se evitó una desgracia, pues ya no tenía yo edad para dejarme pegar de aquel modo, y menos para soportar las arbitrariedades del segundo.

Hacia ya tres semanas que el *Capricho* navegaba en condiciones excepcionalmente favorables, cuando espesas nieblas precedidas por golpes de viento, felizmente de poca duración, anunciaron la proximidad de los bancos.

Las precauciones eran cada vez mayores, y la dotación, comprendiendo el peligro, no retrocedía ante el trabajo. El segundo mismo se multiplicaba, y aunque ebrio de ordinario, daba órdenes con una precisión y una presencia de espíritu extraordinarias.

A veces, cuando todos estaban ocupados, me ordenaba maniobras difíciles, que yo cumplía sin réplica, como era mi deber.

Las palabras del patrón Robine acudían á mi memoria, y me decía á mí mismo:

—Verdaderamente, si sin disciplina no hay

nada posible á bordo de un pesquero ó de un mercante, ¿qué será á bordo de los barcos de guerra, donde hay centenares de hombres para obedecer á una docena de oficiales?

De tiempo en tiempo, por lo menos una vez al día, oíamos mugidos roncós, precursores de la presencia de algún barco de vapor.

Era algún trasatlántico que se anunciaba; pero, si bien se le oía, era imposible distinguirle, y el monstruo pasaba casi por nuestro lado, y no veíamos más que dos luces rojas veladas por la bruma.

Con el estruendoso estrépito de la espuma que levantaba su mole, pasaba á toda máquina, y nuestro primer pensamiento era:

—¡De buena hemos escapado! Acaso otros se hayan encontrado en su camino, y no hayan tenido la misma suerte.

No conozco nada en el mar tan terrible como la niebla y la nieve. Un navío en medio de ellas es como un hombre perdido en el desierto. Todo es aprensión para él; todo peligro amenazador. En el puente se agitan los hombres; pero á bordo del mismo sólo parecen sombras indecisas, y todo el tumulto del barco se funde, por decirlo así, en la niebla. Las más sonoras campanadas se apagan ó se atenúan en tales proporciones, que los hombres se oyen apenas hablar unos á otros.

Y siempre predomina el temor al monstruo de vapor que de un momento á otro puede surgir y deshacer el barco, casi sin notar el tremendo daño que ha causado.

En tales momentos el capitán Touraille no cerraba ojo, y á veces decía:

—¡Qué suerte tienen los que escapan de ese monstruo!

Al fin llegamos á nuestro destino sin haber sufrido contratiempos y sin enfermos á bordo. ¡Nunca campaña de pesca se había inaugurado bajo mejores auspicios!

El capitán Touraille estaba satisfecho, aunque impaciente por saber la suerte de los demás barcos de la escuadrilla de Granville y si se encontrarían todos reunidos en el fondeadero.

En los barcos la actividad era asombrosa. Los barcos de los puertos de armamento llegaban uno tras otro, sobre todo de Inglaterra, de Francia, de los Estados Unidos y del Canadá.

Algunos quedaban en los puertos de las islas para servir de almacén; es decir, que enviaban sus chalupas á la pesca, y éstas volvían con el cargamento.

Lo dejaban en tierra en establecimientos especiales, para secarlo y salarlo.

El capitán Touraille prefería quedar ancla-

do en el mar, á pesar de los peligros á que se exponía.

Tenía en Tanquerel un segundo insustituible, cuyos vicios estaban ampliamente compensados con las cualidades prácticas, y que conocía la pesca como ninguno.

Conocía los sitios de los bancos donde se hallaba el pescado, y los parajes en los cuales se podían encontrar los mejores bacalaos.

Lo importante en estas campañas es, no sólo llevar un buen cargamento, sino de excelente calidad.

Un día salimos, como de costumbre, al amanecer, á pesar de ciertos pronósticos de mal tiempo. El capitán Touraille mandaba una chalupa, y el segundo Tanquerel, otra.

La suerte quiso que fuera á bordo de este último; cosa poco importante, puesto que debíamos pescar unos cerca de otros.

Pero los planes mejor organizados fallan á veces, y en aquellos parajes hay que contar siempre con lo imprevisto.

Los barcos de la escuadrilla estaban aún á la vista en el fondeadero, cuando súbitamente sobrevino la niebla, y en breves instantes nos encontramos envueltos por densas masas de bruma.

Cuando las primeras capas se extendieron, el capitán Touraille nos gritó:

—¡Acercaos pronto, y poned la proa al *Capricho* sin pérdida de tiempo!

Tanquerel lanzó tres gritos estridentes con el fin de que el Capitán supiese nuestra situación, pues era evidente que nos buscaría. Pero sus clamores no tuvieron respuesta, y no nos quedaba más recurso que buscar el fondeadero al azar.

—¡Nos hemos lucido!—dijo el segundo.—Y lo peor es que no nos queda otro remedio que pasar la noche aquí, á menos que tropecemos con el *Capricho*.

—Sí—dijo un marinero ya viejo;—pero hay que contar con la resaca y con el viento.

—Desde luego—añadió el segundo;—pero llevamos brújula, y, bogando con precaución, podemos mantenernos en una ruta aproximada. ¡Cada cual á su puesto de remo, y cuidado, porque un choque sería temible!

Las velas eran inútiles, porque el viento había caído.

Tuve la desastrosa idea de hacérselo notar al segundo.

Confieso que no me incumbía dar mi opinión sobre la línea de conducta que debía seguirse; pero, de todos modos, no merecía mi advertencia la brutal reprensión con que fué acogida.

—¡Cierra el pico, grumete! ¡No necesitamos

pájaros de mal agüero, y, sobre todo, que no vuelva á oír tu voz! ¿Lo entiendes?

Apenas si le veía: tan compacta era la bruma. Se había puesto al timón, comprendiendo la responsabilidad que sobre él pesaba.

Los hombres que iban á los remos bogaban lentamente con precauciones infinitas, y las palas entraban y salían en el agua sin el menor ruido.

De repente oímos en el mar todos un ruido como de remolino, y nuestra chalupa empezó á bailar sobre las aguas.

El segundo advirtió la causa, y exclamó:

—¡Ojo alerta; un trasatlántico viene!

Le vi ponerse de pie, y al momento una masa enorme de color indefinido pasó con mugidos de sirena formidables.

Un grito ahogado nos sobrecogió á todos. El segundo Tanquerel, perdiendo el equilibrio, desapareció en la niebla y en el mar gritando:

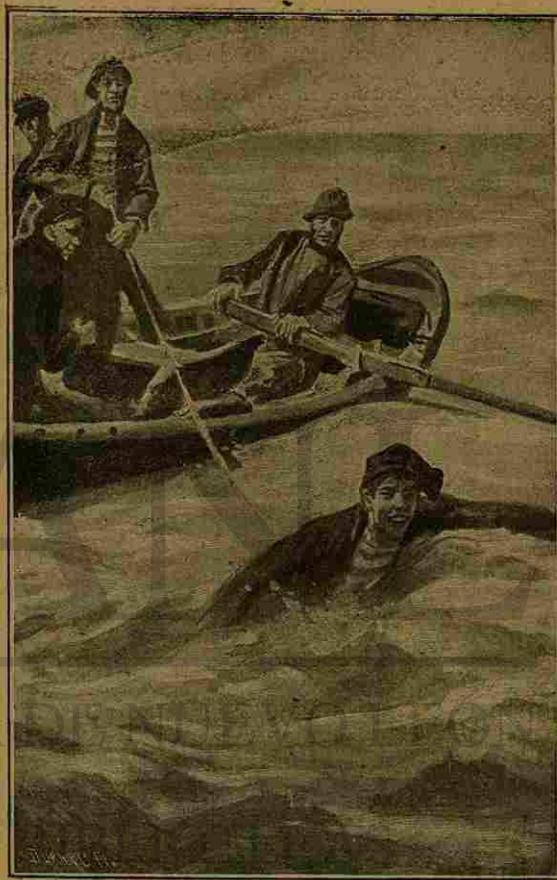
—¡Á mí; socorro!

Los remeros ciaron (1), y lanzamos los salvavidas, gritando todos á una:

—¡Por aquí! ¡Por aquí!

—No debe de estar lejos—dijo uno;—pero sería una locura lanzarse al mar para salvarle.

(1) Llámase ciar á remar en sentido inverso para detenerse.



- ¡A mí! ¡Socorro!

—Hay un medio—dije:—se podría atar una acuera á la cintura á uno de nosotros, y, nadando hacia donde hemos oído el grito, acaso le salvaríamos.

Apenas había acabado de hablar, la voz del segundo se dejó oír, y contesté:

—¡Aguarde usted, si puede, un momento!

—¡Pronto, porque estoy extenuado y voy á hundirme!

Me hice atar á la cintura una amarra, y al lanzarme al agua dije:

—Tened la cuerda entre varios, y no soltéis. Cuando yo de tres tirones, tirad de mí.

A la vez que nadaba rápidamente, gritaba llamando al segundo, con la idea de que, si pasaba por cerca de él, me oyese.

De repente me sentí agarrado por la pierna derecha.

Evidentemente, era el segundo, que al desaparecer bajo las aguas se asió á mí con la fuerza que presta el instinto de conservación. Su peso me arrastraba, á pesar de mis esfuerzos; pero tuve bastante presencia de espíritu para alargar el brazo y dar los tres tirones convenidos.

Ya era hora, porque, arrastrado por el segundo, me hundía: un siniestro velo cubrió mis ojos; contuve la respiración, y noté con

alegría que los compañeros tiraban de nosotros rápidamente.

Llegados á la barca, me agarré á la borda.

—¿No has visto nada?—me preguntaron.

—Sí—contesté:—el segundo viene agarrado á mi pierna. ¡Pero levantad pronto, porque debe de estar peor que yo!

Cuando nos subieron á bordo el segundo había perdido el conocimiento, y á duras penas pudimos desasir de mí sus crispadas manos.

Le extendimos en posición supina con la cabeza más baja que el resto del cuerpo, y empezamos á frotarle con espartos para activar la circulación.

Al poco rato comenzó á devolver agua, y abrió los ojos.

Estaba salvado; pero en la barca no llevábamos vestidos de cambio para él ni para mí, y estábamos los dos helados. Cuando Tanquerel recobró la palabra, lo primero que dijo fué:

—¿No hay quien pueda prestarme algo que esté seco?

Y viéndome, sin notar que estaba chorreando, añadió:

—¡Dame tu zamarra! ¡Á tu edad no hace falta eso para entrar en calor!

Un murmullo de indignación estalló entre la tripulación.

—De poco le serviría á usted, capitán—dijo

uno,—porque está tan mojada como la de usted. Sin el muchacho, á estas horas ya hubiera usted trabado amistad con los bacalaos.

—Entonces, dadme un poco de aguardiente para entrar en calor.

Se le dió lo que pedía, y opino que bebió demasiado.

Yo también bebí un gran trago, y pareció reconfortarme algo.

La situación no era de las más halagüeñas, y, para colmo de desgracia, anochece.

Sólo oíamos las blasfemias de Tanquerel, que en tan críticas circunstancias nos causaban un terror supersticioso.

Ebrio y enfurecido á la vez, pronunciaba frases incoherentes, en las cuáles mezclaba mi nombre con terribles injurias.

Súbitamente oímos varias detonaciones sordas que resonaban con intervalos iguales y que nos parecieron cañonazos.

—¡Es el *estacionario!* (1)—dijo uno.—¡Agucemos el oído y dirijámonos hacia él!

Tanquerel protestó vivamente, diciendo que á él únicamente incumbía dar disposiciones, y siguió hablando sin sentido, hasta que cayó en el banco que ocupaba.

Los cañonazos se oían cada vez con más

(1) Se da este nombre al barco encargado de recoger las embarcaciones perdidas.

fuerza, y una masa indecisa pasó cerca de nosotros. Todos los hombres de á bordo gritaron á la vez:

—¡Socorro! ¡Socorro! ¡Estamos por aquí! ¡Nos hemos perdido!

El estacionario se detuvo y nos interpeló:

—¿Quiénes son ustedes? ¿Qué hacen? ¿De dónde vienen?

—Somos pescadores perdidos en la niebla—respondió un anciano marinero,—y pertenecemos al *Capricho*, capitán Touraille, de Granville.

—Pues tomad precauciones y procurad acercaros.

El marinero que había hablado antes repuso:

—Largad un cable, y subiremos uno tras otro á bordo.

—Cogedle, y dejaos arrastrar hasta la escala—nos contestaron.

Así lo hicimos. La única dificultad fué izar á bordo de la *Clorinda*, fragata mixta del Estado, al segundo Tanquerel.

El oficial de cuarto, teniente de navío que presidía nuestro salvamento, no pudo menos de preguntar:

—¿Qué es *eso*?

—*Eso*, mi comandante, es el segundo del *Capricho*, que por poco se ahoga. Cayó al agua, y gracias á este muchacho está aquí.

—Ese hombre está borracho, y no creo que el agua de mar produzca la embriaguez—repuso el oficial.

De repente el segundo volvió en sí, y empezó á gritar con toda su alma:

—¿Qué dicen esos imbéciles? ¿Quién se alaba de haberme salvado?

—Este muchacho—dijo el oficial.—No se alaba de ello; pero tengo un consejo que dar á usted, ó mejor, una orden: que se calle.

Pero Tanquerel no se hallaba en estado de escuchar órdenes ni consejos, y empezó á insultar al oficial, hasta que éste ordenó que le llevaran á sitio seguro.

El Comandante, á quien se había dado cuenta de nuestro hallazgo, ordenó que nos dieran á todos *grog*s (1) y vestidos secos. Una vez así acondicionados, nos dormimos. Al despertar ya era muy de día, y no quedaba en el mar rastro alguno de la niebla.

Éramos los únicos pescadores recogidos, y no sabíamos si el capitán Touraille había tenido la suerte de encontrar el *Capricho*.

Pronto lo supimos, pues la *Clorinda* se dirigió hacia aquél, é hizo las señales necesarias para llamar al Capitán.

(1) Bebida reconfortante compuesta de té, agua caliente, cognac y azúcar.

Lanzaron la chalupa, y el capitán Touraille, que iba al timón, nos reconoció antes de llegar.

Una vez á bordo el oficial le explicó cómo nos había recogido, añadiendo que el segundo Tanquerel estaba en el cepo por haber proferido injurias, y que no debía contar con él por lo menos en quince días.

Para confirmar sus palabras ordenó que Tanquerel compareciera á su presencia.

Apareció descompuesto y lívido, protestando, y diciendo que nadie le había salvado, porque no hay salvamento cuando el que lo realiza se hace atar antes una cuerda á la cintura.

—¡Silencio!—dijo el oficial; y dirigiéndose á mí, me invitó á que relatara el caso.

Lo hice brevemente, tal como había sucedido, y mis palabras fueron confirmadas por la tripulación de la chalupa.

Dirigiéndose al capitán Touraille, el oficial repuso:

—Comprenderá usted, capitán, que ese hombre merece un castigo; no sólo por eso, sino por su insolencia. Quince días de cepo con agua por bebida, le refrescarán; y lo mejor que puedo aconsejarle es que se deshaga de él lo antes posible.

El capitán Touraille no podía menos de inclinarse ante las disposiciones del superior, y,

después de repetir las gracias por nuestro salvamento, se retiró con nosotros.

Cuando algunas semanas después aparejamos con nuestro cargamento completo con rumbo á Francia, Tanquerel estaba ya de nuevo á bordo; pero no fué difícil comprender que se proponía vengarse en mí de todo lo que le había ocurrido.



XI

El castigo sufrido por el segundo no era lo más á propósito para inspirarle ideas de benevolencia.

El capitán Touraille ejercía sobre él una vigilancia activa, y, aunque le había dejado en su puesto de segundo, se proponía prescindir de él en cuanto llegásemos á Granville.

Yo no pensaba más que en esto para ver á Rosa y á la *tta* Langlois, y, á mi parecer, el *Capricho* llevaba marcha de tortuga.

Los hombres, echados en el puente, no tenían nada que hacer: tan bello estaba el mar, y tan tranquila la atmósfera.

Yo continuaba bajo las órdenes del capitán

Touraille, que procuraba instruirme; es decir, enseñarme lo que él sabía.

Estaba encargado del servicio de su camarote, en el cual tenía entrada libre, y quizás por eso el segundo no me trataba como antes, temeroso de que me quejara al Capitán.

Navegábamos hacia Francia con tiempo magnífico, cuando un terrible acontecimiento sobrevino á bordo.

Una tarde el capitán Touraille, solo conmigo en su cuarto, me dijo:

—¡Santiago, me han robado!

—¡Robado!—exclamé.—¿Y cómo ha sido eso, capitán?

—Mira—me dijo, indicándome con un gesto un armario.

La puerta del mismo estaba descerrajada, y el capitán Touraille añadió:

—Me han quitado de ahí un fajo de diez billetes de cien francos.

—Capitán—exclamé indignado, —¿sospecha usted de mí?

—No—contestó;—pero ¿por qué defenderte antes de que te acusen?

—¿Por qué, capitán? Muy sencillo. ¿Acaso no sabe toda la tripulación que este cuarto está siempre abierto para mí y que paso aquí la mayor parte del día?

—Es cierto—dijo;—pero ¿y qué?

—Nada, capitán. Sin embargo, daría cualquier cosa por que el culpable fuera conocido en seguida.

—Le encontraremos, descuida; y será en breve.

Al extenderse la noticia á bordo del *Capri-cho*, produjo honda impresión. El robo era patente: había que dar con el ladrón.

El capitán Touraille hizo un registro general; pero inútilmente. La tripulación, á pesar de todo, reflexionaba de la siguiente manera:

—¿Quién entra libremente en el camarote del Capitán? Sólo dos personas: el segundo Tanquerel y Santiago Barfleur (1).

Aquellas murmuraciones me atormentaban. ¿Acaso la dotación sospechaba de mí?

No, no sospechaban; pero, temiendo ser acusados, indagaban la causa de lo ocurrido, y, naturalmente, pensaban en los que á todas horas entraban en el camarote del Capitán. ¡Y sólo entrábamos Tanquerel y yo!

Al no descubrir nada, el capitán Touraille me preguntaba á cada instante:

—Pero ¿tú no has visto nada? ¿No sospechas de nadie?

—De nadie, capitán; todo esto es para mí un misterio inexplicable.

(1) Es costumbre en Francia dar á los niños abandonados el nombre del pueblo donde los recogen.—(N. del T.)

—Lo cierto es que mis billetes no parecen, y me figuro que el ladrón no los habrá tirado al mar.

—No, capitán. No quisiera acusar á nadie; pero comprenda usted que es muy triste para mí pensar que acaso dude usted de mi honradez.

—No—dijo bruscamente:—no dudo de ti; pero es preciso aclarar todo esto antes de desembarcar en Granville. Si de hoy á entonces no tengo indicios, no saldrá nadie de á bordo antes de la visita de la policía.

Tanquerel no cesaba de repetir que diez billetes de cien francos no se los lleva el aire, y que había que encontrar al ladrón á toda costa.

Y diciendo esto me miraba de reojo con tan mala intención, que un día no pude resistir más, y le dije:

—¿Por qué me mira usted así? ¿Acaso quiere usted dar á entender que tengo parte en el asunto?

—Es posible—dijo,—ó, por lo menos, no es absurdo.

—Capitán—repuse al cabo de un momento,—esto no puede continuar. Hay un ladrón á bordo del *Capricho*, y la tripulación exige que le encontremos.

—¿Tiene usted indicios?—preguntó el capitán Touraille á Tanquerel.

—¡Acaso!—respondió el segundo.

—¿Cuáles? ¡Explíquese usted!

—Primero, capitán, dé usted orden de sujetar á este muchacho.

—¿Á Santiago?—exclamó sorprendido el capitán.—¡Me figuro que será una broma!

—La cosa no es digna de bromas, capitán—contestó Tanquerel.—El ladrón es él.

Un rayo que hubiera caído á mis pies no me hubiera anonadado tanto.

—¿Yo? ¿Yo?—exclamé.—¿Se me acusa á mí?

—¡Á ti—dijo Tanquerel;—y fácil es probarlo!

Se lanzó sobre mí, y mientras dos hombres me sujetaban pasó la mano á lo largo de mi zamarra, diciendo:

—Esté usted tranquilo, capitán: estoy seguro de encontrar lo que busco.

—Y de repente exclamó:

—Acérquese usted, capitán, y toque.

El Capitán se aproximó, y cogiendo la punta de la zamarra que le alargaba el segundo, notó el crujido de un papel sedoso bajo los dedos.

Dió orden de descoser la cenefa de mi zamarra, y una vez terminada la operación, sacó con el pulgar y el índice un billete de cien francos.

¿Qué ocurrió entonces? No sabría decirlo. El

último recuerdo que me resta es el choque de mi cabeza contra el puente del *Capricho*; cuando salí de mi letargo estaba en el cepo. No sin trabajo logré reconstituir la escena del puente y la aparición del billete como prueba irrefutable de mi acción.

Poco después el capitán Touraille entró.

—Capitán—le dije,—óigame usted...

—Precisamente á eso vengo, y en tu lugar preferiría confesarlo todo.

—¿El qué?—interrumpí.

—El sitio donde has escondido los nueve billetes que faltan. Confesándolo te iría mejor, puesto que ya no faltaría nada.

—Pero, capitán—dije con gran esfuerzo,—¿cómo puedo decir una cosa que no sé?

—No querrás hacerme creer que ese billete se ha puesto solo en tu zamarra.

—No, señor. Alguien lo ha cosido.

—¿Alguien? ¿Quién?

—¿Cómo quiere usted que yo lo sepa, capitán? Pero quienquiera que sea, puede guardarse tranquilamente los nueve billetes restantes, puesto que usted cree que el ladrón soy yo.

—No se trata de acusar para salvarte. Si tienes alguna sospecha, manifiéstala; si no, sé más circunspecto y no pretendas embrollar el asunto.

—No puedo decir más sino que soy inocen-

te. Si pudiera usted leer en mi corazón, se arrepentiría de las duras palabras que me ha dirigido.

—Bueno; pero eso no impide que todo esté contra ti.

—Lo confieso, capitán; así es. No es culpa de usted. Yo en su lugar haría lo propio. Sólo le pido que me dejen solo.

—Ya puedes figurarte lo que te espera en Granville.

—¿El qué, capitán?

—Que los guardias vendrán á buscarte á bordo para llevarte á Coutances con esposas en las manos y conducirte entre los caballos por la carretera.

—Está bien, capitán. No resistiré á nada; pero una vez en Coutances, contaré á los jueces lo ocurrido en el *Capricho* desde que aparejó, y ya encontraré testigos que puedan afirmar que hasta el día del robo he cumplido con mi obligación y nadie á bordo ha tenido que quejarse de mí.

—En fin—repuso,—el hecho existe, y eso es lo que hay que destruir.

—¡Sí; soy tan desgraciado, que si estuviera solo en el mundo, le pediría á usted que me tirase al mar!

—Acaso valdría más para ti y para los de allá.

—¡Pues bien; hágalo usted, capitán, ya que me cree usted culpable! ¡Lo único que le suplico es que diga al capitán Lepine y al señor Pezet que me ha llevado un golpe de mar!

Y añadió:

—En cuanto á hacer creer á la *tía* Langlois, á Rosa y al patrón Robine que Santiago Barfleur es un ladrón, no lo dude usted, capitán, no lo conseguirá usted nunca.

—Pero ¿y ese billete guardado en el dobladillo de tu zamarra?

Aquí le interrumpí exclamando:

—¿Y por qué no los habría cosido todos?

Reflexionó algunos instantes; pero repuso:

—Tú eras el único que sabía que estaban en el armario. Los guardé delante de ti; así es que á tu delito se unirá el abuso de confianza.

Y dicho esto, se alejó.

Una mañana el doctor de á bordo fué á verme, y tomándose el pulso me dijo:

—¿No te parecería bien tomar un poco el aire en el puente? Estoy seguro de que el Capitán no se opondría.

—Gracias mil veces, doctor; pero no me atreví á soportar las miradas de mis compañeros. Por eso mi deseo es no salir de aquí: estoy bien, y aún estaría mejor si estuviese cierto de que iba á morirme.

Me miró fijamente, y añadió:

—Me pareces muy joven para tener esas ideas. A tu edad, se tiene más apego á la vida.

—Y yo lo tengo, doctor, más que nadie. Pero ¿acaso usted no me cree perdido?

—El caso es que todas las apariencias te perjudican.

—Ya lo sé; pero si alguien me ayudase, acaso llegaría á demostrar que soy víctima de un malvado.

—¿De quién?—exclamó.

—Del segundo Tanquerel, un mal hombre que siempre me ha deseado mal.

—No me es simpático tampoco. ¿Crees que ha cosido el billete en tu zamarra para librarse de responsabilidades?—me preguntó.

—Estoy convencido de ello; pero ¿cómo probarlo?

—Lo ignoro; mas hay que buscar la prueba.

—¡Gracias! ¡Gracias!—exclamé.—¡Puesto que alguien se interesa por mí, ya estoy salvado!

—Llora, que así descansarás, y, en todo caso, cuenta conmigo.

Dos días después el *Capricho* llegaba á la vista de Granville. Para esperar la hora de la marea el capitán Touraille mandó echar las anclas. Era de noche, y el *Capricho* no podía amarrar en los muelles de Granville hasta la marea del alba.



XII

Al amanecer el capitán Touraille dió orden de botar la chalupa. Tomó él mismo el timón, llevando en su compañía al médico de á bordo, que, sin duda, no estaba disgustado de volver á poner los pies en tierra francesa.

Gracias á él tenía autorización para circular por el puente del *Capricho*. Le agradecí el interés que se había tomado por mí, porque la tripulación no se portaba mal conmigo.

Yo era quien estaba avergonzado en su presencia, anonadado por la infamante acusación que sobre mí pesaba, y no me atrevía á mirarlos cara á cara. ¿Acaso no me tenían por ladrón?

Prohibición absoluta para todos de salir de

á bordo. Tal había sido la última orden del Capitán.

El segundo Tanquerel no estaba conforme con tal disposición, á juzgar por los nerviosos paseos que daba por el puente desde el botelón á la popa, como si estuviese altamente contrariado.

Una vez que la chalupa se hubo perdido de vista empezó á dar órdenes de baldeo, mandó arreglarlo todo para que, una vez el *Capricho* amarrado en la dársena de Granville, hiciese buen papel.

Pero cuanto la tripulación ejecutaba le parecía mal, lo cual no impidió que diera multitud de órdenes inútiles.

Poco después divisamos la chalupa que volvía á bordo.

El Capitán iba en el timón; pero, además de los que le acompañaban á la ida, había con él tres personajes más: dos gendarmes de uniforme y el comisario de policía de Granville.

Á medida que la chalupa avanzaba mis pensamientos se ensombrecían. Todo aquello era por causa mía, y el segundo, que pasaba con frecuencia á mi lado lanzándome miradas de rencor, contribuía á aumentar mi tristeza.

Una vez á bordo el Capitán ordenó que se subieran al puente todos los sacos de la tripulación, y, ya arreglados, el comisario de poli-

cía procedió á examinarlos con la mayor es-
crupulosidad.

Las ropas del segundo no escaparon de la
pesquisa; pero no se halló nada. Yo era el
único culpable, el único ladrón, y todo se vol-
vía contra mí.

Al subir la marea el *Capricho* se dirigió al
puerto, y, ya amarrado, los marineros desem-
barcaron con sus bagajes, de suerte que que-
damos solos á bordo los dos guardias, el comi-
sario, el capitán Touraille y los marinos de-
signados para la guardia del barco.

—¿Sigues en tu propósito?—me dijo el Capi-
tán.—¿No quieres confesarlo?

—No tengo nada que confesar, capitán;
porque aunque lo hiciera, habría que encon-
trar los nueve billetes restantes, y yo no los
tengo.

En aquel momento el segundo Tanquerel
exclamó saltando de á bordo:

—¡Quién sabe si por quedarse con uno habrá
tirado los otros al mar!

El Capitán no dijo nada al principio; pero
cuando el segundo estuvo en tierra, le inter-
peló:

—Tanquerel, si le parece, puede usted alis-
tarse en otro barco: yo ya no le necesito.

Tanquerel replicó con extraordinaria au-
dacia.

—Capitán, ¿no está usted contento de mis
servicios?

—No tengo que darle cuenta de mis actos—
contestó éste;—por lo tanto, le ruego que se
aliste donde quiera.

Pronto me llegó el turno para desembarcar;
pero ¡cómo! ¡Sólo al pensarlo la vergüenza en-
ciende mi rostro!

Entre los dos guardias me llevaron á la cár-
cel. De lejos el Capitán y el médico nos se-
guían sin perdernos de vista.

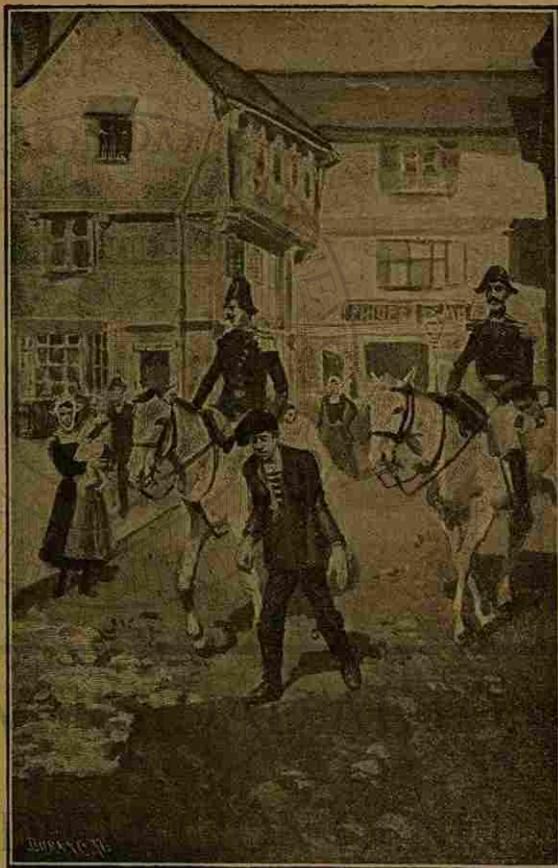
En la celda en que me encerraron mis pen-
samientos volvieron á ser tan tristes como á
bordo.

—¡Estoy perdido—me decía á mí mismo;—
perdido para siempre! Si el capitán Touraille
no ha querido creer en mi inocencia, ¿cómo
van á creer los jueces? ¡Aunque diga lo que
diga, nadie me hará ya caso!

Al día siguiente abrieron la puerta de mi
celda, me pusieron esposas, y entre dos guardias
á caballo crucé el pueblo para llegar á la ca-
rretera de Granville á Contances.

De trecho en trecho aldeanos madrugadores
se cruzaban con nosotros, y se detenían.

Sin levantar los ojos, adivinaba que me mi-
raban, preguntándose qué crimen podía haber
cometido para que me llevaran las manos ata-
das y entre los guardias.



Me pusieron esposas, y entre dos guardias á caballo
crucé el pueblo.

Algunos interrogaban á éstos:

—¿Adónde llevan ustedes á este ciudadano?
¿Qué clase de crimen ha cometido?

Los guardias no contestaban y permanecían
indiferentes á las miradas de los que pasaban.

Antes de partir de á bordo había yo dicho
al capitán Touraille:

—Capitán, si quiere usted hacerme un favor,
le suplico que escriba al capitán Lepine, de
Barfleur, y le cuente todo lo ocurrido. Él in-
formará de mi situación á *tía* Langlois.

—Así lo haré—respondió el Capitán;—pero
oye bien: por última vez, dime dónde están los
billetes que faltan. Retiraré mi demanda, y
podrás marcharte á ganar la vida ó á que te
ahorquen en otro lado.

—Capitán—repuse,—nada tengo que decir.
¿No le ha dicho el segundo que los he tirado
al mar? Si cree usted eso, ¿cómo quiere que los
encuentre?

—Está bien; hay cosas que no pueden expli-
carse aquí, y que los jueces aclararán. ¡Mal ca-
mino has tomado!

En la cárcel de Coutances recibí dos cartas.
Una muy severa del capitán Lepine, que me
creía culpable; otra, conmovedora, de *tía* Lan-
glois.

—Iré á Coutances—me decía,—iré á pie si es
preciso, y antes de condenarte tendrán que

oírme. El capitán Lepine vendrá conmigo para contar todo lo que has hecho por nosotros, mi pobre Santiago, aunque él cree que eres culpable y contesta á mis razonamientos diciendo:

«—¿Qué quiere usted, *tía* Langlois? ¡Los hechos están bien patentes!»

Nada nuevo ocurrió durante la instrucción del sumario, y sólo podía tener la esperanza de que en la audiencia ocurriera algo que variase el curso de los acontecimientos.

Una mañana un joven entró en mi celda y me dijo sin preámbulos:

—Soy su abogado, si es que á usted le conviene que lo sea. No he podido negarme á ello, por habérmelo rogado el doctor del *Capricho*, antiguo amigo mío, y á pesar de todas las dificultades, me encargo de la defensa de usted. Según me ha contado Dalidan, hay en esto cosas inexplicables. Lo único que le pido es una sinceridad completa. Su capitán no está mal prevenido contra usted; pero hace como los demás: cede ante la evidencia. Antes de todo, responda usted á esto: ¿es usted el ladrón?

Fué tal mi emoción al oír esta pregunta, que no pude contener las lágrimas. Al cabo de un rato añadió:

—Le ruego que me cuente sin omitir ningún detalle todo lo referente á su estancia en el *Capricho*. Á veces hay circunstancias fútiles

en apariencia, pero que á nosotros nos favorecen. Dalidan me ha contado la hostilidad del segundo Tanquerel hacia usted, y eso podría significar algo importante; tanto más, cuanto que su reputación en Granville deja mucho que desear.

Con una claridad que me sorprendió á mí mismo le conté lo que me pedía, sin omitir nada.

¡Con qué impaciencia esperaba el día de la vista de mi causa! El abogado me aconsejaba valor, y yo tenía plena confianza en él.

El día tan esperado llegó al fin. Cuando entre dos guardias me senté en el banquillo de los acusados, todo empezó á dar vueltas en torno mío.

No veía al público, ni al presidente, ni aun á mi mismo abogado.

Cuando volví en mí reinaba en la sala un profundo silencio.

—¡Acusado, levántese usted!—dijo el Presidente.

Me levanté maquinalmente, y con gran trabajo contesté á sus preguntas, relativas á mi nombre, edad, etc.

—Está usted acusado—repuso—de un robo de mil francos cometido en perjuicio del capitán Touraille, comandante de la goleta de pesca el *Capricho* de Granville. Se ha encontrado un

billete en el dobladillo de su zamarra, y desde entonces no ha querido usted dar explicación ninguna á ese hecho. ¿Persiste usted en tal sistema de defensa?

—Sí, señor—repuse;—pero no es un sistema, porque si no hablo de los nueve billetes desaparecidos, es porque ignoro su paradero: y respecto al que se encontró en mi zamarra, no sé quién pueda haberlo cosido allí.

—Durante el sumario—repuso el Presidente—no ha manifestado usted ninguna sospecha. Sus antecedentes, aunque muy favorables, no son suficientes para desvanecer la idea de una tentación de su parte.

En aquel momento vi á mi defensor, que me miraba fijamente, y su presencia me infundió ánimo.

—No soy un ladrón, señor presidente; nunca he cogido nada de nadie: no puedo decir otras cosa.

En la sala se oyó de repente un gemido. Todo el mundo volvió la cabeza antes de que pudiera yo ver de dónde partía, y una voz muy conocida exclamó entre sollozos:

—¡Santiago! ¡Hijo mío! ¡Pobrecito!

Era *tía* Langlois, según supe luego, que había legado aquella misma mañana.

Al verla tan desconsolada, no pude menos de exclamar:

—¡Tía! ¡tía! ¿Por qué ha venido usted?

El Presidente, agitando la campanilla, cortó el incidente mandando sacar de la sala á *tía* Langlois.

Una vez terminado el interrogatorio, se procedió á oír á los testigos.

Empezó el desfile; pero los testigos de cargo no eran muchos: el capitán Touraille, como víctima del robo, y el segundo Tanquerel, que se ingenió en demostrar que nadie más que yo podía haber cometido el delito, y lo hizo con tanta energía, que el Presidente intervino.

—Aun cuando la culpabilidad de este muchacho le fuera á usted patente, no debería olvidar que en cierta ocasión le salvó la vida.

Entonces fué cuando conocí que el segundo, según su costumbre, estaba ebrio. Al oír las palabras del Presidente sus ojos llamearon, y con rabioso acento dijo:

—¿Él, él? ¡Mentira!

Mi defensor se levantó, y con acento enérgico dijo:

—Ruego á los señores jurados que se fijen en el estado de sobrexcitación del testigo, y en el poco respeto que le inspira el tribunal presentándose así ante su presencia.

Tanquerel se volvió iracundo hacia él; pero antes de que pudiera hablar, el Presidente dijo:

—Siéntese usted, y procure estarse quieto. Aquí no se asusta á nadie.

Siguieron desfilando los testigos, conviniendo todos en mi buen comportamiento y en la imposibilidad de que fuera el ladrón.

Un incidente de gran interés se produjo en la sala á consecuencia de una pregunta de mi abogado. Dirigiéndose al Capitán, le dijo:

—Capitán, ¿recuerda usted algún detalle especial de los diez billetes que le faltan?

—No, señor: lo único que recuerdo es que estaban prendidos con alfileres.

—Perfectamente; pero ¿tiene usted la seguridad de que estaban en esa forma?

—Completa, pues tengo costumbre de hacerlo siempre del mismo modo.

—Pues bien—dijo el abogado;—habría que comprobar si el billete encontrado en la zamarra de mi defendido tiene trazas de haber estado sujeto en esa forma.

Así se hizo, y el billete pasó de mano en mano, oyéndose estas ó parecidas exclamaciones:

—No tiene la menor señal de alfiler—decía uno.

—El billete está sucio y viejo; pero no tiene ningún agujero—decía otro.

Y mientras los jurados lo examinaban, mi abogado repuso:

—Entiendo, señores, que esto constituye una presunción de las más favorables respecto de mi cliente. Me propongo explicarme más adelante con mayor extensión, y me reservo demostrar que el delincuente está acaso aquí, pero no en el banquillo.

Después de esto el Presidente suspendió por media hora la vista. Iban á informar el ministerio fiscal y mi abogado.

El Presidente, en uso de sus facultades, ordenó que esperaran todos los testigos, cosa que desagradó notablemente á Tanquerel, que de rojo que estaba al principio, se había puesto lívido viendo el mal giro que tomaba el asunto.



XIII.

Terminada la media hora de suspensión, el Presidente concedió la palabra al Procurador de la República. Al oírle aparecía yo como un criminal consumado. Según él, no era posible la duda, á pesar de mis irreprochables antecedentes.

—No es raro—decía—ver esas capitulaciones de conciencia: se ven hombres de intachable conducta caer de repente en los abismos del crimen.

Respecto al billete encontrado en mi poder, y que no llevaban la marca de los alfileres, según el fiscal, no pertenecía al fajo robado, sino que era mío propio pero lo había ocultado para evitar toda sospecha. Tal acción era para

él el colmo de la perversidad, reveladora del hábito inveterado de ejecutar combinaciones maquiavélicas.

Al escucharle pensaba yo qué le habría hecho á aquel hombre para que me acusara de talmodo, y me parecía que si el tribunal me condenaba le hubiera causado viva satisfacción.

¡De cuántos crímenes me acusó! Se empieza por el robo, y se termina por el homicidio—decía. Finalmente, dirigiéndose al Jurado, declaró que la sociedad estaba corrompida, y que el tribunal debía castigarme con algunos años de cárcel.

Naturalmente, tales palabras me causaban emoción profunda. Ya me veía condenado, preso, ahorcado, y lágrimas de fuego surcaban mis mejillas.

¿Qué diría mi defensor para rebatir todo aquello?

Cuando se levantó para hablar, mi corazón latía violentamente; deseaba que abreviaran mi suplicio y me condenaran en seguida.

Mis ojos se fijaron en él. Estaba en pie y casi sonriente. Con voz clara empezó su discurso.

—Con la venia de la presidencia—dijo.—Mi tarea, señores jurados, á pesar de las severas palabras del fiscal; no es difícil; y si aún quedan en vosotros algunas dudas sobre la hon-

rradez de este muchacho, espero que pronto se disiparán. Insisto principalmente en el detalle importantísimo de que los billetes robados llevaban señales de estar prendidos con alfileres, mientras que el encontrado en la zamarra de mi cliente no tiene señal ninguna. Como ha dicho el señor fiscal, eso no tendría importancia en cualquier otra ocasión; pero aquí sí, por la causa siguiente: nunca, desde su alistamiento á bordo del *Capricho*, este muchacho ha podido tener en su poder, la, para él, enorme suma de cien francos. Cuanto ganaba era enviado mensualmente á su madre adoptiva, no por él, sino por el capitán Touraille. Éste es todo el maquiavelismo de los actos de Santiago Barfleur. Ruego al capitán Touraille que se sirva manifestar si está de acuerdo con mis palabras.

El Capitán lo hizo, y el abogado prosiguió:

—Ya lo oís, señores jurados: nunca mi cliente ha estado en poder del dinero que ganaba

»En tales condiciones, yo os pregunto con toda sinceridad: ¿cómo se hubiera proporcionado, á no ser por el robo, el dinero encontrado en su zamarra?

»Hay en todo esto otra cosa que no debe escapar á la acción de la justicia; es decir, otro ladrón, el verdadero autor de la sustracción de los mil francos, y ése no está lejos de aquí.

»¿Cómo es posible que en su elocuente discurso el señor fiscal haya dado por definitivamente probada la culpabilidad de mi defendido, sin tener en cuenta su vida pasada, sus excelentes condiciones, su resignación respecto á los malos tratamientos del segundo Tanquerel, y, por último, el salvamento de éste por mi cliente en condiciones excepcionales? El segundo Taranquel es de esa clase de hombres á quienes un favor molesta. No ha cesado de probarlo desde entonces; y si este muchacho está aquí, es debido á sus denuncias á sus maquinaciones.

»Por lo tanto, y sabiendo que Barfleur no cobraba nunca, era imposible que el billete fuera suyo. El nombre de la persona que lo guardó allí y lo descubrió luego, estoy cierto de que está en todos los labios; pero quiero tener la satisfacción de decir muy alto que si el culpable está aquí, no tenéis más que buscarle en el banco de los testigos.

Después de una breve pausa, durante la cual todos los ojos estaban fijos en el segundo Tanquerel, que permanecía con la cabeza baja, mi defensor prosiguió:

»Ahora, señores jurados, la escena del robo no es difícil de reconstituir. No olvidéis el odio del segundo Tanquerel hacia mi defendido; odio que se manifiesta desde los primeros días

de su llegada á bordo. ¿Por qué? Porque el capitán Touraille concedió su benevolencia á este muchacho, muy recomendado por antiguos amigos suyos. Esos odios son los peores. Cuando se detesta á una persona sin saber por qué, se la detesta de veras. En este caso se aumenta por la necesidad de agradecer un favor recibido. Si el segundo Tanquerel ha podido venir aquí á prestar su declaración, tan infame como inadmisible, se lo debe á mi cliente, que le salvó de una muerte cierta.

»Y voy al robo de los diez billetes de cien francos. ¿Dónde están? Difícil sería encontrarlos, disipados, sin duda, en las orgías habituales del segundo Tanquerel, á menos que no se haya atrevido á separarse de ellos, ó que no los lleve encima.

»El hombre que ha tenido la idea de coser en la zamarra de Barfleur un billete de cien francos, puede haber usado el mismo procedimiento para disimular su crimen. No creo, sin embargo, que así sea, pues ya debe de haber gastado buena parte de ello en los días que lleva en tierra. Os ruego que notéis, señores jurados, la manera burda como ha cosido el dobladillo de la zamarra después de guardar el billete. Una simple ojeada basta para verlo. No ha usado ni aguja. Se ha contentado con hacer unos agujeros, por los cuales ha pasado el hilo.

»Reconstituyamos la escena. El camarote está desierto. El Capitán, en el puente, atiende á la maniobra, y Santiago Barfleur, sobre cubierta, una vez cumplidas sus obligaciones, aspira el aire del mar. El segundo penetra en el cuarto, fractura la puerta del armario, coge el fajo de billetes, y lo oculta como puede.

»Esto hecho, no tiene tiempo que perder, pues el robo con fractura será pronto conocido, y, viendo en cualquier parte la zamarra de Santiago Barfleur, cose en ella el billete de cien francos que él mismo descubrió más tarde.

»Señores jurados, me parece que la cosa es clara. Tenéis que decidir de la suerte de un muchacho cuya vida, aunque corta aún, es una protesta constante contra toda idea de villanía. Estad persuadidos: las cosas pasaron tal y como yo las he relatado. Un hombre que no tiene agradecimiento ni corazón, es capaz de todo. Los billetes de Banco robados no los encontraréis; pero eso no importa, pues no os figuraréis que han sido lanzados al mar. Acaso aún se encuentre parte de ellos, quizás en sitios análogos adonde escondió el otro. ¿Quién impide al señor Presidente, gracias á su poder discrecional, ordenar una pesquisa que daría resultados seguros?

En aquel momento ocurrió una escena singular.

Tanquerel se puso de pie, con el brazo derecho extendido en gesto de amenaza, el rostro amarotado, y gritando con voz ronca:

—¡Canalla! ¡Canalla! ¡Está usted mintiendo!

Y dirigiéndose al Capitán, añadió:

—Capitán, ¿deja usted que me insulten así?

Pero el Capitán contestó secamente:

—¡Discúlpese usted!

El Presidente llamó al orden al segundo y le preguntó con severidad:

—¿Tiene usted algo que decir respecto á las palabras del señor Bailhache? (Éste era el nombre de mi defensor.)

¿Qué iba á decir? Estaba fuera de sí, en un estado de excitación extraordinaria. Para sujetarle fué precisa la intervención de los guardias, que le obligaron á sentarse.

Desde su sitio chillaba como un loco furioso, y distribuía tales golpes á diestro y siniestro, que fué necesario ponerle las esposas.

Una vez restablecida la calma, el Presidente me preguntó si tenía algo que añadir en mi defensa.

Después de mi respuesta los jueces se levantaron para deliberar. En aquel momento de la gorra de Tanquerel, que tenía en la mano el capitán Touraille, cayó algo, y ese algo eran billetes de Banco en número de diez. ¿Quién los hubiera buscado en semejante sitio?

La emoción, fácil es comprenderlo, llegó á su colmo en el auditorio, y, á pesar de los esfuerzos de los guardias y del Presidente, las reflexiones se cruzaban en alta voz.

Entre todas oíase la voz de la *tía* Langlois (á quien habían permitido volver á la sala), que decía entre sollozos:

—¡Hijo mío! ¡Pobre Santiago!

El jurado deliberaba. Al poco rato salió, en medio de un silencio sepulcral, y pronunció un veredicto de acuerdo con las peticiones de mi defensor.

¡Me habían absuelto! ¡Era libre! ¡Era el fin del horrible tormento que pesaba sobre mí desde tanto tiempo! Fué casi una ovación la que me propinaron cuando puse los pies fuera, donde me esperaban todos los míos; es decir, la *tía* Langlois, el capitán Lepine, y hasta Belhumain, que había ido á pie por orden del patrón Robine, que no quería dar crédito á lo que le decían.

¿Qué pasó en los primeros momentos? No sabría decirlo. Lo que recuerdo es que tuve que desasirme de los brazos de la *tía* Langlois, que no quería soltarme, y que apenas reconocí al Doctor de á bordo y á su amigo, mi defensor, que estaban allí con el capitán Touraille.

Las palabras de gratitud se agolpaban en mis labios, y en un momento en que pude

acercarme á la *tía* Langlois le pregunté:

—¿Y Rosa, qué ha dicho al saber todo esto?

Y dirigiéndome á Belhumain:

—¿Y tú, Belhumain, qué has pensado? ¿Y Desideria y el pinche del *Racimo de Uvas*? ¿Y todos los que me conocen?

—Nadie te ha creído culpable, Santiago. Sabíamos todos que esto terminaría así.

—Solamente ese pillo de Rampán—añadió el capitán Lepine—se regocijaba de tu acusación; pero ya verás: en cuanto te vea, le da la ictericia.

Yo hubiera deseado marchar en seguida, visitar á todos cuantos me conocían para probarles mi inocencia. Iba del médico á mi defensor y de éste el capitán Touraille dándoles las gracias; al uno, por su interés por mí, al otro, por lo bien que lo había hecho, y al Capitán, por no haberme guardado rencor.

El capitán Lepine hizo notar que antes de partir sería conveniente tomar algún alimento, y todos nos fuimos á una fonda próxima, cerca de la catedral, donde entró la *tía* Langlois á rezar un rato.

Como antiguo furriel que era, el capitán Lepine se encargó de todo. Él fué quien encargó la comida, aunque á cuenta del capitán Touraille, que lo exigió así.

Antes de sentarnos á la mesa, la *tía* Lan-

glois en el puesto de honor, á su izquierda el señor Bailhache y á su derecha el capitán del *Capricho*, éste me puso en la mano lo que, según él, me debía, aparte de lo enviado á Barfleur.

Además, se convino en que yo tomaría parte en la próxima campaña en mejores condiciones, y que dentro de dos años navegaría en calidad de segundo.

Después vendría el servicio al Estado. Es una deuda sagrada que todos deben pagar, y para animarme Belhumain exclamó:

—Es la suerte de todos. Antes de un mes formaré parte de las divisiones de dotaciones de Cherburgo.

—¡Ojalá nos encontrásemos juntos!—exclamé.

—No penséis en eso—dijo el capitán Lepine;—tanto más, cuanto que ya estamos en juego con el *Tonkin*, y los marinos de guerra, según su costumbre, ya hacen hablar de ellos.

Cuando llegamos á los postres, todos muy alegres y muy habladores, el capitán Lepine levantó su vaso, y bebió á la salud de la *tía* Langlois y del señor Bailhache, entre los aplausos de los demás.

Pero no había acabado. Empezó á hacer tales elogios de Rosa, que la *tía* Langlois lloraba de alegría y de orgullo materno.

¡Y yo! Yo hubiera abrazado al Capitán, á no ser por temor á que suspendiera su discurso, pues sus palabras me llegaban al corazón.

Cuando hubo terminado, entre los aplausos frenéticos de todos, levanté mi vaso suplicando á los comensales que bebieran á la salud del patrón Robine de Grandcamp, un buen amigo, y á la de Desideria Robine, hija del patrón y futura esposa de Belhumain.

Todos accedieron, y el capitán Lepine declaró que para ser un grumete, no me explicaba mal.

En fin, fué necesario separarnos. Al día siguiente tomamos el tren para ir á Lisou, y de allí á Cherburgo, la *tía* Langlois, el capitán Lepine y yo.

Belhumain nos acompañaría hasta Isigny, y convinimos en que antes de volver á Granville iría á Grandcamp y al *Racimo de Uvas* para saludar al patrón Robine, á Desideria y al pinche.

¿Qué más puedo decir? Las grandes alegrías no se cuentan; y, efectivamente, me sería difícil dar idea de lo ocurrido durante el mes que pasé en Barfleur.

Apenas hice caso de la fisonomía mordaz de Rampán, que, reumático y gotoso, se pasaba los días enteros detrás de los cristales de su balcón, sin darse cuenta de que á la vez ense-

ñaba su rostro de hombre descontento de todo y de todos, y acaso de sí mismo.

Sólo me resta decir que después de dos felices campañas á bordo del *Capricho* fué preciso pensar en el servicio militar, y que, una vez alistado en Cherburgo, la suerte me hizo encontrar al oficial que á bordo de la *Clorinda* había castigado á Tanquerel en Terranova.

Partía para los mares de China en el *Volta*, que llevaba á su bordo al almirante Courbet, y me propuso acompañarle.

Sabía que Belhumain estaba allá, y me decidí, sin consultar con la *tía* Langlois ni Rosa.

Belhumain y yo tuvimos la suerte de volver sanos y salvos al final de la campaña con la cruz del Mérito naval, ganada en el crucero *Formosa*.

Y hoy día nuestros sueños se han realizado.

Belhumain se ha casado con Desideria y manda *La Pervenche*, y el patrón Robine, envejecido, pero siempre serio y razonador, no vuelve á su casa hasta después que han aparejado y ha dado consejos que todavía parecen órdenes.

Yo también me he casado. Tengo por mujer á mi querida Rosa, después de haber obtenido mi título de capitán mercante.

Bajo mis pies tengo una sólida goleta del puerto de Granville, de tonelaje igual al del

Capricho, que transporta vinos de la Girona y aguardientes de Francia á las costas de Levante; y cuando navego para cubrir las necesidades de la casa, recuerdo la casita de Barfleur, embellecida por mis cuidados, donde la *tía Langlois* termina su vida sin fatigas ni penas, y donde paso entre mis viajes los días más felices.

De Tanquerel nada he sabido después de su condena por robo, condena de cinco años de reclusión, y puedo afirmar que soy el más dichoso de los hombres cuando de tiempo en tiempo veo reunidos á mi mesa al capitán Touraille, establecido ya en el país, al capitán Lepine, que se ha retirado, al médico del *Capricho*, que es el nuestro, y al señor Bailhache, que es el padrino de mi último hijo.

En estas reuniones, con gran escándalo de la *tía Langlois*, que perdona á todo el mundo, no dejamos nunca de beber á la salud del señor Rampán.

El capitán Lepine afirma que á eso debe el vivir todavía. ¡Ojalá viva eternamente, si es una suerte para nosotros no separarnos nunca!

FIN

